Mundo Argentino

Agosto 2 de 1933



"—Tendré que cuidarte como cuando eras pequeñita. Ya no tienes aquellos colores lozanos; estás pálida, ojerosa; ¡bien se conoce que te ha faltado mi cariño!"

De la novela corta de ambiente nacional

FANFARRONA

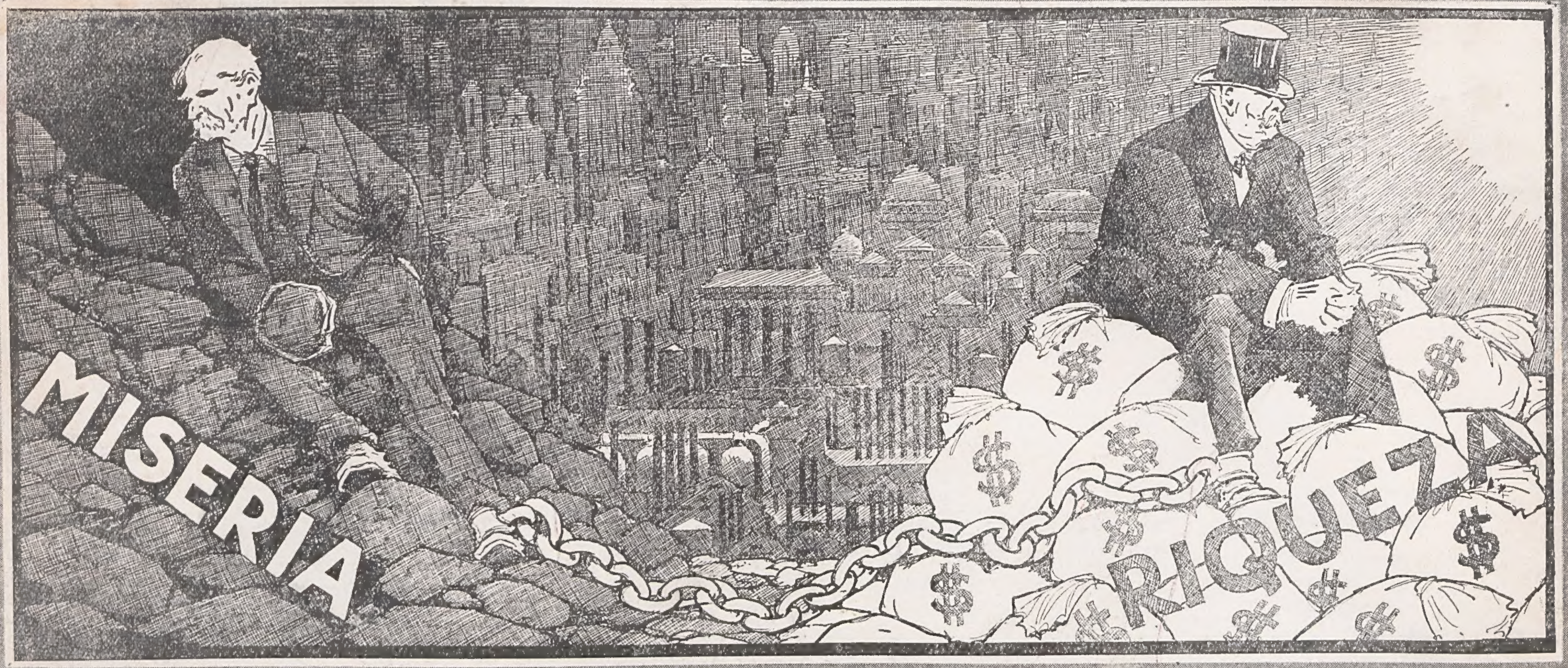
De

Aníbal Ravagnán

RODOLFO CLARO

20 centavos en toda la República

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



(1) La crisis mundial ha puesto de manifiesto una ley económica inexorable: que todos dependemos los unos de los otros, y si las clases pudientes permiten que sus semejantes se hundan en la miseria, existe el peligro de que ellas mismas se vean arrastradas hacia la bancarrota.

(2) La principal finalidad del Pacto de los Cuatro, concertado entre las potencias europeas, es la de alejar el espectro de una guerra por 10 años, durante los cuales se espera poder salvar los obstáculos que se oponen a la paz mundial.

(3) El tercer centenario del sabio Galileo coincide con la reunión de la Conferencia Económica. Si su sombra visitase la sede de la conferencia donde todos sostienen que el mundo está paralizado, es probable que repetiría la célebre frase "Eppur si muove".

(4) Según una información reciente, Hitler ha amenazado con quitar los hijos a aquellos padres que no prometen educarlos como "buenos nazis". El canciller del Reich se propone educarlos en asilos del gobierno, donde se les inculcará la disciplina de la Nueva Alemania.

(5) Las primeras declaraciones de Mr. Roosevelt, al tomar cargo de la presidencia de los Estados Unidos, evidenciaban el firme propósito de abandonar el aislamiento, pero su actitud en estos momentos frente a la Conferencia Económica lo hacen aparecer como desmontando sus propias convicciones.

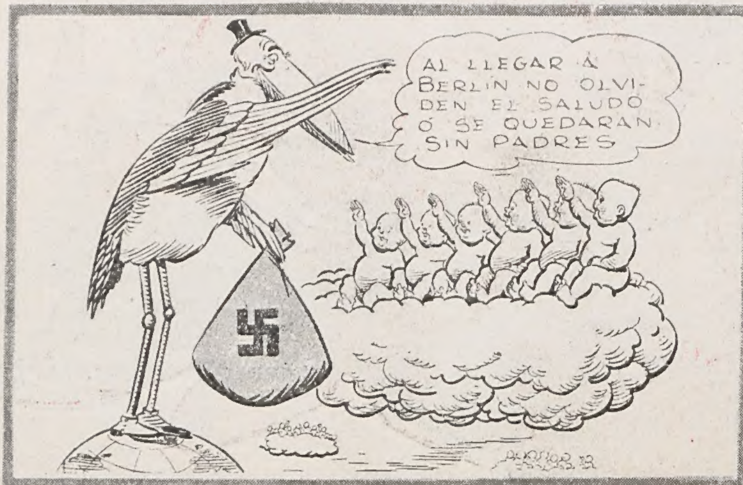
1 ENSEÑANZAS DE LA CRISIS
La misma cadena los une.
(De "New York American")



2 EL PACTO DE LOS CUATRO
Otro desocupado más. (De "The Monitor")



3 GALILEO EN LA CONFERENCIA ECONOMICA
Los delegados a coro. — ¿No ve que no se puede mover si no mejoran los precios?
(De "Glasgow Evening News")



4 ALEMANIA
Las instrucciones finales.
(De "Evening News")



5 ESTADOS UNIDOS
El Tío Sam.—¿En qué quedamos, Franklyn? ¿Me bajo o no me bajo?
(De "Punch")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN, RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIII — BUENOS AIRES, AGOSTO 2 DE 1933 — Nº 1176

La REPRESENTACION PROPORCIONAL es una reafirmación democrática de la Ley Sáenz Peña

Reemplazar el sistema de la lista incompleta por la representación proporcional, significa aumentar la eficacia de la sabia ley Sáenz Peña, cuyo régimen actual coloca al elector que no quiera invalidar su voto, en la obligación de optar permanentemente por uno de los dos partidos mayoritarios en juego. MUNDO ARGENTINO sostiene que el sistema de la representación proporcional combatirá el ausentismo de los comicios.

LA proyectada reforma a la ley electoral vigente, auspiciada por el Poder Ejecutivo, ha promovido, como era de imaginarse, puesto que afecta intereses políticos, las opiniones más encontradas.

Deliberadamente decimos que afecta intereses políticos, porque dentro del régimen actual, sólo dos partidos pueden aspirar a ejercer la representación del electorado: uno por la mayoría y otro por la minoría; como se sabe, circunstancia que coloca al elector en trance de opción forzosa, si es que no se resigna a invalidar su voto, otorgándoselo a cualquiera de las otras agrupaciones, ideológica y numéricamente respetables, pero permanentemente desalojadas del parlamento o de los colegios electorales.

Durante veinte años, en virtud de este régimen electoral que aseguraba el monopolio de la función parlamentaria a dos partidos políticos exclusivamente, hemos visto surgir y desaparecer honestas agrupaciones con programas de gobierno perfectamente definidos y hombres representativos a la cabeza, que habrían podido colaborar en el manejo de los negocios públicos en el caso de merecer alguna representación. Han desaparecido, sin embargo, asfixiados por una ley que los resistía, en provecho de los partidos mayoritarios, que son, lógicamente, los primeros interesados en que esta ley no se modifique.

MODIFICAR LA LEY SÁENZ PEÑA — DICEN, — ES ATENTAR CONTRA LA DEMOCRACIA

He aquí el arma que se esgrime para desacreditar el proyecto del Ejecutico que comentamos.

Hay verdadero y malicioso interés en convencer al pueblo de que la ley Sáenz Peña debe ser intangible. Desde el punto de vista de su aprovechamiento electoral, los partidos más numerosos no pueden resignarse a la perspectiva de que se intente perfeccionar esa ley. Porque de lo que se trata es de perfeccionarla. Se trata de conseguir que, mediante su aplicación, todos los partidos políticos puedan aspirar a ejercer alguna representación en el orden nacional.

Conviene entonces poner al pueblo en guardia para que no se deje sorprender por una propaganda destinada a sembrar la confusión en su espíritu.

La experiencia de cuatro lustros nos ha demostrado que dentro del régimen actual, esa ley es un instrumento de parcial y no de total eficacia democrática, como quería su autor.

Basta pensar que en la capital de la república, el elector que no haya sido ni radical ni socialista, no ha conocido la satisfacción de verse representado en el Congreso Nacional, ni siquiera la de gravitar, aunque fuera en ínfima proporción, en los colegios electorales.

LA REFORMA TIENDE A CONSEGUIR QUE NINGUN VOTO SE PIERDA

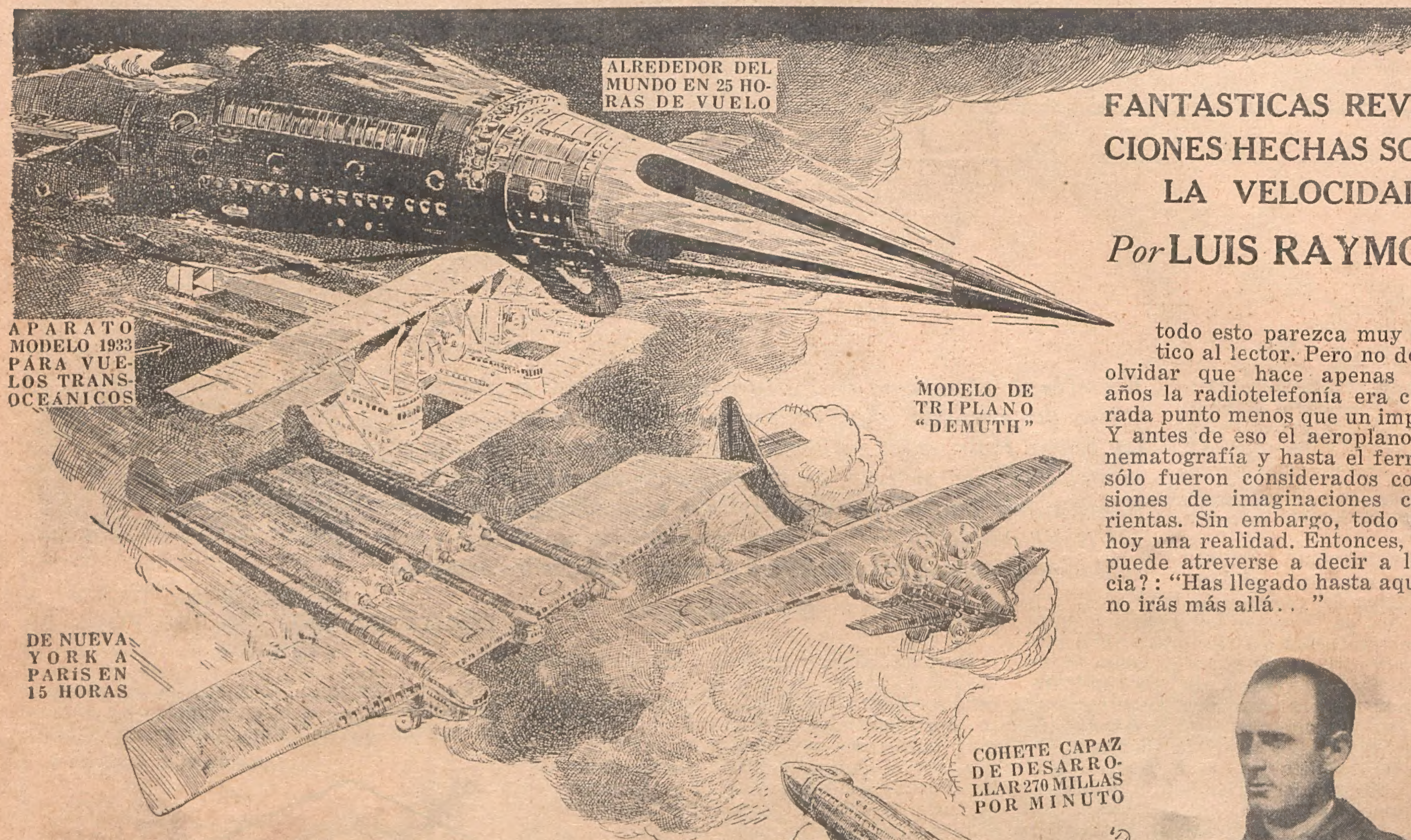
Con su preyecto, el Ejecutivo se propone implantar en las elecciones nacionales el mismo sistema que actualmente se practica en las

(Continúa en la página 9)

¡Un momento!... ¡No cierren, que ahora la entrada es para todos!...



¿PODREMOS DAR la VUELTA al



FANTASTICAS REVELACIONES HECHAS SOBRE LA VELOCIDAD

Por LUIS RAYMOND

DIJÉRASE que el destino haya dispuesto que en el curso de este inquieto año de 1933 el hombre intente en todo momento y de cualquier forma su anhelo de acortar distancias uniendo, en el menor tiempo posible, puntos terráqueos muy lejanos entre sí. El espacio, la atmósfera, lo secundarán en sus propósitos. Los vientos habrán de rendir culto a esa audacia humana, mantenida por un deseo infinito de conquistas. Ahí están para demostrarlo las proezas formidables de Franco, de Pinedo, Costes, Lebrix, Larre Borges, Mermoz, Jiménez, Iglesias, y más recientes aún, la formidable escuadrilla de Italo Balbo y el valor indomable de Jimmy Mattern.

Cincuenta y tres kilómetros por hora fué el record de velocidad impuesto en 1908 por el aviador norteamericano W. Wright. ¡Y setecientos siete marcó este año el aviador italiano Francesco Agello!

Pero el hombre (la ambición humana no tiene límites) no se conforma con haber logrado este prodigioso aumento de velocidad y se propone superarla. Y el hombre ha trabajado, exigiendo a su cerebro el máximo de su capacidad... Gigantescas naves podrán dar la vuelta al mundo en veinticinco horas, trenes que más se asemejarán a un torpedo que a los vehículos actuales y, más aún, naves cohetes rasgarán el firmamento a razón de 270 millas ¡por minuto! Pero, aparte de estas profecías fantásticas científicamente, los expertos nos dicen que los transatlánticos del futuro estarán contruídos de acuerdo con las características de las modernas lanchas de carrera. Tanto es así, que se calcula que pronto harán en dos días el recorrido, un recorrido en el que habitualmente emplean cinco a seis.

Empero, estas afirmaciones no resultarán tan fantásticas como a primera vista parecen, si se analizan los progresos que en los últimos años se han obtenido en el campo de la locomoción. Varias compañías norteamericanas tienen en proyecto el establecimiento de un servicio aéreo transatlántico, valiéndose de grandes y raudos hidroplanos capaces de descender en alta mar para tomar combustible de barcosbases anclados con tal objeto.

A efectos de analizar fríamente los continuados esfuerzos hechos por el hombre en su afán de conquistar, recordemos a nuestro compatriota Pedro Zanni, actual teniente coronel del ejército, en su memorable y arriesgado vuelo en el que alcanzó a cubrir 17.015 kilómetros. Lo mismo podemos decir de aquellas escuadrillas de aviadores norteamericanos e ingleses que en 1924 cumplieron un raid que significó la vuelta al mundo. Realizar tal hazaña empleando hoy muchos días de vuelo, es tarea peligrosísima. Pero ya pronto dejará de serlo, a juzgar por las declaraciones del profesor alemán, Hermain Oberth, quien durante varios meses ha estado haciendo interesantísimos experimentos con diversos modelos de cohetes, diseñados y fabricados por él mismo. En una reciente conferencia pronunciada en el Instituto Meteorológico de Viena, el profesor Oberth afirmó que "el límite de velocidad para 1933 sería de 270 millas por minuto", es decir, alrededor de 440 kilómetros por minuto. Si sus futuros experimentos tienen el éxito que él espera, causarán una verdadera revolución en el sistema de los transportes modernos. En un principio, sus navescohetes sólo llevarán correspondencia. Si estos caballeros del espacio dan el resultado apetecido, se construirán otros exclusivamente dedicados al transporte de pasajeros.

Una idea de lo que esta velocidad significa, puede obtenerse del cálculo de que una de estas naves puede cubrir en media hora la distancia que media entre Viena y Nueva York... Quizá todo esto parezca muy fantástico al lector. Pero no debemos olvidar que hace apenas treinta años la radiotelefonía era considerada punto menos que un imposible. Y antes de eso el aeroplano, la cinematografía y hasta el ferrocarril sólo fueron considerados como visiones de imaginaciones calenturientas. Sin embargo, todo esto es hoy una realidad. Entonces, ¿quién puede atreverse a decir a la ciencia?: "Has llegado hasta aquí, pero no irás más allá..."



El teniente coronel Pedro Zanni en la época en que su pericia y su valor surcaban los espacios para orgullo suyo y gloria de nuestra patria.

MUNDO en UN DIA de VUELO?

Records de velocidad establecidos por aparatos de aviación en los últimos diez años.

AÑO	AVIADOR	RECORD (Km. por hora)
1922	Mitchell	355,836
1923	Williams	429,025
1924	Bonnet	448,171
1925	Bonnet	448,171
1926	Bonnet	448,171
1927	De Bernardi	479,290
1928	De Bernardi	512,776
1929	Orlebar	575,700
1930	Orlebar	575,700
1931	Stainforth	657,076
1932	Stainforth	657,076
1933	Agello	707,096

Y muy pronto, según el profesor alemán Hermann Oberth, el record a establecerse no podrá ser inferior a veintiséis mil cuatrocientos kilómetros por hora...



La escuadrilla norteamericana que, a raíz de un fantástico vuelo efectuado alrededor del mundo, asombró a los entendidos por la audacia y la habilidad evidenciadas en la realización de tal hañaza, cumpliendo en 1924 su proyectada jira alrededor del mundo.

Los cohetes que darán la energía propulsora para las naves del profesor Oberth irán cargados de explosivos especiales, compuestos de una mezcla de oxígeno e hidrógeno y cierta cantidad de éter. Los cohetes para pasajeros irán equipados con un giróscopo para que. después de ser disparados de la superficie de la Tierra, conserven en el espacio una posición uniforme y siempre a nivel. De acuerdo con las declaraciones del profesor Oberth, estas navescohetes contarán con toda clase de comodidades para el transporte de pasajeros. Los aparatos transoceánicos recientemente planeados serán, tanto en tamaño, construcción y diseño, enteramente distintos de los que ahora surcan el aire.

El pedido inicial se refiere a seis hidroplanos, cuyas especificaciones técnicas se mantienen dentro del absoluto secreto. Tres de ellos serán contruidos en diferentes sitios.

Las rutas transoceánicas fueron planeadas por Charles A. Lindbergh y un cuerpo de técnicos. Estas rutas, partiendo de Nueva York, pasarán sobre Terranova hacia Irlanda, sobre las Bermudas y las Azores hacia Europa, y sobre California, Hawai y las Filipinas hacia el lejano Oriente.

La etapa más larga del vuelo sobre el agua será la de California a Hawai, una distancia de 2.400 millas. Vientos contrarios y otros obstáculos similares han sido debidamente tomados en consideración por los constructores de tales naves, ya que han dado a éstas un radio máximo de acción de 3.000 millas.

Fuera de esto, otros detalles de la construcción de estas naves se guardan en absoluta reserva. Lo que se sabe es que serán de mucho mayores proporciones que los hidroplanos que ahora se usan en el Caribe. Estos aparatos tienen un fuselaje de 70 pies de largo; las alas, de punta a punta, miden 115 pies.



Herman Oberth, personaje central de esta nota, que asegura que dentro de poco tiempo podremos navegar por el aire a una velocidad mínima de veintiséis mil cuatrocientos kilómetros por hora.

Otro signo evidente de la ofensiva que se lleva a cabo contra la distancia, lo tenemos en el "tren proyectil" que se acaba de contruir en Battle Creek, Michigan (Estados Unidos).

Este extraño vehículo, que más que de un tren tiene la apariencia de un torpedo, está hecho de aluminio. Sus inventores dicen que ofrece un medio de transporte rápido y seguro. Su velocidad es de más de 100 kilómetros por hora. Si este tren tiene el éxito que sus constructores anticipan, el nuevo vehículo podrá competir ventajosamente con otros transportes terrestres, tales como el ferrocarril y los ómnibus más rápidos. El "tren proyectil", como ha dado en llamársele por su atrevido diseño, tiene 20 metros de largo y 42 asientos. El compartimiento reservado a los pasajeros va herméticamente cerrado y es invulnerable al frío y al calor. La ventilación interior se lleva a cabo por un cambio de aire que automáticamente se verifica cada tres minutos.

Cuatro potencias están tomando parte en la lucha para obtener la supremacía comercial naval. Alcanzar velocidades supremas parece ser el fin que todos persiguen. Durante varios años navíos ingleses retuvieron el record mundial de velocidad acuática. Mientras tanto, se fueron construyendo nuevos navíos y a cada uno de ellos se fué atribuyendo la posibilidad de lograr un nuevo record, pero nunca se consideró el propósito con seriedad. Seguramente



(Continúa en la página 49)



—Hay muchos hombres honrados, ricos, envidiables, que quisieran hacerte su esposa; que esperan sólo una sonrisa de tus labios para declararte su pasión.

Mientras unos cambian de sentimientos y de ideales a medida que van creciendo, otros siguen siendo malignos o abnegados...

Como en

CUANDO, poco después de la muerte de su madre, Margarita le comunicó a su padre su propósito de enclaustrarse, éste no pudo menos que reprocharle, vivamente contrariado:

—Es una insensatez lo que se te ocurre, hija. ¿Quién te ha metido esas cosas en la cabeza?

—Nadie, papá. Me lo ordena..., no sé; quizá el corazón.

—No puede ser. Esas no son cosas del corazón, sino... de la cabeza..., ¡qué digo de la cabeza!..., ¡de la falta de cabeza! Acaso la única culpable de ello ha sido tu madre, por su manía de querer educarte en un colegio de hermanas. No diré que allí te hayan educado mal, no; pero, sin proponérselo seguramente, han despertado en tu espíritu, místico por naturaleza, ese sentimiento por la vida del claustro, que no puedo aprobar, porque va, no sólo contra mis ideales, sino contra todas las leyes humanas.

—No podrás aprobar mi propósito, papá; pero tampoco podrás vencerlo. No quisiera decírtelo tan claramente, pero yo me considero tan dueña de mi voluntad como lo es Felisa de la suya.

—Sí, lo eres, como lo es ella. Esto no voy a discutírtelo, pero a tu hermana no se le ha ocurrido aún nada semejante. De habérsele ocurrido, no se lo toleraría tampoco. —Se paseó en silencio un momento por la fría habitación; y, sin cesar en sus paseos, continuó: —No puedo explicarme de qué pasta estás hecha, Margarita. Llevas en las venas la misma sangre que Felisa; has sido criada lo mismo que ella; educada de igual manera y, ¡fíjate en esto!, educadas ambas en el mismo colegio, y mientras ella salió como es, alegre, liberal, despreocupada, tú has adquirido un aire sombrío y unos principios mojigatos que no se te pueden permitir.

—¿Y qué mal haría a los demás con que cumpliera mis deseos de ingresar en una orden religiosa?

—Ninguno, por supuesto; pero ¿qué motivos tendrías para ello?

—El principal. Que el mundo no tiene atractivos para mí.

Plantósele él delante, con los brazos cruzados y frunciendo los labios en una sonrisa sardónica:

—Conque el mundo no tiene atractivos para ti, ¿eh? — dijo, moviendo la cabeza. — Pero ¿es que tú conoces el mundo, acaso? ¿Has gozado de algunas de sus atracciones? ¿Sabes lo que es un baile? ¿Una fiesta mundana? ¿El amor? ¿La aventura? El día que tú hayas gustado todas estas cosas, entonces podrás decir con seguridad si el mundo tiene o no atractivos para ti. Mientras tanto, no. No eres quién para decirlo.

—¡Papá! — suplicó Margarita.

—No te doy mi consentimiento. Esta es la verdad. Te lo daría, y muy gustoso, en otras circunstancias. En estas, no. Si fueras una muchacha enferma, inútil o desengañada por la traición de un hombre, o una viejecita indigente, sin sostén en el mundo, perfectamente. Pero tú no estás en este caso. Eres una muchacha bonita, ¡y conste que esto te lo digo porque lo dicen todos!; eres además muy joven, con veinte años escasos; tienes un padre y una hermana que te adoran, un pasar lisonjero, una excelente salud... No, no, hija; no cometerás ese desatino. Al menos mientras yo viva. Por lo menos te ruego que mientras yo viva no vuelvas a hablarme de semejante cosa.

—Está bien.

—Hay muchos hombres honrados, ricos, envidiables, que quisieran hacerte su esposa, que esperan sólo una sonrisa de tus labios para declararte su pasión. ¿Por qué no te fijas en uno? Eso sí que te lo aprobaría encantado, porque ¿qué más podría yo desear que a la hora de mi muerte pudiera veros a Felisa y a ti con un hogar formado, y defendida cada una de vosotras por un hombre bueno y trabajador? Tu hermana va en camino de darme esta satisfacción. ¿Por qué no la imitás tú?

—Porque no me atrae el matrimonio. ¿Por qué ella no se aviene a profesar, como yo? Pues por la misma razón porque no le atrae la vida espiritual o contemplativa..., como tú quieras llamarla.

—Es un absurdo lo que dices. Al pensar como piensa y obrar como obra, Felisa no hace más que cumplir en la vida con su misión de mujer. Una misión que no es ella quien la ha inventado, sino que la han establecido las Sagradas Escrituras. Y nada más; no quiero que vuelvas a hablarme de semejante cosa. Puedes retirarte.

Acongojada, como defraudada en sus más puros sentimientos, Margarita se retiró en silencio, y fué a encerrarse en su habitación para pedir al cielo, con lágrimas en los ojos, que le perdonase aquella debilidad suya de no correr a consagrar su vida a la penitencia, pisoteando la voluntad paterna.

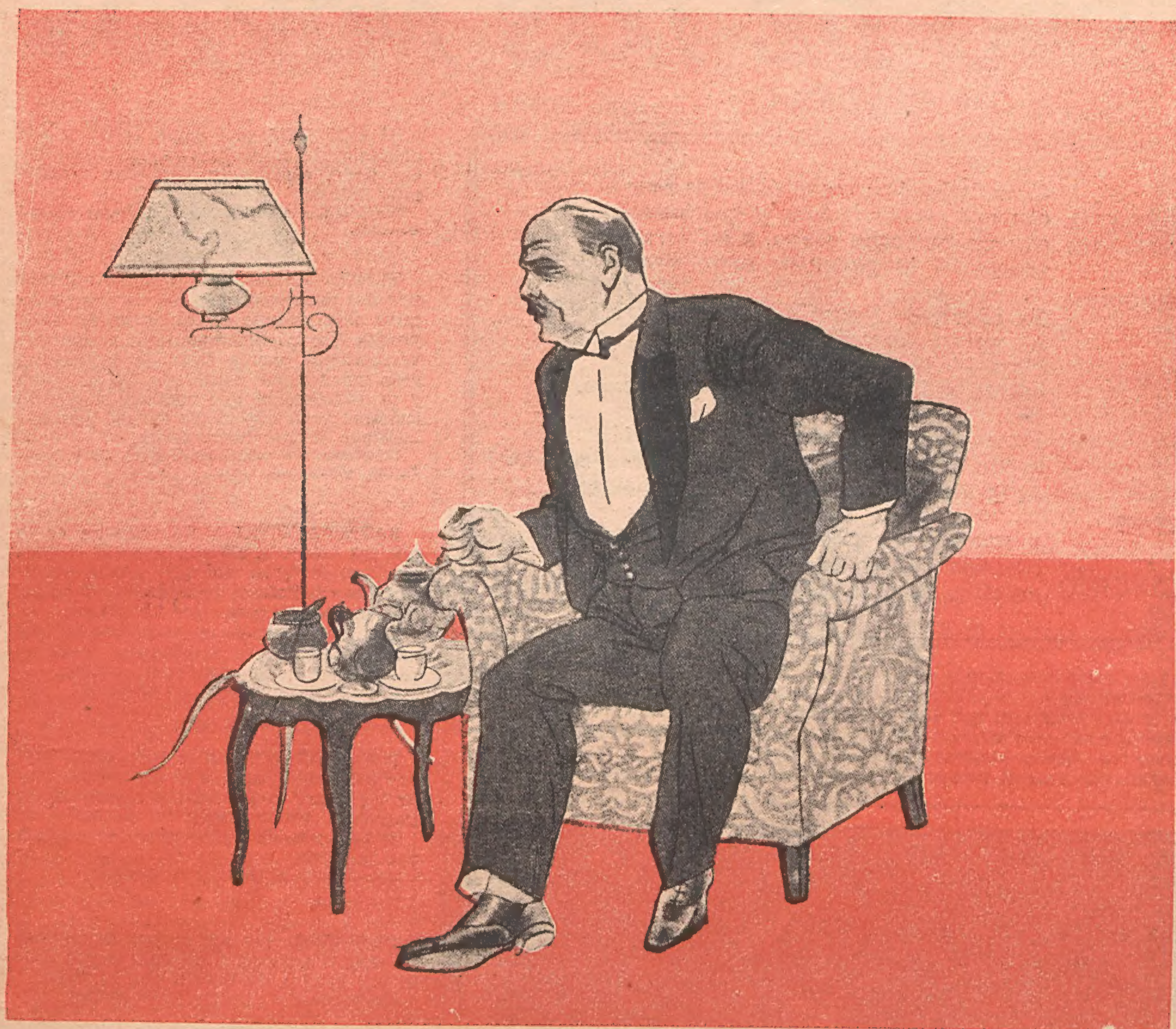
Felisa, a pesar de todo el cariño que sentía por su hermana, no era menos firme que su padre para combatirle aquella tendencia mística que la inutilizaba para todas sus funciones en la vida.

—¡Eres una tonta!—le decía.—Ya me ves. Yo soy tan creyente y respetuosa de Dios como tú, pero no pienso, al menos por ahora, en atar mi vida a un yugo semejante, y no creas que Dios va a castigarme por eso, que es posible que vea con mejores ojos mi deseo por "vivir" que tu ceguera por sepultarte en vida sin beneficio para nadie, ¡para nadie, óyelo bien!, porque ¿qué bien le reportarás a alguien con tu sacrificio?

—Me reportaré un bien a mí misma, y es bastante. No seré útil a mis semejantes, como dice papá, pero tampoco les significaré una carga.

—¿Y estás decidida a profesar?

—Sí. Nada ni nadie me harán desistir. Podré aplazar el acto por el tiempo que me impongan las circunstancias, pero cumpliré



llegó a sentir un gran rencor hacia la hermanita intrigante, caprichosa y altanera, pronto su natural bondadoso le hizo olvidar todas aquellas cosas. Algo que también contribuyó a ello fué un cambio radical en el carácter de Margarita. Dejó de ser la caprichosilla de siempre para convertirse en una muchacha huraña, silenciosa y fría. Ello ocurrió en la época de sus primeros estudios en un colegio pío. Y aquel su nuevo modo de ser fué acentuándose a medida que iba creciendo.

Si bien en vida de la madre no dió Margarita señales de sentirse atraída por la vida sin horizontes de las religiosas, después de muerta aquélla manifestó resueltamente esta tendencia. Pero no encontró apoyo ni en su padre ni en su hermana. Y esto precisamente, despertando su orgullo, la afirmó aun más en su capricho de profesar.

Y así, como empeñadas en una lucha de sentimientos, desigual e inútil, habían llegado a aquel momento en que, maligna como en sus primeros años, Margarita le había hecho a su hermana un reproche injusto, un reproche que le dolió en el alma más que si hubiera recibido una puñalada. Pero no era rencorosa Felisa, y se lo perdonó en seguida; más aún: pensó en lo que significaría para ella perder a su hermana para siempre, sin haber puesto nada de su parte por salvarla, y sintió algo así como un miedo y remordimiento, además de un vivo dolor de muerte y soledad en lo más hondo de su ser. Esto sobre todo la decidió en un propósito que venía madurando hacía tiempo, no sin antes arrancarle amargas lágrimas. Hizo un poderoso esfuerzo de voluntad como cuando era niña, y le dijo:

la infancia

Un Cuento DE GERARDO R. ACUÑA

mi propósito. Si muriera sin realizarlo, mis últimos momentos serían atroces.

— Ciertamente, estás obcecada. ¿Y cómo te has dejado vencer por ese deseo tan poderoso? Antes no eras así.

— No lo era tan profundamente, es cierto, pero la muerte de mamá ha hecho que se despertara de pronto esta vocación que se mantenía latente en lo más hondo de mi alma. La pobre mamá, al irse, me dejó así como desamparada, como sin sostén. Perdona que te diga esto, que tú más que una hermana eres otra madre para mí, pero ¿a qué ocultártelo, Felisa? Papá no se preocupa como debiera de nosotras. Hace, puede decirse, una vida aparte. Tú estás próxima a casarte. Cuando ocurra esto y papá se haya alejado del todo de nuestro lado, atraído por quién sabe qué tentaciones, cosa que ha de ocurrir irremisiblemente, ¿qué será de mí? Me veré sola, olvidada, llena de dolores y de amarguras. ¿Y entonces sentirían ustedes pena por mí? ¿Remediarían ustedes mi situación?

— Si tal ocurriera un día, entonces sí podrías hacerlo; por lo menos te asistirían el derecho y la libertad de hacerlo.

— ¡Ah! ¿Ves? Tú eres tan egoísta como papá, ¡tan egoísta como todos..., como todos!...

— ¡No digas eso, Margarita!

— Sí; tú eres otra egoísta. Encuentras muy natural que yo me sacrifique en mis convicciones; pero ¿qué sacrificios te impones tú? Ninguno. Te has enamorado cuando lo has creído más cómodo, y te casarás cuando a tu novio le parezca bien. No me pedirán ni tú ni él consentimiento alguno, ni me darán ninguna satisfacción. Entonces, ¿por qué exigen de mí el sacrificio de la renunciación? ¿Por qué?

Estas palabras, frías, tajantes, fueron a clavarse como dardos en el corazón de la pobre Felisa. ¿Ella una egoísta? ¿Ella, que siempre se había sacrificado por su hermana? ¡Qué cruel había sido Margarita al juzgarla! ¿Es que ya había olvidado el hecho de que por ser tres años menor había sido la niña mimada de la madre, y que como tal se había convertido en algo así como su torturadora? Pues si lo había olvidado, no debió olvidarlo nunca, y menos aún en ese momento en que la trató fríamente de egoísta.

Pero ella sería más noble que su hermana. No le reprocharía el daño que le había causado en la ya un poco lejana infancia. No le echaría en cara tampoco los despojos de que la había hecho víctima. ¡Y cuántos recuerdos desagradables de aquel entonces le vinieron a la memoria! Entre otras pequeñas maldades contábase la de haberle hecho quitar sus mejores juguetes porque a ella se le antojaban y el haberla acusado de faltas que no había cometido. ¡Hasta le había hecho sufrir el castigo y el desamor del padre! Y si bien entonces

— Bien; cumplirás tu propósito. Ingresarás en la orden que más te agrade. Pero prométeme que no lo harás hasta que, como tú misma lo has dicho hace poco, papá se aleje definitivamente de nuestro lado, atraído quién sabe por qué seducciones, y yo me haya casado. ¿Me lo prometes?

— Sí.

— Júralo.

— ¿Por qué he de jurarlo?

— Porque quiero estar segura de que cumplirás tu palabra; de que mientras no te faltemos papá y yo, ¡óyelo bien!, papá y yo, no volverás a pensar, o, por lo menos, no volverás a mentar más ese deseo. ¿Lo juras?

— Lo juro — fué la respuesta espontánea de Margarita.

— Pues no hay más que decir.

Fuese Margarita a su cuarto, a postrarse frente a una imagen del Señor para pedirle perdón por el juramento que acababa de hacerle a su hermana, dilatando indefinidamente la hora de su consagración a El, y Felisa se encerró en el suyo, a escribir con pulso tembloroso y los ojos llenos de lágrimas una carta dirigida a su novio.

"Carlos Alberto de mi vida — le decía en ella: — nuestra boda por ahora es imposible. Mientras viva Margarita, ¡que Dios la con-

(Continúa en la página 9)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

NADA DEBE HACER USTED. Continúe tratando a ese joven como siempre, sin dar en apariencia ninguna importancia a lo que él haga, y espere los acontecimientos.

Contestando a "Corazón que sufre", de Cruz Alta.

● ●

EN SU CASO lo más adecuado es que la obsequie con flores o una linda bombonera.

Contestando a "Melodía de arragal", de Haedo.

● ●

SEA COMO SIEMPRE, alegre, jovial, dicharachera. Ei ya debe haber comprendido demasiado que a usted no le es indiferente, pero después de lo que ha manifestado, cabe pensar que en la vida de ese hombre hay un "algo" que le impide contraer nuevos compromisos. ¿No le parece?... Puede ser que yo me equivoque, ¡ojalá!, y que sea su juventud lo que le asusta y no lo decide a dar el paso definitivo. Amiguita, si a usted no le desagrada el candidato, no le queda otro recurso que esperar otro poco.

Contestando a "18 abriles", de Mercedes.

● ●

1º **EL RAMO** de novia puede ser de calas, violetas de los Alpes, muguetts, azahares, rosas blancas, etc. Elija la flor que más le agrade.

2º El novio al entrar a la iglesia lleva los guantes en la mano.

A las muchas felicitaciones que recibirá ese día, agregue una más: la mía.

Contestando a "Silenciosa", de Campana.

Hay gentes que nunca se enamorarían si no oyeran a los demás hablar de amor.

NO PUEDO ASUMIR la responsabilidad de su felicidad futura. Amiguita, a pesar de mi buena voluntad y del deseo de ayudarla, lo delicado de su caso me obliga a no aconsejar esta vez. Deje obrar a su corazón o... a su destino; ellos le indicarán, mejor que yo, el camino a seguir.

Contestando a "Indecisa", de Córdoba.

● ●

PERDÓNELA, no hay en ello ningún inconveniente. Puede seguir tratándola y atendiendo como amiga, ya que usted mismo reconoce que después de lo ocurrido, su cariño no es el de antes.

Contestando a "Un desilusionado", de Rosario.

● ●

SOY MUJER. Con esto queda contestada la pregunta formulada estos días por muchos lectores.

"Nenúfar".

● ●

RECIBI su correspondencia anterior, y tengo el gusto de comunicarle que muy pronto publicaré una de sus poesías.

Muchas gracias por sus buenos deseos.

Contestando a "Quito", de Concordia.

● ●

LOS DOS son demasiado jovencitos para tomar resoluciones definitivas. Por ahora piensen en terminar sus estudios y no den demasiada importancia a esos "filitos". Si más adelante ven que sus sentimientos no han variado, comprenderán qué es lo que más les conviene hacer.

Contestando a "Jóvenes desesperados", de Alberdi (Entre Ríos).

● ●

ES LAMENTABLE el cambio que se ha operado en su novio, y debe atribuirlo, no a brujerías, como cree, sino a esas continuas desavenencias que se suscitan entre ustedes, y que terminan por desorientarlo respecto a sus sentimientos. Si ahora no consiguen nunca ponerse de acuerdo, a medida que pase el tiempo el malentendido será mayor cada vez. Ya que lamenta lo que sucede, sea un poquito menos peleadora, más condescendiente, no tan celosa, y así quizá consiga ser otra vez feliz.

Contestando a "Noviecita celosa", de Rosario.

Coquetería

(COLABORACION)

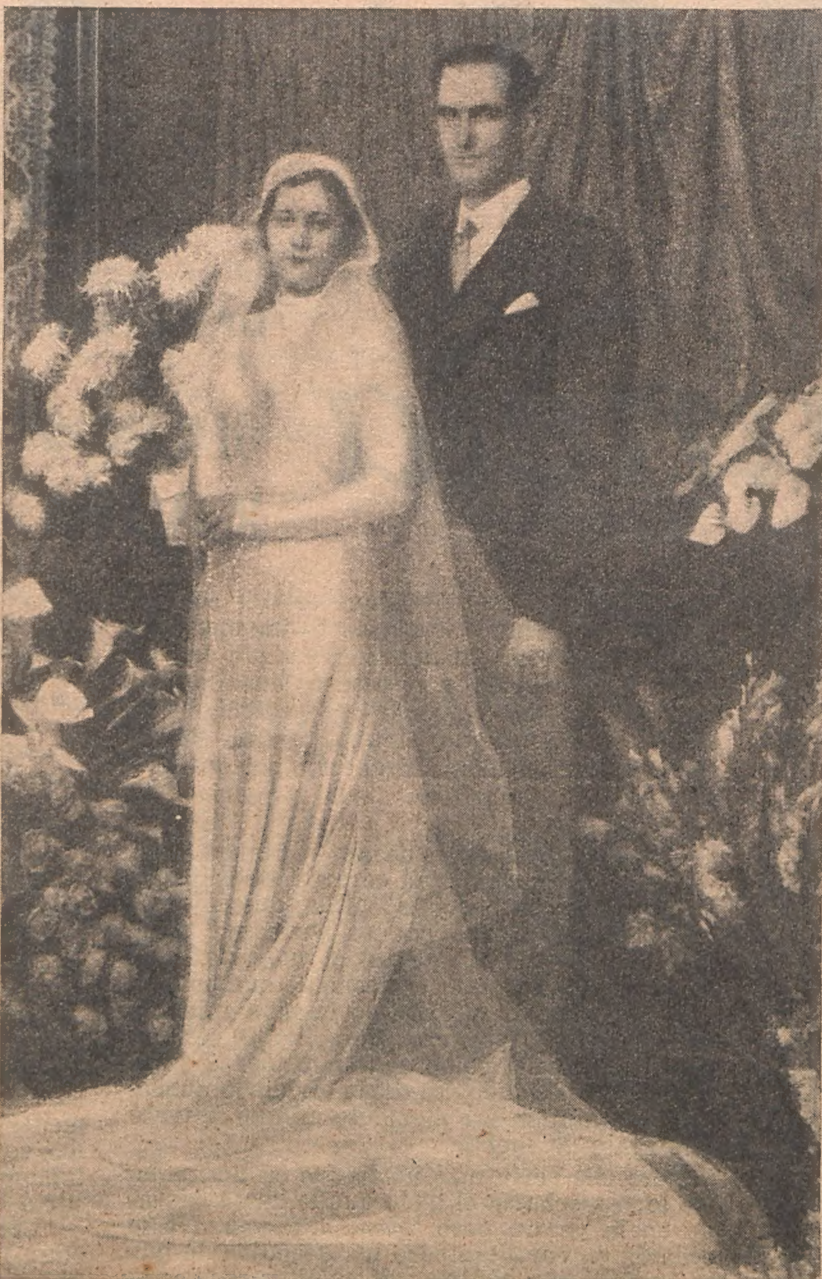
Por *Emiliano Calvento*

Cuando besé tu mano (Dios lo sabe
con qué fervor lo hice y qué pureza),
con un reproche altivo, a mi terneza
respondió tu pudor de casta ave.

Te vi partir transfigurada y grave,
sin volver un segundo la cabeza.
No sentí el abandono: tu belleza
estaba más hermosa hostil que suave.

Pero dime: si es cierto que la herida
de un beso tan pequeño es tan inmensa,
¿por qué bajas la faz, toda encendida,

y sonríes y callas?... ¿Y esa intensa
emoción que te turba?... Estremecida,
palpitas toda... El corazón, ¿qué piensa?...



Señorita Alicia Montale y doctor Antonio J. Usanna, cuyo enlace acaba de realizarse. Aquí aparecen los contrayentes momentos después de la ceremonia religiosa.

Foto Bolzoni.

SI LOS DOS se quieren tanto, y sus padres están conformes con que se realice esa boda, cásense, y que sean ustedes muy felices.

Contestando a "H. S.", de General Pinedo (Chaco).

● ●

TENGA PACIENCIA y no se violente por tan poca cosa, que eso no tiene ninguna importancia en el amor. Es muy posible que le cueste empezar a usar ese tratamiento por la falta de costumbre, pero usted sígale manifestando su deseo y la satisfacción que sentiría si ella lo tuteara; verá que el día menos pensado consigue lo que tanto ansía.

Contestando a "Enamorado fiel", de V. Mackenna (Córdoba).

● ●

SATISFACCION y no molestia es lo que me causa la correspondencia de mis amables lectores, así que puede continuar escribiéndome siempre que lo desee, ya que en ello encuentra un placer.

Lo que lamento es comunicarle que sus poesías no se publicarán, pero no se desanime; la constancia vence.

Contestando a "Rudy", de Morteros.

● ●

1º **REALIZANDOSE** la boda en la mayor intimidad, aunque la ceremonia tenga lugar por la noche, sus hermanas no necesitan vestir trajes de fiesta.

2º La torta de bodas debe ser cortada por la novia.

Contestando a "Ruth", de Capital.

● ●

PRIMERO, que sus padres se enteren de esas relaciones, y después puede darle esa prueba de cariño que le pide.

Contestando a "Ansiosa", de Rufino.

Víctor Hugo se casó con Adela Fourcher cuando apenas contaba veinte años.

ME ES IMPOSIBLE, como desearía, acceder a su pedido, pues mi norma de conducta es no usar ese tratamiento con ninguno de los innumerables amigos espirituales que a diario me escriben.

Estaré encantada de conocerla a través de esa fotografía que ofrece mandarme, simpática y cariñosa Pampeanita. Quedo, pues, esperándola.

Contestando a "Pampeanita", de Alta Italia.

● ●

PUEDE HACERME todas las consultas que desee. Lamento comunicarle que su poesía no se publicará.

Contestando a "M. I. Y.", de Santa Fe.

● ●

POR EL MOMENTO debe obedecer a sus padres; ellos la aconsejan porque desean su felicidad.

No acepte el pedido de ese muchacho.

Me es imposible publicar la poesía que me envía, porque cuando no son colaboraciones las que aparecen, yo también elijo las poesías de otros autores.

Contestando a "Kathuza", de Santa Fe.

● ●

EL MEJOR CAMINO para llegar al corazón de esa joven es su sinceridad. Sea sincero con ella y verá cómo ella le perdona esa inconsciencia de que tanto se lamenta.

En efecto, no hay nada como el sincero arrepentimiento.

Contestando a "Mauricio", de Lobería.

● ●

SI USTED CREYÓ que todas esas bonitas palabras de su novio eran nacidas de su corazón, era lo menos que podría hacer, porque ante todo hay que tener confianza.

Pero ahora que ha visto que es un falso y un desleal, no debe usted seguir correspondiéndole.

Contestando a "Blasa", de Carhué.

EL AMOR DOMINA AL MUNDO

La representación proporcional es una reafirmación democrática de la Ley Sáenz Peña

(Continuación de la página 3)

elecciones municipales, vale decir, el sistema de la representación proporcional, inspirado en un sentimiento de verdadera equidad política.

Según el sistema, el total de sufragantes se dividirá entre el número de candidatos a elegir en cada caso, y el resultado arrojará el promedio de votos indispensable para resultar elegido. En consecuencia, un partido que alcance este promedio puede tener en el Congreso una representación no despreciable, si se piensa en la que alcanzó en sus orígenes el propio partido socialista que hoy milita entre los mayoritarios.

Aparece esta reforma suficientemente encarecida, recordando que en las elecciones de 1924 y 1926 más de 100 mil electores desertaron del comicio. Sobre 282.202 inscriptos, sólo votaron 184.430 el primer año; y sobre 306.573, votaron 195.342. Es de suponer que en ningún ciudadano argentino existe el propósito de convertirse en voluntario infractor de la ley Sáenz Peña. Lo probable es que ninguno de los dos partidos en juego mereciera sus preferencias, y como por anticipado se descontaba que a ellos correspondería la victoria, consecuencia lógica era la abstención. Consecuencia lógica de esa opción obligatoria dentro del régimen vigente, de esa absurda necesidad de definirse por uno o por otro de los partidos mayoritarios, cuya hegemonía les asegura la ley que se quiere modificar.

EL IDEAL ES PROMOVER LA CONSTITUCION DE NUEVOS PARTIDOS

Con programas definidos, de modo que la adhesión del elector sea una comunión con las reformas que se persiguen, y no con los caudillos que ocasionalmente se ofrecen como candidatos.

Ahora bien: esos nuevos partidos de ideas son, tienen que ser, siempre pequeños en su origen. Hay que fomentarlos. Hay que estimularlos. Los que han desaparecido — demócratas, o nacionalistas, o católicos, o industriales, — desaparecieron porque justamente la reglamentación de la ley actual no les procuraba ese estímulo. Y lo extraordinario es que, bajo el imperio de tal reglamentación, hemos conocido el fenómeno desconcertante de una mayoría adventicia surgida al calor de una transitoria oposición, como aconteció en los comicios de marzo de 1930. Es decir, el abrumador predominio en las urnas de un partido político sin tradición y sin arraigo en la opinión metropolitana, que salta de pronto a la conquista de las posiciones parlamentarias, excluyendo todas las otras ponderables manifestaciones de la opinión.

UN PARTIDO DE VEINTE O VEINTICINCO MIL ELECTORES DEBE SER CONSIDERADO COMO UNA FUERZA

Y, sin embargo, se ha dado el caso, dentro del régimen vigente, de tener que despreciarse hasta 40 mil sufragios y aun más, porque las representaciones vacantes se cubrían con los candidatos de los dos únicos partidos mayoritarios que entraban en juego, según lo venimos diciendo. Con el agravante de que la mayoría se adjudicaba los dos tercios de esa representación, aunque entre ella y la minoría la diferencia no excediera de unos cuantos centenares de votos.

Evidente es que la reforma proyectada, en cuanto remedia esta aberración, es equitativa y democrática en su esencia.

Lo beneficioso es que se constituyan y surgan tantos partidos como sean necesarios, para que ningún elector se abstenga de votar, so pretexto de no existir la agrupación que consulte sus convicciones. Y lo fecundo de la reforma consiste en que todos esos partidos serán medidos y honrados con la misma vara, en proporción al caudal de sufragios que movilicen y al volumen de opinión que representen.

FIN

Como en la infancia

(Continuación de la página 7)

serve muchos años!, no podremos realizar este sueño, que es el más feliz de mi vida. Si estás dispuesto a esperar, mi corazón será tan fuerte que te dará alientos cada vez que te sientas sin fuerzas para seguir esperando. Si no quieres esperar... ¡que Dios se apiade de mí! Esta decisión mía es irrevocable, Carlos Alberto. No me pidas ninguna explicación, porque no podré dártela..."

Cuando puso esta carta en manos de la criada, para que la hiciera llegar a su destino por medio de un mensajero, sintió que se le desgarraba el corazón..., que se le oprimía la garganta como en aquel tiempo un poco lejano de la infancia en que la hermanita consentida le imponía el torcedor de un nuevo capricho, ¡de un nuevo e incalificable despojo!

Pero a buena, resignada y valiente no había quien le ganara. El mundo no perdería a Margarita, aunque no le fuera útil jamás. Como había sacrificado por ella su alegría de niña, ahora, en tan amargo momento, sacrificaba también por ella, ¡por ella, que no lo merecía ciertamente!..., su felicidad de mujer...

FIN

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

Croacia, boletín informativo, dedicado exclusivamente al Plebiscito Nacional Croata. Mayo de 1933.

La medicina de los niños, de París; números de abril y mayo de 1933.

Revista La Superiora; número de junio de 1933.

La Fraternidad, órgano de la Sociedad del personal ferroviario de locomotoras; número 530.

Il Secolo fascista, de Roma; número 11.

Ochocientos mil analfabetos. Aldeas escolares, por Ramón J. Cárcano. Un volumen de 80 páginas. Roldán-editor; Buenos Aires, 1933.

La Fraternidad, órgano de la sociedad del personal ferroviario de locomotoras; número 531.

Revista sudamericana de endocrinología y quimioterapia, de la capital; año XVI, número 7.

Pebeta, de Balnearia, números 416, 417 y 418.

El Alba, de Venado Tuerto; números 471 y 472.

La libertad, de La Plata; número 24.

Mundo alegórico, de Salto; núm. 57.

El mecánico electricista, revista de difusión; número 219.

La semana financiera, de Madrid; número de junio de 1933.

Una tragedia de amor a través de un manojo de cartas privadas

LAS RECOPILÓ **Elvira Ferreira**



CARTA 18ª



De Claudio Martínez a Susy Montero.

Amada mía. Te escribo con una inmensa tristeza, pero también con gran serenidad. Si en este momento pensase solamente en mí, quizá no me atrevería a darme por aludido y refrenase el impulso, pero para algo han de servir los años y el amor infinito que te tengo. Susy querida, sé que pasas días de gran tortura. Has llegado huyendo de encontrarte de frente con el fantasma de tu pasado. Has llegado a Buenos Aires y no has hablado una palabra. He sabido tu arribo en forma inesperada, y me he sentido lastimado muy en lo vivo.

¿Por qué no me lo has dicho tú?... ¿Qué razón había para que tu sentimiento y tu inteligencia me atribuyesen condiciones de incomprensión que no tengo?...

Tú sabes, mi pequeña adorada (y déjame que siga diciéndote así), que en el fondo de mi corazón nada que venga de ti podrá tener una interpretación equívoca.

Para el amor de un hombre como yo la sinceridad de una mujer como tú podrá saber a dolor, pero nunca a mal entendida. Es evidente que tú sufres, que temes hacerme daño, que no confías bastante en mi serenidad. Susy, yo soy aquel que todo lo puede cuando estás tú delante. Tu carta, dolorosa y extraña, me preparó ya para esto que tú silencias. Tu corazón complejo, orgulloso y extraño, vive ante un horizonte cargado de presagios. Eso me lo dijiste en tu primera esquela, y no lo he olvidado. No eres como las demás mujeres, y por eso me llevaste íntegro. Trátame, entonces, en consecuencia a ti misma y a tu idiosincrasia. No me temas, no me manches con la sospecha, no me lastimes huyendo de mí, no te encierres en tu dolor y en tu tortura para resolver tus problemas del corazón.

Voy a adelantarme a tu pedido, voy a hacer por ti lo único que puede necesitar tu corazón. Voy a dejarte. Vuelvo a ti todas las palabras que la bondad luminosa de tu corazón volcó sobre el mío. Vuelvo a ti la emoción de tus primeras manifestaciones; vuelvo a ti la esperanza que me diste y que yo alimenté en lo más puro de mi vida. Dejo a tu corazón en voluntad libre para dirigir sus pasos, y lo dejo sin permitirme la más ligera reflexión sobre la posibilidad de tu felicidad. Creo que una mujer como tú tiene razones especiales para descansar sus ojos sobre un ser. No puedo odiar lo que tú amas, pequeña Susy querida, pero como tampoco puedo sentir como tú, marcho a buscar la paz que ese mismo proceso altera. Sin un solo reproche, sin un solo pensamiento que no sea de admiración hacia ti, con infinito agradecimiento por la dulzura que trajiste a mi vida, voy a partir, voy a dejarte sola.

No tengo una queja contra ti; quizá mis quejas vayan a mí mismo, que no he sabido conquistarte. No eres igual que las otras mujeres, tu espíritu complejo necesita matices que yo no he sabido encontrar. No basta amar para ser feliz, es preciso saber hacerse amar. No lo he logrado, y entonces es mi deber cuidar la felicidad tuya, tratar de buscarla aun en contra mía, sacrificar mi sentimiento por el bien del tuyo. Dejo por un tiempo mi estudio, a cuyo frente quedará un amigo; marcho esta noche para la estancia, en donde mi presencia será beneficiosa. Era un viaje que de cualquier modo debía hacer. Las circunstancias cambian el motivo y la emoción, pero el hecho tenía que revelarse en una lejanía. Para recibirte a ti en ella debía ir con anterioridad a tu visita, dejar todo en condiciones, vivir lejos tuyo algunos días, pero viviendo para ti. Ahora... las cosas han variado, y no obstante, mi capricho es pueril y quizá torpe, voy con los ojos abiertos y con los ojos cerrados al mismo tiempo. Todo lo que iba a hacer por ti voy a hacerlo por tu recuerdo. Mi dolor tendrá un lenitivo, no te huiré en el recuerdo, pensaré en ti, y mi corazón hallará la paz para perderte.

He pensado en ti mucho, he pensado mucho en la persona de la que tan ligeramente me hablas. Me permitirás que te diga que hay una equivocación fundamental en tus juicios con respecto a ella. Voy, mi querida Susy, voy a defender al hombre que te aleja de mí. Haces mal en colocarlo en el plano inferior en que los sentidos empujan al hombre. Tú no puedes inspirar mezquindades, tú inspiras el amor del alma amalgamado con el amor de la materia. Lo uno, al mirarte, no puede ir desligado de lo otro. Eres demasiado completa, y los hombres han de rendirte el homenaje de su amor. Pero los hombres, querida Susy, son seres groseros, que están a leguas de distancia de una sensibilidad como la tuya. El, obedeciendo a una especial psicología, se ha manifestado así para ti, pero eso es intrascendente; lo principal es que él te ama y que te lleva. Que te haya ocultado sus verdaderos sentimientos no es más que una estratagema para conquistar más ampliamente los tuyos. Cuestión de principios que tú sabrás disculpar. No te reproches ese amor que llega de tan lejos y que la distancia y otro hombre no han podido destruir. Ese, es posible que sea el amor de tu vida, y que has estado a punto de dejar de lado.

Susy, ámalo y que seas feliz. Te lo deseo con la misma serenidad con que te lo digo. Amalo sin remordimientos y busca el mejor camino para tu dicha.

Cuenta que tienes en mí el mayor amigo. Sigue confiando en mi admiración, que nada podrá destruir; en mi cariño, que no alterarán los hechos; en mi agradecimiento, que será un perfume intangible y constante para mi soledad; en mi incondicional consecuencia, cualquiera que sean los pasos que tú des. ¿Me comprendes? Soy para ti el amigo que da todo y que no pide nada, que te comprenderá siempre sin equivocarte, que te ofrecerá su vida si la necesitas y que tratará de que tú no te sientas obligada. No te extrañe todo esto, querida mía; si yo tuviera veinte años, no procedería como lo hago ahora. Mi actitud es consecuencia de los rastros que la vida dejó en mí. He aprendido el valor de los instantes y reconozco todo lo que te debo. Si mi madre viviera, a ella iría para decirle: "Cuida de su felicidad, madre, protégela con tu afecto, compréndela con tu corazón de mujer, que está más arriba de todas las mezquindades." Ella no está, y soy yo quien te lo digo. Tu espíritu quizá necesite de este refuerzo para sentirse serenado. No olvides que te escribo sin ninguna esperanza y que no quiero que te sientas obligada a mí. Por encima de todo, por sobre todo, mírame sin egoísmos que no los tengo para ti.

Amada mía, pequeñita y dulce, sé valiente para defender tu dicha; no te detengas en el mal que puedas hacer, piensa que tu vida es larga y que está llena de pruebas, que deberás vencer a toda costa. No pierdas las fuerzas discutiendo con tu corazón, tratando de construir y reconstruir palacios de naipes; con tus manitas fuertes y blancas que saben manejar el timón, construye tu choza con firmes troncos de voluntad. No te debilites en el análisis ni te destruyas en la tortura de suponer malos tus actos; sigue directamente y con altura los mandatos de tu corazón, y limpia el camino por el

(Continúa en la página 65)



Silenciosos al trote lento de los caballos Namuncurá y otros caciques regresaban a los toldos de Salinas Grandes. A través del cielo plomizo gris el sol irradiaba un resplandor mortificante.

NAMUNCURÁ

... era la esperanza de su tribu en aquel drama de la conquista del desierto

UN CUENTO DE ROSA A. FRANCO

EN 1872, el gobierno argentino tenía un peligro que conjurar: la avanzada de los indios sobre la civilización (entre los cuales varios caciques de los huilliches eran los más rebeldes). Con la esperanza de reducirlos y mantenerlos del otro lado de la frontera creada dentro del país, a cuyo efecto el río Negro constituiría la más probable línea de defensa, se trataba de entretenerlos con diplomacia, a fin de evitar sus frecuentes crímenes. Ya habían sido firmados tratados de paz, por los cuales el indio se comprometía a no hacer guerra, y la nación, a su vez, entregando animales y otras subsistencias evitaría las contiendas.

Namuncurá, Calfucurá, Pinceñ, etc., caciques en el Sur de la provincia de Buenos Aires, provocaban seguidos levantamientos satisfaciendo sus odios. Luego, en la imperiosa necesidad, humillándose en extensas y mal redactadas cartas dirigidas a los representantes de la nación, se disculpaban con protestas de amistad, y concluían solicitando las prendas y viandas que precisaban.

Asqueados de este comportamiento, los blancos, no obstante, a la espera de la conquista de los terrenos ocupados por los salvajes, accedían a sus pedidos, recordando los tratados de paz.

Esta era la realidad histórica.

Sin embargo, la imaginación puede hermosear vidas manchadas con sangre y falsía, justificándolas con sólo crear una leyenda y escudriñar en la complejidad de un alma.

Silenciosos, al trote lento de los caballos, Namuncurá y otros caciques regresaban a los toldos de Salinas Grandes. A través del cielo plomizo, gris, el sol irradiaba un resplandor mortificante. El sopor de la siesta avanzaba; el croar de los sapos, el canto monótono de las chicharras, un grito lejano traído por el viento, todo se oía indistintamente entre el pisar acompasado de los brutos que montaban los indios.

Aichú, la hija de Namuncurá, echada sobre la hierba a la sombra de un árbol, dormitaba; la tierra con el eco, le avisó la llegada de los suyos. Lentamente se incorporó. Sus quince años revelaban una belleza poco común; sus grandes ojos negros estaban velados por una tristeza que quiso disimular con la sonrisa con que saludó a su padre, y a Pinceñ, su prometido, jefe de la tribu acampada en Malalicó.

—Aichú, Pinceñ te saluda y quiere siempre.

La india respondió con una sonrisa volviéndose a Namuncurá.

—Padre, Aichú quiere saber si ya firmaste la paz con los blancos.

—Sí; el indio no quiere más guerra. Trabajará para el blanco, quien mandará alimentos, y Namuncurá será aliado del gobierno.

Aichú palideció.

—Entonces, ¿el cautivo puede irse?

Namuncurá no recordaba ya al prisionero que hacía meses permanecía en la choza que servía de celda; su hija le recordaba algo importante. Ciertamente el cautivo sería libertado.

Los caciques hicieron rueda sobre el pasto. Ahora estaban seguros de que podrían mantenerse sin necesidad de recurrir al robo, aunque el carácter indomable e independiente del araucano flotaba por sobre toda la diplomacia con que parecían acatar las órdenes del gobierno. En Namuncurá existía un deseo sincero de civilizarse. No escapaba a su criterio que para el blanco su raza era inferior, y buscaba la forma de hacerse, sin embargo, necesario. La única solución era aliarse a él. Además, soñaba para Aichú un ambiente grato y no hostil, preparación y no ignorancia, paz y amor; esta era su mayor ambición aun cuando fuera en menoscabo del orgullo de su raza. Consideraba aquella, una capitulación que hermoseaba su alma. Pinceñ, de índole perversa se había

(Continúa en la página 13)

Los cuentos gauchos de MUNDO ARGENTINO

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS RESFRIOS

Ya en pleno invierno, es necesario cuidarse de los resfríos.

Cuando empiezan a sentirse sus síntomas debe aspirarse una mezcla de alcanfor en polvo y amoníaco; sin embargo, como la mejor medida es evitarlos, una fortificación de las membranas de la nariz dará aún mejores resultados.

Diariamente, por la mañana, antes de salir a la calle y por la noche antes de acostarse, háganse unas irrigaciones nasales con agua salada, templada al principio y fría al final. Bastarán cinco gramos por litro de agua.

Si el resfrío no hubiese sido evitado, háganse unas inhalaciones con:

Esencia de lavanda.....	30 gramos
Esencia de eucalipto....	30 „
Tintura de benjuí.......	30 „
Mentol cristalizado......	2 „

De esta mezcla se verterán unas gotas en una cacerolita con agua que se pondrá a calentar y se empezarán las inhalaciones antes de que el agua hierva hasta soportar los vapores el mayor tiempo posible.

Tales son las recomendaciones de un reputado higienista.

AUN EXISTEN PADRES QUE ENSEÑAN A SUS HIJOS A BESAR A LAS PERSONAS QUE ACUDEN DE VISITA, CUALQUIERA QUE SEA SU GRADO DE PARENTESCO. SI ESTOS PADRES SUPIERAN EL ERROR QUE COMETEN CON ESTA PRACTICA, SE HORRORIZARIAN DE ELLO.

CONTRA LA INAPETENCIA

Para combatir la falta de apetito de su hijo, puede usted recurrir al preparado que le detallamos a continuación:

Tintura de quina	5 gramos
Tintura genciana	5 „
Tintura de cuasia	5 „
Tintura de nuez vómica	5 „

Este preparado se usa del siguiente modo: se toman treinta gotas antes del almuerzo y otras treinta antes de la comida. Verá usted como los resultados no pueden ser más satisfactorios.

Cdo. a "Mamá Rosa", de Carabelas.

EL AYUNO

He aquí lo que dice, textualmente, un reputado médico sobre el ayuno, tan indispensable para conservar la buena salud.

"Entre los buenos principios de la medicina casera puede ser considerado el ayuno como uno de los mejores. Esta práctica, que ha caído en desuso, es una de las primeras medidas que tomamos los médicos ante un enfermo acompañando el tratamiento con alguna receta que consideramos indicada.

"En familia, lo más frecuente es recurrir a los purgantes, a los analgésicos, a algún específico, a alguna droga que sirvió en otra oportunidad y seguir comiendo, puesto que ya se ha puesto " un remedio".

"Un día de ayuno no puede quebrantarnos tanto la salud que llegue a resentirse nuestro organismo, sobre todo si está bien nutrido.

"Por no privarse de comer unas milanesas, por no dejar de cenar con unos amigos, por más que nos hallemos indispuestos, comemos o cenamos si la indisposición la consideramos como cosa pasajera. No obstante, un día de ayuno es saludable.

"Cuando se ha comido fuera de la hora acostumbrada y se han tomado alimentos que no entran en nuestro repertorio, no está de más abstenerse de hacer la comida siguiente.

"Pero nos atenemos a la costumbre y, por más que la merienda haya sido próxima a la hora de la cena, no suprimimos ésta y ni nos aprovecha la merienda ni la cena.

"No sería éste el peor mal si fuera solo, sino que ambas comidas nos indigestan y achacamos la indisposición a unas aceitunas, al pescado, que no estaba bastante fresco, a cualquiera de los alimentos ingeridos menos a nuestra falta de previsión y nuestro poco cuidado en no dirigir todos nuestro actos con el cerebro.

"Es erróneo confundir el ayuno con la dieta. Ayuno es la completa abstinencia de alimentos; la dieta, en cambio, limita la alimentación y excluye ciertos manjares. Así, se dice dieta láctea cuando sólo se alimenta de leche.

"No todos los organismos soportan una dieta prolongada, ni menos ayunos frecuentes. La tuberculosis es una de las enfermedades que no admiten cierta clase de pruebas y necesitan una alimentación abundante en materias calcáreas nitrogenadas y fosfóricas. En cambio, los que sean pletóricos, los sanguíneos, los obesos se hallarán luego de un ayuno mucho mejor, su apetito será menos cerebral y la comida les será más provechosa."

El EXCESO de CONFIANZA



Hay muchas madres que son confiadas en demasía aun tratándose de sus propios hijos. Mientras unas los abandonan en manos de otros niños, que jamás ofrecen la menor seguridad, otras madres los dejan solos, en el suelo, o dentro de un cochecito, para poder dedicarse a sus quehaceres más libremente.

Esto, muchas veces, ha sido causa de grandes lamentos, porque los niños así descuidados corren todos los peligros imaginables. Si se arrastran por el suelo, el de lastimarse o comer alguna inmundicia, y si abandonados dentro de un cochecito, el de asomarse y caer sobre el pavimento, o ser mordidos o heridos por un animal, que bien puede ser un perro, o un caballo.

Está bien que las madres sean confiadas; pero esto tiene su inconveniente, por cuanto puede constituirle un grave peligro.

CONTRA LAS QUEMADURAS

Son innumerables las veces que hemos dado remedios contra las quemaduras. Naturalmente, mientras no se necesitan, no se ocupa uno de ellos, como no sea la verdadera interesada. Sin embargo, todas las madres deberían coleccionar esta página, y en un momento dado encontrarían la receta adecuada para el mal inesperado, cuya consulta y respuesta exigen un tiempo demasiado largo para esperar.

Se lo decimos, porque cuando usted lea nuestra respuesta, ya la receta no le será útil, por el tiempo transcurrido; pero se la vamos a detallar para la primera oportunidad en que la necesite.

TODA MADRE DEBE SER ABNEGADA; DEBE PREOCUPARSE DE SUS HIJOS, ATENTA SIEMPRE A LOS MENORES SINTOMAS DE ENFERMEDAD. UNA MADRE QUE NO SE OCUPA DEBIDAMENTE DE SUS HIJOS, NO MERECERIA EL HONOR DE SERLO.

He aquí la receta:

Aceite de oliva...........	15 gramos
Glicerina	2 „
Limadura de plomo........	1 „
Acido bórico pulverizado...	1 „

Esto debe mezclarse muy bien. Es necesario, además, agitarlo convenientemente antes de usarlo.

Cdo. a "Lectora", de Tapalqué.

INSTITUTO SANTA LUCIA

La dirección del Instituto Santa Lucía, para enfermedades de la vista, es la siguiente: calle San Juan al 2000, en esta capital. Puede llevar ahí su nena, que será revisada y curada.

Cdo. a "M. L. de M.", de Remedios de Escalada.

La GRIPE está en su APOGEO. CUIDESE y CUIDE a sus NIÑOS

Namuncurá (Continuación de la página 11)

sometido al tratado, siguiendo á Namuncurá, por motivos sentimentales. La corriente de sus malos instintos sólo era dominada por Aichú. Ante ella, flor morena, chiquita y misteriosa, que ejercía sobre los dos hombres un admirable embrujo, aparecía otro Pinceñ, dulce, sumiso y pesaroso de su crueldad.

La noche sobrevino silenciosa; la luna comenzó a velar las carpas, mientras los indios descansaban. Aichú, sola y triste, ambulaba por entre los árboles. Recordaba nítidamente el día en que su padre, al volver de un malón, le había anunciado con énfasis:

—Aichú, traimos un cautivo. — La india experimentó en ese instante una fuerte conmoción; por su sangre corrió la savia de un odio ingénito, buscando con los ojos al prisionero que se figuraba un titán blanco, vencido por su padre, débil ser de una raza inferior. Una sorpresa infantil pero dolorosa se pintó en su rostro cuando lo descubrió. Era un soldado joven, sin barba, acaso una sombra de bozo en el rostro demacrado por la fatiga, donde los ojos brillaban de fiebre. Así, rendido, extenuado, el prisionero fué encerrado en la celda. Aichú sintió entonces una profunda pena, y un desprecio nunca sentido antes alcanzó a Namuncurá, a su raza, a todo lo suyo...

—Aichú, traimos un cautivo. — Cautivos así, también traería ella si la dejaran salir de los toldos de Salinas Grandes.

Aquel día pasó y al siguiente fué a llevar la comida al preso. La fiebre lo devoraba y su figura de adolescente aparecía allí tirada, como una sombra. De los labios resecos por la fiebre brotó un "¡madre!" doloroso... La feminidad de Aichú estremecida saltó por sobre todo el rencor heredado y arrodillándose al lado del enfermo acarició sus cabellos. Con maternal cuidado refrescó la frente ardiente, y rápida, ocultándose, fué a preparar un brebaje benéfico. Desde esa tarde visitaba diariamente al cautivo, procurando no ser vista por los indios. Criaturas todavía, mutuamente se buscaban el corazón sin saber aún si metafísicamente existía. Al hablarse hallaban uno en el otro la atracción de ambientes opuestos e ignorados. Ella sentía admiración por el hombre que le explicaba cosas hermosas que ella comprendía sin dificultad; él tenía una profunda gratitud por esa chiquilla morena que lo cuidaba maternalmente. Así, despacito, sin darse ellos cuenta, el amor los embaucó, y al despertar de un alba el pecado les asaeteó el corazón y sus mentes desconocedoras de la vida se asomaron al mundo. Alberto Peña, el cautivo, encadenó su libertad a los ojos tristes de Aichú y fué feliz en la celda.

La indiecita, sentada sobre una piedra, lloraba desconsolada; el cautivo recobraría su libertad y ella quedaría olvidada para siempre en un rincón cualquiera de su alma. Vencida por un dolor vehemente y sincero, mudo y reconcentrado dolor indio, fué una vez más a ver a Peña. Alberto la esperaba impaciente, sabía ya que sería libertado al día siguiente, y radiante de alegría la estrechó en sus brazos.

—¡Aichú, mi Aichucita!... Mañana me iré..., nos iremos...; yo saldré temprano y a la noche te esperaré oculto entre los árboles. Huiremos a campo atraviesa, y cuando los tuyos se aperciban estaremos muy lejos, mi Aichú... — Agazapado el dolor de la india, una dulce beatitud la invadió; entonces, apoyada su carita en el pecho varonil, se animó a confesar su secreto.

—Aichú te dará un hijo... — La luna se introdujo por un resquicio y a su luz pálida el cautivo, pleno de lirismo, vió transfigurada a su Aichú en una dolorosa virgen de bronce.

Un nuevo día amaneció. Namuncurá deseaba festejar la paz. En el rostro de todos la satisfacción se reflejaba. Pero Pinceñ tenía ensombrecida la mirada. Aichú le huía, tenía los ojos llorosos y las facciones desencajadas; es que la inquietud le consumía el alma en espera de la noche. Peña, ante la presencia de todos, fué libertado ceremoniosamente. Desde esa hora un dardo se había clavado en el pecho de Pinceñ.

Era noche ya; las baladas indias flotaban tristes, bajo el cielo estrellado. Aichú pidió permiso para descansar, besó a su padre y se dejó estrechar en silencio las manos por las fuertes y callosas de su prometido, que buscaba en sus ojos.

Algunos indios dormía ya embargados por el vapor de las bebidas, otros seguían el festín cantando y bailando al son de tamboriles roncos. Piceñ no se podía contener. Despacio comenzó a andar hacia lo espeso del bosque que circundaba al campamento. Una sombra divisaba a lo lejos, hizo afluir violentamente la sangre a sus sienes. Su instinto no le había engañado y ni un instante dudó ya de que aquel jinete que atravesaba el campo al galope desenfrenado, era el cautivo. Ciego de celos, seguro de que venía a robarles, tomó su arma e hizo fuego. El jinete cayó. Una sonrisa maligna se asomó a su rostro cuando el eco trajo en el viento un desgarrador "¡Aichú!", pero no desfalleciente. La distancia y los árboles le ocultaban su víctima; presa ya su alma de infinita inquietud empezó a correr hacia donde suponía encontrarla.

Peña, al ver caer a la india, lanzó su nombre al aire y fué hacia ella.

—¡Aichú, mi Aichú!..., ¡vamos..., aún es tiempo!... — Pero Aichú sabía que era tarde.

—¡No; huye, cautivo..., huye con el alma de tu Aichú!... ¡Salva tu vida..., pronto..., huye!...

Las fuerzas le faltaban; el pedido angustioso se hizo orden en la suplicante mirada; en ella condensó la última voluntad que se iba con su vida. En un beso ahogado, profundo, Peña bebió su postrer aliento. Aún tuvo tiempo para cerrar los párpados de su virgencita de bronce. Erguido, imponente, esperó junto al cuerpo diminuto. Cuando Pinceñ llegó, las miradas de los hombres se cruzaron emponzoñadas.

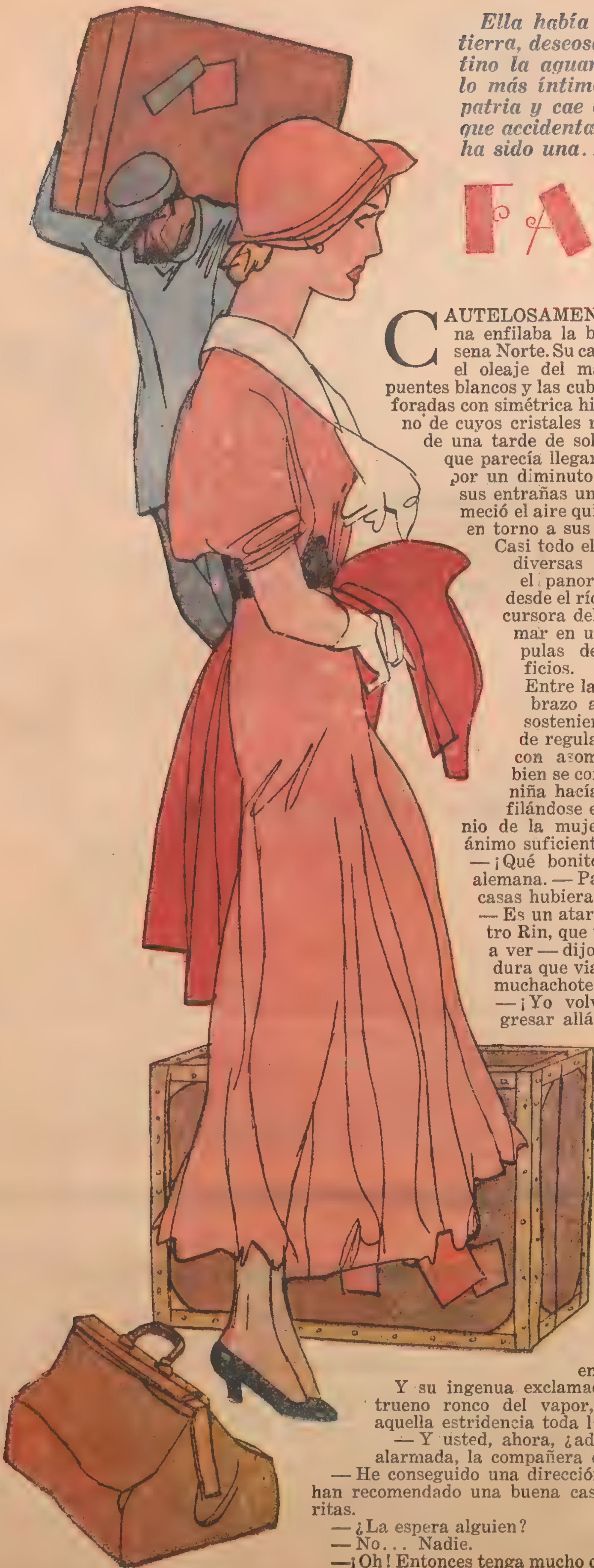
—Aichú, Pinceñ te quiere...

Un fuerte manotazo lo separó de la india. Entonces, su amor, su odio, su sangre mil veces oprimida, se alzó sobre aquel otro hombre, dominado por sentimientos diferentes tal vez, pero que lo llevaban al mismo fin: matar.

Una quena rompía el silencio con sus melancólicos sones cuando el indio, silencioso, depositó su liviana carga ante Namuncurá, a quien, concisamente, explicó lo ocurrido. Una espantosa confusión sobrevino entonces. Namuncurá no quería, no podía comprender aquello. ¿Qué hacía así, tan rígida, su flor chiquita? ¿Por qué tan prietos los labios? Familiarizado con la muerte, no la hallaba, sin embargo, no la sentía sobre Aichú.

La reacción vino después. Namuncurá, llagado su corazón en lo más íntimo, reía de su simpleza. ¡Paz con

(Continúa en la página 20)



Ella había cruzado el mar con rumbo a nuestra tierra, deseosa de labrarse un porvenir. Pero el destino la aguardaba aquí agazapado para herirla en lo más íntimo de su alma. Y cuando retorna a su patria y cae en los brazos de su madre, le oculta lo que accidentalmente descubrió, y le dice que tan sólo ha sido una...

FANFARRONA

... que se dejó llevar por la vanidad de todas las mujeres sin experiencia.

NOVELA CORTA

De *Aníbal Ravagnán*

CAUTELOSAMENTE, la gran mole marina enfilaba la boca de acceso a la dársena Norte. Su casco negro, manchado por el oleaje del mar, contrastaba con los puentes blancos y las cubiertas superpuestas, perforadas con simétrica hilera de ventanillas, alguno de cuyos cristales reflejaba el último matiz de una tarde de sol potente. Aquel gigante que parecía llegar sin fuerzas, arrastrado por un diminuto remolcador, arrancó de sus entrañas un sonido ronco que estremeció el aire quieto, dibujando arabescos en torno a sus enormes chimeneas.

Casi todo el pasaje se hallaba en las diversas cubiertas contemplando el panorama de la ciudad vista desde el río, la cual en esa hora precursora del crepúsculo parecía quemar en una gran hoguera las cúpulas de sus desnivelados edificios.

Entre la gente de tercera, con un brazo acodado en la borda y sosteniendo con el otro una valija de regulares dimensiones, miraba con asombro una jovencita que bien se conocía había dejado de ser niña hacía muy poco tiempo, perfilándose en su personita ese dominio de la mujer que se considera con ánimo suficiente para actuar en la vida.

—¡Qué bonito! — exclamó en lengua alemana. — Parece que detrás de las casas hubiera fuego...

— Es un atardecer igual a los de nuestro Rin, que tal vez nunca volveremos a ver — dijo una señora de edad madura que viajaba acompañada de dos muchachotes altos y desgarbados.

—¡Yo volveré!... Tengo que regresar allá... He dejado a mi madrecita esperándome... ¡Oh! No diga eso; usted también regresará algún día.

—¡Quién sabe!...

Y la joven rubia, quitando una incipiente visión de tristeza de sus ojos, volvió a hundirlos en la ciudad majestuosa que parecía fascinar con su silencio incandescente.

— Ahora ya se divisa a la gente de los murallones. ¡Mire qué máquina de ferrocarril tan pequeña corre entre los automóviles!

Y su ingenua exclamación fué ahogada por el trueno ronco del vapor, que parecía volcar en aquella estridencia toda la fuerza de sus calderas.

— Y usted, ahora, ¿adónde va? — preguntóle, alarmada, la compañera de viaje.

— He conseguido una dirección. Aquí, en el buque, me han recomendado una buena casa de pensión para señoritas.

— ¿La espera alguien?

— No... Nadie.

—¡Oh! Entonces tenga mucho cuidado. A mí me aguarda un hermano. El nos ha dicho por carta que esta ciudad es tan grande como Berlín o París. Hay que tener tino, usted todavía es una niña.

— Señora, es usted muy buena. No me pasará nada. Pienso encontrar ocupación lo más pronto posible... Si hubiera tenido en cuenta el miedo, no hubiera dejado sola a mi madrecita. Este sacrificio lo hago para retornar con dinero, para que ella descanse.

— Sí, sí; el dinero es muy bonito, pero las ciudades dan mordiscos como las fieras.

— Yo no tengo miedo. Seré domadora, si fuera preciso.

Sonrieron las dos. Pasajeros, camareros y marineros empezaron a desfilar, apretujándose y dando empellones para lograr abandonar el barco lo antes posible.

Las dos mujeres se besaron, y la madre de los muchachotes, con los ojos velados por la emoción de la despedida, abrió su cartera y dió a la joven la dirección de su casa. Federica, más dueña de sí misma, correspondió también a aquella terneza compensando la parquedad de su sentimiento con la gratitud de su corazón frente a la realidad que le indicaba que todavía se encuentra gente buena en el camino de la vida.

Poco después bajó la planchada y sus pies pequeñitos sintieron la dureza de las piedras de la calle. Se apartó de los grupos, y esquivando a la gente bulliciosa que se besaba y abrazaba, hablando en diversos idiomas, siguió caminando con su valija amarilla adornada con clavos de bronce. Dióse vuelta y miró al buque, el que, quieto en un ángulo del dique, rodeado de una multitud de seres que a la distancia parecían hormigas, produjo un estremecimiento en su entereza, comprendiendo por primera vez que había dejado definitivamente muy lejos la mirada de la madre, que aún la estaría buscando a través de la distancia. Desechó ese resquebrajamiento de su energía, cambió de mano la valija con ademán varonil y apresuró el paso, olvidándose de que estaba sola.

Delante de la ventana de su albergue provisional, Federica releía la carta, alternando el movimiento de sus ojos color mar entre ésta y el giro bancario que sostenía en su otra manecita de forma seductora. A veces, como si de ellas volara su pensamiento buscando una resolución que determinara la idea a seguir, fijaba sus pupilas sobre la calle rumorosa, orquestada por los pitos y bocinas de los automóviles. Dobló la carta y el giro, poniendo ambas cosas en el mismo sobre; púsose el abrigo y el gorrito, encontrándose segundos después en la planta baja, donde esperaba un caballero que, gentil, le abrió la puerta del ascensor. Ya en el umbral se dirigió al portero del edificio, un hombre de elevada estatura, con hombros enormes y desproporcionados, en cuya cara lucía un frondoso bigote:

— Reconquista y Rivadavia — respondió el gigante con voz gruesa y ampulosamente enfática.

— ¿Y la Patagonia?

— ¡Oh!... Eso queda muy lejos, muy lejos.

— Gobernación de Río Negro...

— ¡Ah, bueno: día y medio de viaje.

— No es mucho. ¡Gracias!...

— De nada..., de nada...

El portero volvió a concentrarse para no pensar en nada, y la jovencita, dando nuevos bríos a su entereza, iluminando sus ojos con el reflejo de una alegría íntima que brotaba de aquella esperanza que parecía cristalizarse en la anhelada realidad, acentuando los perfiles verosímiles de días venturosos que pondrían término a la ansiedad de su incierto futuro, hizo fugazmente un balance de hechos felices: la señora aquella del pasaje, que durante la travesía se acercó a su lado, y a la que sorprendió más de una vez en un atento examen de su persona, sin deseos de mortificarla, imaginando tal vez el secreto motivo de su emigración, puesto que sus ojos ligeramente emocionados le aseguraban la lealtad de ese pensamiento. Ella únicamente deseaba ampararla anímicamente, con desinterés maternal y poniendo en sus oídos algunas frases de consuelo que fortificaron su ánimo, que no desfalleció cuando la nostalgia de los recuerdos de su hogar se arrebujaron en su corazón tratando de sorprenderlo; su feliz arribo a Buenos Aires; el aviso en el periódico; la contestación rápida de aquellos connacionales de la Patagonia; su buen sueldo; por fin lograba el ansiado puesto de institutriz.

Pasó la noche muy contenta, y siguiendo al pie de la letra las intrucciones de la carta, se embarcó en Constitución en el rápido a Bahía Blanca, donde el estanciero que la contrataba, en compañía de su esposa e hijas, iría a buscarla en automóvil.

Y aquel convoy nocturno llevó un tramo de muchos kilómetros más al Sur a la decidida alemanita.

Cuando la gente que bajó del tren se dispersó en distintas direcciones, Federica quedó sola en el andén, sosteniendo en su diestra la valija amarilla con adornos de bronce. Comprendiendo que ella era la que esperaban, rápidamente llegó a su lado el estanciero Butler, a quien seguían su esposa y las hijas de ambos. Estas aparentaban tener dos años de diferencia menor con la joven desconocida. Don Federico Butler, al saludarla y mirar de cerca a la joven, tuvo un ligero estremecimiento que desparramó en su mente un recuerdo lejano que lo dejó absorto. Con la misma brusquedad con que fuera sorprendido, reanimó su equilibrio moral; pero no el tono torpemente desfalleciente de su voz:

— Yo soy la persona que la ha llamado, Butler; mi esposa y mis hijas, Nora y Carlota.

— Señorita — dijo, bien impresionada por el porte distinguido de la joven, la señora — déjeme que la llame hija, ya que va a vivir con nosotros. Y espero que sea por muchos años.

— ¡Gracias, señora!

Carlota y Nora, sonriendo, estrecharon la mano de la joven.

— ¡Pero, mamita! — dijo Carlota, — ¿has reparado cómo se parece a Nora esta señorita?... Son de la misma estatura, idénticas, solamente el color de los ojos.

— Sí, es verdad — agregó la señora. — ¡Qué coincidencia! ¡Ah, no; esta niña tiene la boca más bonita que la de Nora!

— Señorita, no se vaya usted a enojar — adelantó, sonriendo y sonrojada Federica, — su boca es delicada...

— ¡Qué personas tan parecidas! Estoy realmente asombrada — continuó comentando la madre de Nora.

— ¡Mejor! — repuso don Federico Butler, con gesto enérgico, decidido a no dejar aumentar su turbación. — Así creerán que son primas.

Rieron la ocurrencia, menos el estanciero, que aún no podía alejar la preocupación hostil que se había alojado en su cerebro.

El chófer tomó la valija a Federica. El auto regio y espacioso, se esfumó raudo por un hermoso camino.



Recorriendo uno de los senderos del parque que rodean el suntuoso edificio de la estancia, Federica tuvo un recuerdo muy vivo de su lejano hogar, donde la estaba esperando su idolatrada madre.

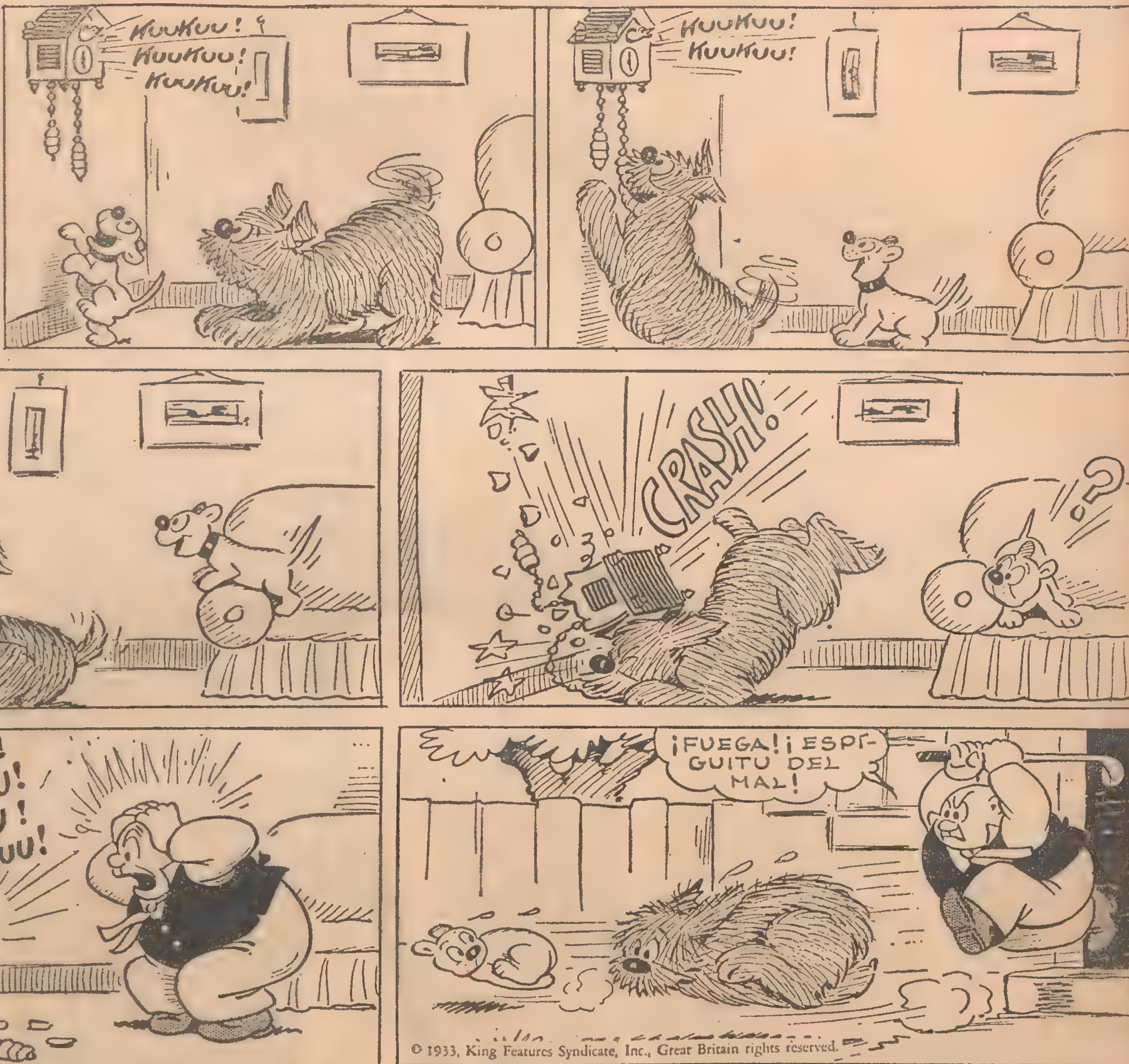
— Usted se ha puesto triste — dijo Nora. Y agregó, con ruego cariñoso. — Cuéntenos algo de su vida.

Carlota cortaba en ese instante un hermoso clavel punzó que ofreció sonriente a Federica.

— Para usted, que se lo merece.

— ¡Gracias!... ¡Gracias! Yo no sé cómo devolver tanto mimo. Me voy a creer una gran personita. Yo aquí no soy otra cosa que una institutriz. (Continúa en la pág. siguiente)

DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO



—Eso sí que no se lo permitimos—protestó enérgicamente Carlota, subrayando la frase con un batir de palmitas.

—¡Muy bien dicho!—Y Nora, poniendo un gesto lo más compungido posible, agregó:—Institutriz, no; amiguita. Una amiguita buena, como no hemos conocido otra.

—Sigan las lisonjas... ¡Ah, pero yo no cederé. Por nada de este mundo me haré la consentida.

Rieron a coro de nuevo. Y cuando aquel gorgeo juvenil se fué perdiendo en el jardín, Nora volvió a insistir sobre su anhelada pregunta.

—Cuéntenos la historia que le he pedido. Hablemos de su vida.

—Mi historia—dijo Federica, tratando que el acento de su voz fuera solemne.—Todavía soy muy joven. Y cortando las palabras con sonora carcajada, agregó:—Ya la escribirán los escritores del futuro.

—¡Federica, no sea malita!...

—Bueno. Yo no tengo una partícula así de malita... Voy a revelarles mi vida, que desde ya les aseguro es vulgar e indiferente. Nací muy chiquita, chiquitita.—Las hijas de Butler ríen, aunque mejor desean estar serias para no perder detalles.—¡Sí, les digo la verdad; casi me muero por falta de desarrollo. Y ya ven ahora lo valiente que soy.

Volvieron a reír las tres, hasta que Carlota dijo:

—Así no vamos a terminar nunca.

—Escuchen: no conocí a mi padre. El murió en un accidente. Mi madre siempre me habló muy bien de él, me quería mucho y era muy bueno, demasiado bueno. Mi madre, cuando lo recuerda, llora silenciosamente y se queda triste varios días. Esta es la parte amarga de mi vida. Me da pena el no haberlo conocido. Yo lo quiero tanto como ella, y en mis oraciones pido por la tranquilidad de su alma. Lo lamentable es que no tenemos ni una fotografía de él. Dice mamá que no le gustaban los retratos. ¡Cuánto daría por tener ese recuerdo suyo!

—Verdaderamente, es una pena.

Y Nora agregó a las palabras de su hermana:

—Nosotros tenemos miles de fotografías. Todas las épocas de nuestra vida están registradas ante el objetivo. ¿Verdad que es lindo?

—Ya lo creo. Pero mamá me lo ha descripto tantas veces, que hasta creo haber dado con su verdadera efigie. Según los indicios se parece, esperen un momentito...

—¿A Nicandro, el mayordomo?...

—¡Oh, no, Carlota! Ese es un tipo criollo, morocho...

—¿A Zacarías?, el puestero; ese es rubio...

—No, no... Mi padre era un hombre...—Y al decir esto entrecerraba sus párpados para aprisionar la luz donde lo veía reflejado—distinguido, alto, rubio; bueno, ustedes disculparán porque me parece un atrevimiento: era parecido a don Federico...

—¿A papá?

—¿De veras?

—Según el retrato que de él hacía mi madre, cuando las dos, conversando junto a la mesa, nos iluminaba la lámpara de pantalla blanca. Y después con la imagen suya en nuestros ojos, callábamos, sin voz en los labios y acariciábamos su recuerdo imaginando que él tal vez, en esos instantes, se acercaba a nuestro lado.

Federica hacía dos semanas que estaba en la estancia del hombre más rico de la Patagonia. Se hallaba en su dormitorio terminando los últimos toques a su indumentaria hípica, cuando un criado golpeó en la puerta con dos golpes suaves. La amazona que dentro de ese traje resultaba más encantadora, desvió del espejo sus ojos pletóricos de juventud, y haciendo un gracioso mohín con la boca de labios finos, preguntó contemplando la puerta cerrada:

—¿Quién?

—El señor la espera en su despacho.

Federica, recobrando su gesto anterior, que denunciaba la satisfacción de su espíritu, puesto que desde que había llegado a la estancia todo le sonreía, volvió a mirarse al espejo, hundiendo suavemente el sombrerito con ambas manos; agarró de la mesita la fusta y salió al corredor con pasos cortos y rítmicos. Mientras se acercaba al escritorio, pensaba:

—¡Bah!... Las mismas ocurrencias de casi todos los días: preguntarme cosas de Alemania.

Llegó al despacho poniendo en el semblante su gesto más amable:

—¡Buenos días, don Federico!

—¡Hola, señorita Federica... Siéntese, por favor. ¡Qué casualidad, somos tocayos! ¿Habrá o hay en su familia algún Federico?

La joven, al sentarse con mal disimulada timidez, pensó: "Ya empiezan las preguntitas." Y concentrando en el rostro de su interlocutor su mirada indecisa, respondió, sabiendo que decía una mentira:

—Sí; mi abuelo...

—¡Ah!... ¡Bien! No sabe lo que me encanta el poder hablar de mi tierra con usted, que todavía se puede decir trae en su retina el panorama de mi patria.

Pero el objeto de esta conversación, que amenazaba como otros días irse a las fronteras de cosas indiferentes y monótonas, por falta de valor en quien la propiciaba, esa mañana parecía que con un poquito de osadía permitiría al cauteloso estanciero ser un poco sagaz sin comprometer la serenidad que daba tumbos dentro de su pecho. Resuelto a afrontar cualquier estado de ánimo, habló, poniendo la mirada sobre el tintero, donde su mano nerviosa daba golpecitos con un cortapapel:

—Creo que aún no nos ha hablado de su mamá...

—¡Oh, sí, señor Butler! Muchas cosas les he contado a Nora y Carlota.

—¡Ah, sí!... No me habían dicho nada. Sólo que usted es huérfana de padre. Y su educación, ¿la costeó su mamá únicamente o algún pariente?...

—No. A ella sola se la debo. Ese sacrificio lo hizo mi madre. Me tuvo internada en la mejor escuela de Colonia. Allí aprendí el francés y el castellano, el cual ahora enseño a sus hijas. Ade-

más, conozco todos los deportes y los ejecuto bastante bien. Como somos pobres y mi madre en su cariño desorbitado me educó para un hogar rico que no podrá ser nunca el mío, he decidido trabajar; no deseo ser rica; deseo ayudar a mi querida madre y enviarle todo lo que gano.

—Muy bien; cálmese, Federica. Siento haya humedecido sus ojos por mi culpa.

—No es nada, señor Butler, yo creí que usted deseaba investigar mi origen y le aseguro que no puede ser más honesto. ¡Ah, si usted hubiera conocido a mi madre! Mire, es de regular estatura, como yo, blanca, delgada, tiene un lunar en la barbilla que le queda muy gracioso...

La descripción fué interumpida por la llegada de Nora y su hermana que entraron apresuradas; besaron a su padre, y plantándose delante de Federica, con alegre sonrisa, le preguntaron:

—¿Salimos hoy? ¿Sí o no?...

—No vamos a tener tiempo de llegar al arroyo de los ceibos.

—¡Oh, sí, vayan! —musitó con voz opaca el estanciero.

Cuando salieron de la biblioteca se llevaron la alegría de la casa entre risas y comentarios.

La esposa de don Federico, que venía detrás de sus hijas, quedóse en la puerta, mirándolas partir. Después entró, y llegándose junto a su marido, le preguntó, alarmada:

—¡No había reparado!... ¿Te sientes mal? Estás muy pálido... ¿Qué te ocurre? ¿Quieres alguna cosa?

—No... Es que ya no tengo veinte años...

De vuelta de la cabalgata, al vislumbrar entre los árboles la silueta borrosa de la casa, las ideas difusas que hasta entonces le hicieran olvidar la entrevista de la mañana, adquirieron de pronto en el pensamiento de Federica inusitado relieve. Cada una de las preguntas que le formulara don Federico, haciendo esfuerzos vanos por aparentar una tranquilidad que no tenía, martillaban ahora su cabecita tan indefensa a esa clase de preocupaciones. Quitóse el sombrero y sacudió su blonda melenita como si deseara que el viento disipara esa nube de presentimientos que exaltaban sus sentidos.

Dejó a sus compañeras y sola se acercó a su dormitorio, y al aproximarse, por la puerta entreabierta, alcanzó a distinguir dentro de él a una persona que permanecía de pie junto a la mesita. Sorprendida, se detuvo observando. Aunque no deseaba hacer ruido, le pareció que su respiración iba a delatarla; las sienes le latían con violencia, como si quisieran inundar de sangre su cabecita y ahogar en ella la terrible idea que había brotado. Inclinóse en puntillas, estirando el cuello todo lo que podía, buscando más amplitud en los detalles: don Federico sostenía en sus manos, completamente abstraído, el retrato de su madre; después lo acercó a sus labios y lo besó con un beso prolongado como si aquel contacto hiciera retroceder su espíritu a los lejanos días de su juventud.

Federica, abatida, tan humillada como si hubiera sido sorprendida en una falta, inclinó su frente para ocultar sus lágrimas y fué a refugiarse a un lugar apartado de la casa, donde sabía no encontraría a ninguno. Allí, en una penumbra ameguada por la luz de una claraboya, vió pasar como en un "film" la serie de circunstancias que ella no había querido examinar: su parecido con Nora, el retrato invisible que de su padre le hiciera su madre, la turbación de don Federico, el femenino de su nombre y la escena terminante descubierta en su dormitorio. No podía haber duda; él era su... Y las lágrimas infinitas, tantas como las que vertiera aquella santa mujer, la anonadaron, la dejaron hueca, como si fuera una muñeca de trapo.

La reacción de su abatimiento fué la fuga. Dos días después deambulaba por las calles de Buenos Aires, a la espera del resultado de un nuevo aviso puesto en los periódicos. No quería considerarse derrotada; se emplearía nuevamente. Su afán, mientras tanto, era recorrer las calles, no sentirse sola, porque entonces las lágrimas eran sus únicas compañeras.

Al cabo de una semana recibió un llamado. Acudió y prometió volver al día siguiente. Cuando subió los escalones de la casa la esperaban arriba don Max Kier, su esposa y sus tres hijos de corta edad. Eran también alemanes.

La vida apacible de ese hogar tranquilo y feliz fué haciendo cicatrizar la herida de Federica. Su ánimo se serenó poco a poco y volvía a contemplar las cosas como en los mejores días de despreocupación. Pero aquella tranquilidad era solamente un velo aparente corrido sobre el reciente pasado con la aquiescencia de don Max Kier, íntimo amigo de don Federico. A instancias de éste, él la llevó a su lado, para que su lejano compañero de la infancia tuviera la tranquilidad de que su hija no andaba sola en la gran metrópoli expuesta a todas las contingencias y peligros, y para lograr dominar con habilidad su desamorada rebeldía.

Una tarde la esposa de Max, que se mostraba con Federica muy cariñosa, la invitó a salir de compras; una vez dentro del automóvil, la señora, algo emocionada, olvidó la lección aprendida, y con palabras de su invención habló a Federica "de la gran tristeza de su padre".

—¡Señora! —dijo de pronto, con voz enérgica, la joven.—Esto es una burda confabulación. Ruégole haga detener el automóvil.

—¡Pero, hija mía! Usted es inteligente y debe contemplar la grave situación con benevolencia. Federico está arrepentido y sólo pide...

—¡Señora, haga detener el coche, o me arrojo de él!

Y en ademán nervioso, exaltada, abrió la puerta del auto y se hubiera arrojado de éste si no se detiene en ese instante. Velozmente se hizo transportar a la casa. Allí escribió una carta para don Federico Butler, dejó la dirección de la pensión donde se hospedaría hasta que pudiera embarcarse de regreso a su lejano hogar.

De haber salido todo bien la llegada del padre de Federica se hubiera visto coronada por el más feliz de los éxitos. Al día siguiente su amigo, en vez de ponerlo frente a su hija, le entregó, anonadado, la carta que ella le dejara.

Dominando el quebranto moral, el estanciero se dejó caer en una butaca, poco después leyó:

"No puedo traicionar a mi madre ni destruir su piadoso engaño. Ella ha sido una buena mujer, sin suerte, llamada a colaborar en su felicidad. Hay en la vida muchas mujeres como ella, buenas, buenas siempre, y a pesar de todo, y, sin embargo, ven rotos sus nidos. En cambio hay otras muy malas que ocupan el lugar de éstas. Los hijos no pueden ser jueces. *Federica.*"

¡Colonia!

Federica, con su valija amarilla, adornada con clavos de bronce, acorta con celeridad la distancia que la separa de su casita. Ya faltan sólo unos pasos; sus dedos empujan una puerta. ¡Por fin!...

—¡Madre!... ¡Madre!...

(Continúa en la página 65)



Cuando la vida nos niega lo que deseamos...

El SUEÑO

...nos abre su corazón generoso para que podamos consolarnos.

Un cuento de

BENJAMIN GIBBS

ESTE es un banco ideal — dijo para sí el atorrante, echando un suspiro de contento. Era uno de esos bancos de plaza con los que se sueña en las crudas noches de invierno si se está acurrucado en un recoveco de desabrigada estación de ferrocarril, o entre las columnas de catedral inhospitalaria. El banco era espacioso, cómodo, curvado en su centro para conformarse a la figura humana. Además, la vista... ¡La vista sola bien valía un manojo de puchos de cigarro de tamaño regular!

A la distancia, más allá de la negra silueta de la arboleda, parpadeaban las innumerables luces de la ciudad, avergonzando con su resplandor al negro terciopelo cuajado de estrellas de la noche estival. La gran ciudad estaba lo bastante lejos para parecer hermosa; lo bastante cerca para poderse descifrar, a través del murmullo de su incesante tráfico, historias de trágicas grandezas, de sórdidas miserias...

Pero lo que más contribuía a convertir a este en el rey de todos los bancos de plaza, era el inmenso cedro del Líbano, ubicado tan a propósito para interceptar los hirientes rayos del farol y dejar al banco sumergido en sombra espesa y misericordiosa. Sólo a aquellos que visten de harapos les es dado saber cuán benévolas son las sombras y cuán cruel la vívida luz. Era reconfortante, más aún, lujoso, poder tender la negra manta del olvido sobre los jirones, los zapatos reventados, el lugar aquel en la pierna izquierda del pantalón donde el brutal mastín había mordido y desgarrado ayer por la mañana. Pues olvidar era casi el equivalente de estar bien vestido, cómodo, libre de toda vergüenza, contento con la suerte. Una vez bien oculto y echado a un lado todo vestigio del vergonzoso fracaso de su vida, se le hacía posible imaginar toda suerte de cosas, hacerse la ilusión de que..., de que todo era distinto...

Esa mansión, toda iluminada, del otro lado de la plaza, por ejemplo; con muy poca persuasión era facilísimo hacerse la ilusión de que, vestido con la mayor elegancia, uno iba descendiendo por la noble escalinata de mármol hacia el parque para fumar un buen cigarro y respirar el aire fresco de la noche, luego del aire viciado del caserón, para alejarse de la bulla de visitas y servidores, y, una vez en la plaza, sentado quizá en este mismo banco, a la sombra del cedro, resolver tranquilamente la manera más placentera de pasar las vacaciones del verano, comparar las ventajas de las playas asoleadas con las frescas y saludables brisas de las montañas...

A poca distancia, un hombre cruzó, con aire furtivo, el círculo iluminado por el farol, encogido de hombros, gacha la cabeza, la mirada fija en el suelo, imagen viviente de la desolación. Y el atorrante lo miró con indiferencia, lejos de imaginarse, por supuesto, que aquel ser de aspecto desgraciado era el mismísimo dueño de la mansión iluminada que acababa de envidiar, e iba pensando no en vacaciones placenteras, no en la Riviera o en Saint-Moritz; más bien pensaba si aquello que había resuelto hacer lo haría con el gas de la estufa o con una certera bala en la cabeza...

No; ¡qué iba a imaginar esto el atorrante! Lo que sí vió fué la estela de humo que dejaba el cigarro del transeúnte, husmeó la fragancia y adivinó que aquello era un "Corona" de los mejores. Y esto le hizo recordar que precisamente los otros días había hallado un cigarro a medio fumar, un "Corona" de precio, al borde mismo de la alcantarilla, y lo había reservado cuidadosamente para una oportunidad como ésta. Comenzó, pues, una búsqueda de las más prolijas por todos

los bolsillos y escondrijos varios entre los trapos de su vestimenta. Algún tiempo tardó; pero por fin, cuando la colilla salió a la luz del lugar menos sospechado, y luego de prendida comenzó a rendir abundante provisión de deleite en forma de fragante humareda, un insólito contento se posesionó del atorrante. Ocurriósele que, después de todo, la vida no era tan mala como la pintaban, nada mala, ni aun con su mísera profesión de mendigo. Con gran economía y aprecio echaba bocanadas de humo y contemplaba cómo éstas se alejaban de él flotando en la leve brisa y se perdían en la misteriosa negrura de la noche.

De entre la espesura del cedro, un buho blanco, pequeñito, miraba al atorrante fijamente, sin un pestañeo de sus enormes ojos amarillos, y el vagabundo, cada vez más entregado a sus cavilaciones, dibujaba al azar figuras cabalísticas sobre la arena del camino con su extraño bastón puntiagudo, el mismo que usaba para recoger disimuladamente los puchos de las alcantarillas. Hay que confesarlo sin ambages, aunque es triste cosa hablar mal del prójimo, que este atorrante, con todo su aspecto de fiereza, era víctima de una terrible debilidad, un vicio que lo iba consumiendo: el vicio de la imaginación.

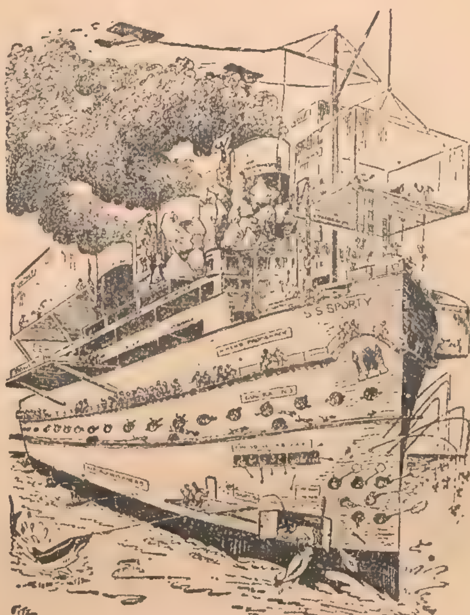
Esta terrible plaga había crecido con lozanía, sin encontrar jamás obstáculo a través de los años, hasta posesionarse completamente de su ser y adherirse a su persona como bellísima pero ruinosa liana florida, arrastrándolo hacia abajo con su peso, siempre hacia abajo. Su misma madre, hacía mucho tiempo, mucho antes de que él adoptara esta profesión, le había pronosticado que su imaginación soñadora sería la causa de su ruina, lejos de imaginarse la buena señora cuánta verdad escondían sus palabras.

Si también la maldición de la palabra hubiese caído sobre el atorrante, como lo hizo la imaginación, ¡qué diferentes habrían sido las cosas!... La misma Fama se habría agachado sobre el lozadal para llevarlo consigo en sus brazos. Las puertas de los salones más encumbrados se habrían abierto a su paso... Pero no, no había tal. Atorrante era y quedaría, pues sólo tenía las ideas, y las palabras le faltaban...

Cuando estaba abatido y de pésimo humor, como ayer, después que el maldito perro lo hubo perseguido y destrozado el pantalón, el atorrante se alejaba huraño a un escondrijo horrendo y maloliente detrás de los gasómetros, y allí se ponía a revolver pensamientos sangrientos, tenebrosos. Sus sueños entonces se hacían horribles como el paisaje que le rodeaba, y brutales, pues en su imaginación él se ponía a la cabeza de una banda de forajidos sedientos de venganza y los conducía, dando salvajes alaridos, en contra de la ciudad, la ciudad avara, cruel, donde unos se enriquecen fuera de toda medida y se hacen indiferentes hacia la miseria ajena, mientras otros se mueren de hambre; donde gente desprovista de alma cría mastines feroces para que persigan a los pobres seres indefensos y los destrocen con

Pero esta noche no. Los pensamientos de esta noche, sugeridos, o tal vez fomentados por la deliciosa fragancia del "Corona", eran diferentes, muy diferentes, como ya iréis viendo.

Salida del seno de la noche, comenzó a tomar cuerpo una visión. El vagabundo veía, o creía ver, algo como un patio. ¡Ah, un lugar delicioso, extraño, espacioso, fresco, adornado con preciosos azulejos, salpicado de dorada luz del sol, que se filtraba por espesa viña cargada de racimos! Y una fuente hacía agradable música con su chorro de agua cristalina. Y él, ya no un atorrante, sino un príncipe, más bien un soberano de vastos territorios, vestido de sedas y turbante, estaba echado sobre una mullida otomana, mientras que, inclinada sobre él, una hermosísima mujer abanicaba su frente con el



Un magnífico "Leviatham" para los viajeros deportistas.

perfume de su aliento y suspiraba dulces palabras de amor en sus oídos. Zuleika se llamaba ella, su esclava, comprada poco antes en Bagdad, pero ya elevada al rango de amada, favorita, hurí..., esposa tal vez más adelante...

El atorrante, sentado en su banco de plaza, comenzó a cabecear, y lo que quedaba del "Corona" cayó de sus labios y rodó por tierra, donde quedó brillando un rato en la obscuridad, hasta apagarse. Desde su rama, en el cedro, el pequeño buho miraba fijamente al atorrante, lleno de interés, sin duda, pues ni una sola vez parpadeó con sus ojazos amarillos. La visión se había puesto borrosa, pero al rato fué cobrando contornos de realidad.

—¡Oh, amor mío, ojos de gacela, pájaro azul de mis jardines! — decía el caid Sidi-Ben-Ibrahim con tierno acento amoroso. — ¡Oh joya de mi frente, prenda de mi corazón! Lo que ha de ser será, porque está escrito...

— Pero piensa, dueño de mi alma — decía Zuleika, con mohines de pena, — piensa en tu amada sola en el palacio, anhelando tu regreso, perdiendo el brillo de sus ojos cada día por no poder reflejar el fulgor de los tuyos. ¡Oh, dueño y señor! Piensa que si al regresar encontraras a tu pájaro cantor callado para siempre por la pena de tu ausencia...

—¡Entonces quisiera yo morir también, por Alá! — repuso el caid, hondamente conmovido. — Pero, ¿por qué tan lúgubre plática, amor mío, luz de mis ojos, carne de mi carne? Tú sabes que apenas una semana estaremos separados...

—¡Una semana, siete días, siete eternidades! — suspiró la bella hurí, el rocío de las lágrimas empañando el esplendor de sus ojos. — ¿Cómo puedes hablar tan ligeramente de tan larga y dolorosa separación? Tu amor debe ser muy superficial, amor mío, comparado con las cumbres inaccesibles, los profundos abismos del mío.

El caid estaba cada vez más emocionado; comenzaba a darse cuenta de lo inmenso del amor de la doncella. Sus rasgos aguileños y duros se hacían menos resueltos, menos duros. Vacilaba. ¿Qué importaba que su viaje oficial de todos los años a las montañas, ya muy atrasado, se postergara otra semana más? ¿Qué más daba que los pueblos de las provincias lejanas tuviesen que seguir esperando por su justicia, o las tribus rebeldes del desierto por su castigo, o los pobres del reino por su munificencia? ¿Y qué podía importar, en fin, si el reino entero sucumbía a causa de su amor hacia Zuleika? ¡Nada de este mundo valía lo que los ojos de gacela, el cutis de marfil, la voz argentina, el amor profundo de Zuleika!

Y la bella hurí, viendo pintarse en el rostro de su amo la más cruel incertidumbre, aumentaba sus caricias, hacía graciosos mohines, lloraba cálidas lágrimas sobre su frente y su barba, lo besaba con ardor, lo tentaba con su incomparable belleza. Pero sin resultado, pues el caid, aunque no lo pareciese, era hecho de pasta austera, como lo habían sido también los otros Ibrahims, sus antepasados, hasta los tiempos de Mohamed. Con la más infinita tristeza escrita en sus ojos, él la rechazó. Su reino ante todo. Aún estaba a tiempo para salvar al país de la catástrofe que lo amenazaba; debía partir, aunque para ello tuviera que sacrificarlo todo. La besó, pues, ardientemente en los labios y saltó presuroso del diván, con una llama guerrera en los ojos. Con agudo grito metálico pidió sus dagas y sus pistolas damasquinas, mientras que el negro es-

clavo de Nubia le ceñía la rica cimitarra incrustada de pedrería que nunca dejaba fuera del alcance de su mano. Entonces la besó una vez más, aniquilando en su pecho crueles tentaciones, y salió apresuradamente del aposento, sin animarse a mirar hacia atrás.

La bella Zuleika quedó sola. Con un gesto lleno de gracia secó sus lágrimas, se empolvó la cara delante de un espejo y corrió ligera a las pesadas celosías de madera para mirar a través de las persianas cómo el caid, su amo y benefactor, saltaba sobre brioso corcel y salía como tromba, acompañado de sus fidelísimos guerreros, perdiéndose todos ellos en una nube de polvo. Entonces ella se fué en puntas de pie a un rincón del aposento, y con muchas risitas de alegría le informó al bello paje, escondido detrás del cortinado, que ya podía salir sin temor, puesto que el zonzo del caid Ibrahim se había marchado a la guerra.

Hasta aquí había llegado el sueño, cuando un pesado carro pasó por una calle cerca de la plaza, con ruido de lejano trueno, y el atorrante se estiró sobre el banco. El sueño se había velado como estanque de lirios al hálito del céfico. Mucho de lo que ocurrió en esa tierra extraña y moruna el mendigo no pudo ver, y tal vez mejor así. Pero estaba convencido de que mucho había sucedido en el intervalo, pues cuando los contornos del sueño fueron recobrando claridad, él, el caid Sidi-Ben-Ibrahim, se apeaba de su corcel árabe, cubierto de polvo y de sudor, ante la puerta del palacio.

Regresaba victorioso. El amor de su pueblo había crecido como el trigo después de las abundantes lluvias primaverales. Sus enemigos habían quedado aniquilados. Los culpables castigados, los traidores decapitados, los fieles recompensados, los pobres reconfortados, y su propio nombre cubierto de gloria y bendecido por Alá. Pero nada de esto le importaba. Sólo una cosa podía darle la felicidad que había estado ansiando durante ese tiempo.

—¡Amor mío! — iba llamando de habitación en habitación, al irse internando en el palacio. No se sorprendía de no encontrar a Zuleika detrás del gran cortinado esperándole con los brazos abiertos. Porque era la época de la sequía, el sirocco había estado desencadenado días enteros, y el empedrado de las cuadras del palacio estaba cubierto de espesa capa de arena del desierto. Los cascos de los caballos no habían hecho ruido. Tampoco había querido enviar un mensajero para anunciar su llegada, pues quería sorprenderla y gozar del asombro infantil, la luz de alegría en sus ojos. — ¡Amor mío! — llamaba en cada habitación; pero sólo la música de la fuente cristalina le contestaba. Una angustia terrible invadió de pronto al caid.

—¡Zuleika! — llamó en alta voz, y el eco parecía mofarse de él desde las grandes habitaciones vacías. Una idea negra, horrenda, atravesó la mente del caid; una idea impura como los miasmas de los pantanos. ¡Ah, si eso fuera cierto!...

Con el corazón que le temblaba en el pecho, el caid Ibrahim se dirigió en puntas de pie, a través de los grandes salones cubiertos de mullidas alfombras, hacia los departamentos de Zuleika. Consternado, vió que ningún eunuco hacía la guardia ante su puerta. Levantó una cortina y vió... Las joyas de la cimitarra echaron destellos al salir el arma de su vaina. Lo que entonces hizo el caid lo hizo prontamente. Dos gemidos dentro de la habitación apenas revelaron el hecho de que el honor del caid estaba lavado; dos delgadas líneas de rojo aparecieron bajo la cortina de damasco... Nada más.

El caid se dirigió hacia sus habitaciones, con la muerte en el alma, pero al parecer tranquilo. Con movimiento maquinal tomó una pequeña redoma de cristal tallado que guardaba dentro de un armarito de ébano. El olor penetrante que despedía pareció asegurarle que el verde licor haría su cometido sin demora. Llevóse la redoma a la boca, se tambaleó y cayó pesadamente sobre su lecho de pieles de león, donde quedó sin movimiento. Y el negro esclavo de Nubia, su servidor fidelísimo, hacía la guardia fuera de la alcoba de su señor.

Pero el caid se había equivocado; era otra redoma, la del licor azul, la que debiera haber tomado. No estaba muerto, sino profundamente narcotizado, y un sueño exótico, imposible, pero vívido, se le aparecía de entre las tinieblas que lo rodeaban. Soñaba el caid que era un atorrante vestido de sucios harapos, en una ciudad remota y maravillosa cuyas luces brillaban como cuento de hadas en la distancia, más allá de una negra masa de árboles. Estaba sentado en un banco de plaza como jamás había visto, un banco espacioso, con una curva en su centro para conformarse a la figura humana. Y, ¡oh, cosa extraña!, a pesar de la vergonzosa vestimenta, no obstante la miseria en que parecía estar sumido, estaba satisfecho de la vida. No tenía preocupaciones que le royeran las entrañas, ni súbditos rebeldes y desagradecidos a quienes gobernar, ni el constante temor de ser asesinado por sus ambiciosos hermanos, ni Zuleikas infieles a quienes decapitar de un golpe de cimitarra; nada de esto, sino una serenidad llena de contento, salpicada por agradables pensamientos sobre el color de las flores del parque, los puchos de cigarros encontrados al borde de la alcantarilla, las hermosas nodrizas conduciendo angelicales criaturas por las plazas bañadas de sol...

Los vapores del poderoso narcótico se iban disipando rápidamente; el caid se removió en su lecho, ya medio despierto, y con dolor se percató de que todo era un sueño.

—¡Si fuera cierto!... — murmuró, echando hondo suspiro.

—¡Si fuera cierto!... — murmuró también el atorrante haraposo, sentado en un banco de plaza oculto por la sombra protectora de un inmenso cedro. Entre dormido y despierto vió con infinita tristeza que, después de todo, la maravillosa visión no era más que un sueño.

Entonces el pequeño buho, que en realidad no era buho, sino bruja de agrio carácter, oyendo los dos deseos simultáneos, decidió que por esta vez sería bondadosa, haría una buena acción, para variar, y ayudaría a estos dos mortales tan descontentos con su destino. Llena, pues, de buenas intenciones, la bruja hizo algo con sus enormes ojos amarillos, chasqueó con su pico encorvado, y, ¡oh milagro!, los dos deseos se vieron cumplidos.

En su palacio de mármoles y mosaicos, el caid Sidi-Ben-Ibrahim se despertó en su lecho de pieles de león y sacudió la torpeza de su cerebro.

—¡Por las barbas del profeta, por Alá el misericordioso! — exclamó, meneando tristemente la cabeza. — ¡Qué sueño maravilloso acabo de tener!

En el banco de la plaza el mendigo se despertó bruscamente y miró con ojos azorados a su alrededor.

—¡Que me ahorquen si éste no ha sido el sueño más maravilloso de mi vida!

Y lanzó hondísimo suspiro.

Y el pequeño buho, dándose cuenta de golpe de la extrema comicidad del asunto, se echó a reír con carcajadas agudas y despectivas, y se voló de su rama, perdiéndose en la negrura de la noche. "Juí, juí!", reía chillonamente, buscando con sus ojos miopes algún nuevo experimento con el cual probar nuevamente la increíble imbecilidad de la especie humana.

FIN

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



LUCAS. — *No sé qué pensar ni qué decirte.*

CARLOS. — *No creo que sea un caso de gravedad para que te aflijas así.*

LUCAS. — *Me exaspera y me entristece no oír su voz.*

CARLOS. — *¡Qué romántico estás! Te agarró el amor, ¿eh?*

LUCAS. — *Y lo peor es que la familia vigila el teléfono y no puedo preguntar por su salud.*

CARLOS. — *Eso lo podríamos arreglar de alguna manera.*

LUCAS. — *¿Qué se te ocurre?*

CARLOS. — *Llama por teléfono a alguna amiguita, y pide complicidad.*

LUCAS. — *Hasta ayer era fácil. Pero Teresita Zabaleta se fué por la noche a Córdoba, y tú sabes que para un forastero como yo, no hay medio de hablar a desconocidas.*

CARLOS. — *¿Te quedas ahora en tu casa?*

LUCAS. — *¿Se te ocurre algo?*

CARLOS. — *Ya se me ocurrirá. Antes de una hora sabrás noticias de la Pichona.*

LUCAS. — *¿Cómo pagártelo?*

CARLOS. — *Haciéndome pierna esta noche para una mesa de póker.*

LUCAS. — *Encantado, aunque pierda.*

CARLOS. — *Hasta luego, enamorado.*

....

CARLOS. — *Es una gran ganchada, Irma.*

IRMA. — *Con el mayor gusto, amigo. Me sorprende que nadie haya hablado de la enfermedad de la Pichona en casa. Le agradezco la noticia, así cumplo con ella. Yo misma lo llamaré a ese tímido de Lucas, para que en este sentido me ocupe como quiera.*

CARLOS. — *No tendrá palabras y acciones para agradecerle.*

IRMA. — *Hasta luego, Carlos, y gracias.*

....

IRMA. — *No te imaginas el susto que me di, hijita.*

PICHONA. — *Ya se te habrá pasado, ¿no?*

IRMA. — *Felizmente.*

PICHONA. — *Ya sabes la lección. Le dices a Lucas todo lo que te recomendé.*

IRMA. — *Tengo miedo de reírme. ¡Pobre muchacho!*

PICHONA. — *Es necesario, querida. Tú comprendes que sería terrible contarle a un novio, que todavía no lo es, que tengo las piernas y las manos deformadas de sabañones. ¡Antes la muerte!*

IRMA. — *No seas loca, coqueta... Pero cumpliré, pierde cuidado. ¡Hasta luego!*

PICHONA. — *¡Adiós, tesoro!*

....

LUCAS. — *Le aseguro, señorita, que su bondad me conmueve.*

IRMA. — *No es para tanto. Yo también soy novia y comprendo perfectamente su situación.*

LUCAS. — *No es nada de cuidado, ¿no?*

IRMA. — *¡Qué esperanza! Pero el médico prescribió cama, por precaución. Tiene un poco de temperatura y su estado nervioso...*

LUCAS. — *¿Nervioso?*

IRMA. — *No... no... no se asuste. Decía que seguramente está nerviosa lo que no puede verlo y hablar con usted. Pero en parte, yo he resuelto el asunto.*

LUCAS. — *¿En qué forma?*

IRMA. — *Esta noche a las nueve llamaré por teléfono. Al oírme la voz le pasarán el tubo, y haremos como que se corta la comunicación. Pichona, entonces, marca su número, ¿comprende?*

LUCAS. — *Usted es un ángel.*

IRMA. — *Una mujer. Ponga su reloj con el mío. Son las quince... Conque a las veintiuna, ¿eh? Y que le vaya bien.*

LUCAS. — *Miraré el reloj hasta esa hora.*

IRMA. — *¡Jesús, qué amor!... ¡Ah! No converse mucho, por la temperatura, ¿sabe?*

LUCAS. — *Pierda cuidado. ¡Gracias, amiguita, gracias!*

IRMA. — (Cuelga el tubo y suelta una sonora carcajada.)

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Namuncurá

(Continuación de la página 13)

los blancos!... ¡Profunda inocencia la suya! ¿Acaso podía existir? ¿No era el blanco dueño absoluto de todo? ¿Podía el indio manifestar que era un ser con corazón? En el cacique, las doctrinas de los misioneros fecundizaron, y sinceramente creyó en la verdad hermosa de ser todos hermanos. Sufría ahora, decepcionado del imposible sueño. Pisoteado su honor y muerto su mayor cariño. Ajeno al amor que sintiera Aichú, herida por Pinceñ, el cautivo era el sólo causante de su desgracia; él blanco, siempre el blanco internándose en sus vidas. En el ánimo del cacique crecía, amontonándose un caudal de indignación, despecho y rebeldía. Mas, ¿cómo lanzarse contra el enemigo, recién firmada la paz? En la compleja psicología indígena, jugaban entre sombras mil ideas. La afrenta que en su hija había recibido, clamaba venganza; pero después la responsabilidad que recaería sobre él, su

(Continúa en la página 65)

El AMOR a TRAVES de las EDADES

Por DAN SMITH

Nº 6



1

UN ENCUENTRO SECRETO

La verdadera luz eterna del mundo es el amor. Brilla continuamente en el pecho de los hombres y de las mujeres desde todos los tiempos, aun en las Eras de desastres, guerras, plagas, y nada en el mundo la hará apagarse.

En Babilonia, el antiguo centro de cultura y artes, la más bella de las emociones floreció como en todas partes; y en esa grande y disoluta ciudad de la antigüedad, el amor a menudo triunfó sobre los planes de los hombres ambiciosos.

Arriba vemos a la hermosa Neferta, hermana de Abraham, una de las más grandes hermosuras de Babilonia. Desde su casa observa a su admirador Piramus, en silencio; y mientras lo previene del peligro, su oído está cerca de la pared para oír las palabras afectuosas que Piramus le susurra desde afuera.

Son desgraciados estos enamorados, porque la hermosa Neferta ha sido prometida por su hermano a Hammu, su rey. Valientemente, Abraham ha servido en las guerras de Hammu, y éste le ha recompensado ricamente por su valor.

Pero al ver a Neferta en la ventana de su casa, el rey la halló tan delicada que deseó hacerla su esposa. Fué un golpe para el ambicioso; y Abraham, al entrar a su casa, le dijo a Neferta lo que significaba para ellos semejante y real ofrecimiento.

—¡Oh, hermano! — dijo con pena Neferta — Semejante cosa es imposible, porque amo a Piramus.

—Es un entusiasmo juvenil — exclamó Abraham. — Piramus no es nada más que un pobre poeta; Hammu no sólo es el dueño de este país, sino que también es rico; te cubrirá de sedas y de alhajas.

Pero Neferta, llorosa, rehusó y se encerró en su habitación hasta que Abraham decidiera. A esto se debe la llegada furtiva de Piramus para susurrar a través de la pared su devoción y su amor a la joven.

—Mañana, mi amor, me encontrarás en la tumba de Minus; nos escaparemos de aquí para estar seguros de Mammu.

—Sí, mi único y verdadero amor; te esperaré ahí, por la tarde, y nos iremos juntos — contestó Neferta.

2

LA CITA EN LA TUMBA

—¿Cómo puede Piramus retardarse tanto? — preguntóse Neferta. — ¿Habrá recibido Hammu alguna noticia de nuestro plan?

Ansiosamente miraba el camino polvoriento que llevaba a la ciudad. De pronto oyó un horrible aullido; un león estaba encima de una roca, cerca de donde ella aguardaba, y listo para saltar sobre ella.

Rápidamente la joven se levantó y entró en la tumba cerrando la gran puerta. Oía, afuera, al rey de las selvas, que rugía de rabia porque su presunta víctima se había escapado. Había dejado afuera su velo, pero no la preocupaba.

Fervientemente rezaba para que su querido Piramus no acudiera en su busca, que sería destrozado por el cruel león.

Podía oír cómo la bestia arañaba la entrada de la tumba; pero al cabo de un rato, cansado seguramente, se fué el animal. Entonces salió Neferta.





3

EL TRISTE DESCUBRIMIENTO DE NEFERTA

Lentamente, Neferta tomó el camino a Babilonia. Tenía un presentimiento: quería encontrarse con su admirador para convencerse de que aún vivía, pero a la mitad del camino de la ciudad lo encontró deshecho. El león había encontrado su presa en el poeta. Una espada estaba a su lado: la espada del hombre que ella creía muerto.

—¡Piramus! ¡Háblame, háblame! — gritó, pero no recibió ninguna contestación. — ¡Pobre de mí! — lloró Neferta. — ¡El león lo ha muerto! — Y con la espada en la mano, se sentó al lado, decidida a morir también; pero oyó de pronto un ruido extraño a su lado; era Eros, el pequeño dios del amor; mas la apenada Neferta no lo reconoció.

En su mano tenía un velo; su propio velo.

—¡No seas tonta, niña! — susurróle Eros. — El león recogió el velo y lo traía por el camino; al verlo Piramus, creyó que te había muerto; y atacó a la bestia, y fué herido, pero no desmayó hasta que el animal se hubo alejado.

"Su intención era darse muerte, porque creía que tú habías muerto; pero el guardián de los enamorados lo previno. Está todavía vivo, aunque malamente herido. Anda y cúralo, Neferta."

Así lo hizo, y Piramus abrió sus ojos. Neferta, con gran cuidado curó sus heridas. Acompañados por el fiel Eros emprendieron su huída, que fué el principio de una vida de felicidad.





CORREO CINEMATOGRÁFICO



Por KING

TOM MIX está actualmente casado con **Mabel Hubbell** y divorciado de **Victoria Forde**, una "nena" que en una oportunidad en que ambos discutían hasta llegó a pegarle un tiro en el brazo. **Tom**, para evitar líos con la policía declaró que él mismo se había herido accidentalmente. ¡Y después de esto, todavía hay maridos que se quejan porque sus mujeres les tiran de vez en cuando con algún inofensivo artículo de cocina!...

a **Preguntona salteña.**

Acepto la amistad que me brindan, aun con el defecto de ser una amistad un poquito enferma, por lo que de garbista tiene. Creo, a pesar de la disparidad de opiniones, que nos llevaremos muy bien. Sobre todo cuando no hablemos de **GRETA** ni de **MARLENE**...

a **Nelly y Mary.**

Al pescarme una perla me has hecho sonrojar, hijita. ¡Estoy tan poco acostumbrado a esas cosas, ya sea por discreción de parte de mis lectores o porque rara vez me descuelgo con un lapsus, que cuando me las hacen se me hincha la cabezota de puro avergonzada. Sin embargo, te advierto que lo de "Mundo Argentino" es lo cierto. Y no te doy más explicaciones por temor a que los lectores se enteren y lleven las tomaduras de pelo...

a **Mabel Martínez.**

Aquí tienes las direcciones que me pides: **PARAMOUNT STUDIOS (Hollywood, California). FOX STUDIOS (1401 N. Western Ave., Hollywood, California). R. K. O. RADIO PICTURES (780 Gower Street, Hollywood, California). UNITED ARTISTS STUDIOS (1041 N. Formosa Ave., Hollywood, California). COLUMBIA STUDIOS (1438 Gower Street, Hollywood, California). HAL ROACH STUDIOS (Culver City, California). METRO GOLDWYN MAYER STUDIOS (Culver City, California). UNIVERSAL STUDIOS (Universal City, California). WARNERS-FIRTS NATIONAL STUDIOS (Burbank, California).**

a **Entrerriano curioso.**

DOLORES DEL RIO, por José M. Doval, de capital.

Ya he dicho que el platinado de **JEAN HARLOW** es químicamente natural. En cuanto a la **Sección Ilustraciones** se refiere, no existe regla alguna para la remisión de los dibujos. Sólo debes tener en cuenta estos pequeños detalles: no hacerlos en colores, marcar bien los trazos a efectos de que la reproducción sea buena y... hacerlos bien. Sobre todo esto último.

a **Eduardo.**

Reproduzco, para común delectación de mis clientes, dos párrafos de tu amable cartita. Dices tú: **TE DIRÉ QUE TODAVÍA SOY UNA NIÑA, PUES RECIÉN CUENTO CATORCE ABRILES, PERO TENGO UNA REGULAR EXPERIENCIA, Y LOS MUCHOS SUFRIMIENTOS QUE ABUNDAN EN MI POBRE CORAZONCITO. NO TE VAYAS A BURLAR POR LO DE "EXPERIENCIA", COMO LO HACES CON NUESTRO COMÚN AMIGO DOMINGO CUTRI, PUES SABRÁS QUE ES UN BUEN CHICO, NADA MÁS QUE SE LE HAN VOLADO ALGUNOS PÁJAROS...**

KAY FRANCIS, por Luis Sancho, de capital.



WILLIAM HAINES

por ZACARIAS RABINSKY

Espléndido dibujo del conocido actor de la pantalla, remitido por nuestro hábil colaborador de Moisés Ville (F. C. Santa Fe), que por segunda vez se ha hecho merecedor al premio de diez pesos moneda nacional que semanalmente concedemos.

LEWIS STONE, por Armando Páez Torres.

CARLOS GARDEL, por Roberto Quiroz, de Corral de Bustos (F. C. C. A.).

(¡Ya ves, Dominguito, cómo son las mujeres! ¡Y pensar que hasta hace poco tiempo ninguna era capaz de resistir tus requiebros donjuanescos! Que si una de catorce años te hace esto, ¡qué no te hará una de diez y ocho!) **TE DOY MIS DATOS, PARA QUE VEAS QUE QUIERO SER UNA GRAN AMIGUITA TUYA Y ME COMPRENDAS, PORQUE A MÍ NADIE ME COMPRENDE...** (¡Vamos, nena! ¡No te hagas la Joan Crawford!) **ESO SE DEBE A MI POCO TRATO CON LAS PERSONAS PORQUE A TODOS LOS ENCUENTRO EGOÍSTAS Y VEO QUE EL MUNDO ES UNA VERDADERA TONTERÍA.** (Sí, hija, sí. El mundo es una verdadera tontería. Y si no ¡pregúntaselo a Domingo Cutri!...)

a **Amalia (Entre Ríos 226. Dpto 3, Rosario).**

MYRNA LOY, a quien puedes ver en **Topaze**, con **JOHN BARRYMORE**, se llama en realidad **Myrna Williams** y está casada. **EDNA MURPHY nació en Nueva York (E. E. U. U.), el 17 de noviembre de 1904**, y es la esposa de **MERVYN LE ROY. PAUL PORCASI** es italiano. Ese galán tan pavito de **Trader Horn** se llama **DUNCAN RENALDO y nació en Camden (E. E. U. U.), el 3 de abril de 1904**, llamándose Renault Duncan. En **Dos caballeros árabes**. **WILLIAM BOYD** y **LOUIS WOLHEIM** secuandaban a **MARY ASTOR.**

a **Five o'clocktea.**



DOUGLAS FAIRBANKS (h.), por Pascual Cosentino, de capital.



WALLACE BEERY, por Lucía Cristina Cocconi, de Paraná.

CHARLES FARRELL nació en East Walpole (E. E. U. U.), el 9 de agosto de 1905. Ese es su verdadero nombre, mide m. 1.85, tiene ojos y cabello castaños y está separado de **VIRGINIA VALLI**, con quien contrajo enlace el 14 de febrero de 1931.

a **Francia e Italia.**

Has perdido la apuesta, pues **CARLOS GARDEL** es francés.

a **Flor mejicana.**

Al principio de tu carta, en vista de que reconocías tu error, ya se me había pasado el enojo, pero cuando más adelante me pediste cuenta de tus dibujos me volvió otra vez. Tienes una habilidad grandota para irritarme. Eres como un dolor de muelas que se va y a los cinco minutos vuelve a aparecer. ¡Igualita!

a **Maritza.**

Como soy de los que creen que con el correr de los años el hombre tenderá siempre a un mejoramiento, en todo lo que al arte se refiera, creo también que vendrán artistas más grandes aún que **CHARLES CHAPLIN.** ¡Calcula cómo serán! Su última fué **Luces de la ciudad**. **JOHNNY WEISSMULLER (Tarzán)**, es norteamericano. Y en cuanto a **TRIPITAS** no lo verás más, porque ha fallecido. Ya ves; era gordo... y se murió.

a **Me tiene seco esta humedad.**

El nombre verdadero de **JOAN BENNETT** es **Joan Bennett. DOROTHY JORDAN** tiene 23 años, y a **LUPE VELEZ** puedes verla en **Los cautivos, La canción del lobo, El puerto del infierno, Oriente y Occidente, Bajo el cielo de Cuba, Resurrección, Hombres en mi vida, Melodía de amor, Pimienta y más pimienta**, etc., etc.

a **Baby 1895.**

ANITA PAGE, por José Arroyo, de Mar del Plata.

Actualmente, **NICK STUART** y **SUE CAROL** están separados, lector, pero parece ser que la presencia de un pebete, que es de ambos y que apenas tiene un año, los volverá a unir. También ejercen influencia los amigos de ambos, aunque por lo de ahora no han conseguido nada. Él dice que ella tiene que pedirle perdón por haber provocado la última discusión en la cual, según parece, hubo de todo. Y ella declara que él tiene que prometerle que no la volverá a dejar sola de noche, pues es muy afecto a salir a tomar sol cuando no lo hay... Pero como ninguno de los dos quiere ser el primero en ceder, así están. Todo lo cual me recuerda aquellos líos de criaturas, en los que, cuando se enojaban, ninguno quería ser el primero en hablar al otro para reconciliarse...

a **Jorge V.**

SYLVIA SIDNEY, por Diego Cabral, de capital.

Me parece, tengo la presunción, sospecho y creo que ya he dicho que **JOAN CRAWFORD** y **DOUGLAS FAIRBANKS (h.)** están divorciados. Y en cuanto a tu seudónimo, te ruego que lo cambies. Mira que eso me puede traer líos de familia...

a **Mamita de King.**

★ La primera película filmada por **LILIAN HARVEY** en Hollywood es **Adorable**, y la secunda **JOHN BOLES**. En Hollywood, hijita, hay más judíos que gallegos en Buenos Aires. ¡Calcula! Empezando por los dueños, siguiendo por los directores, pasando por el personal técnico y terminando en el artístico, encuentras judíos a cada vuelta de esquina. En cuanto a tu opinión sobre el cine mudo, no reza conmigo ni con la mayor parte del público, que prefiere, sin duda, el cine parlante. Para constatar esto, te bastará con observar un detalle: cuando durante el rodaje de una parlante el micrófono cesa de funcionar y la película se convierte en muda, el público chilla en seguida...

a **Wanda.**

★ **PAUL LUKAS** secundó a **ELISA LANDI** en **Indeseable. RICHARD ARLEN** no se apellida así, sino de una manera mucho más fea: **van Mattemore.** La última de **JOSE MOJICA** es **El rey de los gitanos** (¡qué le habrán hecho los pobrecitos!), vale decir, la última no, pues Pepito es como estas criaturas que a pesar de recibir una paliza por haber hecho una travesura, vuelven a repertirla al poco tiempo. No debes quejarte por mi tardanza en contestarte. Incurrirías en una vulgaridad horrible ingresando en las filas de los que, cuando menos, desean que me haga referee...

a **Nélida Oviedo R.**

★ Hasta el momento de escribir estas líneas, **JOAN CRAWFARD** aún no se ha casado. O, por lo menos, aún no anunció que estaba casada, cosa que ya es algo, por lo menos, para **Douglitas**, que aún alimenta en su corazón de mantequilla una débil esperanza...

a **Angélique.**

★ Aquí tienes la carta que me pides para **RONALD COLMAN**, que puedes dirigir a **UNITED ARTISTS STUDIOS, 1041 N. FORMOSA AVE. HOLLYWOOD, CALIFORNIA: Dear Ronald: I should be so pleased to have one of your photos. Won't you be so kind as to send me one? You know, I am one of your fans and admire your acting greatly. Hoping you will not disappoint me I remain yours truly** (firma).

a **Beltenebais-Chojan.**

★ Dices tú: **Me parece que antes de decidirse a escribirle a usted es necesario armarse de una buena dosis de paciencia.** Y eso es bien cierto. Tanto como lo es el hecho de que así los lectores se parecen cada vez más a mí. Porque tú bien sabes que hablando de paciencia ni el mismísimo Job, con Mahatma Gandhi en hombros sería capaz de hacerse cargo del **Correo Cinematográfico** sin explotar antes de la tercera semana... Y en lo que respecta a **GRETA** y **MARLENE**, ¡por favor, lectora!... ¡Que me pierdo!...

a **Una garbista.**

★ La última de **CLARK GABLE** es **La monjita**, con **HELEN HAYES. ROBERT MONTGOMERY tiene 29 años** y **BORIS KARLOFF 46.**

a **Chiquita.**

★ Esa **LILA LEE** de **Corresponsales de guerra es la misma de Sangre y Arena. RAUL ROULIEN** recibirá tu misiva en **Fox Studios, 1401 N. Western Ave., Hollywood, California.** Esos términos míos sobre los que me pides explicaciones fueron provocados por una carta tuya en la que evidenciabas cordura, cosa rara en ti. Te ruego que no suspendas tu correspondencia, pues tus cartas, frívolas y alegres como son, forman parte de las que amenizan, endulzan, suavizan y armonizan esta obligación que me he echado de contestar a quien no sabe, a quien sabe y a quien hace como que no sabe. Y por hoy, basta. Será hasta tu próxima.

a **Rubia mendocina.**

★ Sabrás que, a juzgar por sus declaraciones, **TOM MIX** ha decidido retirarse del cine y emprender una jira circense por toda Europa. (Mis felicitaciones al séptimo arte...)

a **Hada madrina.**

★ La actriz que está más cerca de la bóveda celeste me parece que es **KAY FRANCIS**, que mide en familia m. 1.75, aunque "pour la galerie" se reduzca a m. 1.63. Creo que **DOROTEA WIECK** no utiliza seudónimo. ¿Su edad? Poco más de 25 años. ¿Los tres berretines? Una posibilidad efectiva del cine nacional. La última de **BORIS KARLOFF** es **La máscara de Fu-Man-Chu.** De **MARLENE** poco puedo decirte, pues estoy un tanto disgustado con ella, que no cesa de pasearse por toda Europa en pantalones. ¡Ojalá algún día se le rompan los tiradores!...

a **Yo, Don Yo.**

ENVÍENOS DIBUJOS DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Pueden ser hechos en cualquier tamaño, con lápiz común, tinta china, carbonilla, lápiz conté, etc., etc. Por razones de imprenta los dibujos en colores no podrán ser reproducidos.

Semanalmente premiamos con 10 $ m|n la mejor ilustración recibida.

REMITA SUS TRABAJOS A "CORREO CINEMATOGRAFICO",

Sección Ilustraciones, Río de Janeiro 300.

★ No, hijita. A **CHEVALIER** no le fué en París tan bien como tú supones. Los franceses quedaron un poquito resentidos con él por su divorcio de **Ivonne Vallee.** Por eso regresó a Hollywood en cuanto pudo, sin que su sonrisita cautivara a las francesas como antes. Y en cuanto a tu otra pregunta, es, en cierto modo, un poquito inocente. ¿Que por qué los actores adoptan hijos con más frecuencia que las actrices? Pues, ¡porque cuando éstas lo hacen, no falta quien, pasándose de vivo (o a veces sin pasarse), cree que la criatura es, en realidad, hija natural de la actriz!...

a **Lorenzo Jones.**

★ Es cierto que yo dije, refiriéndome a la publicación de los dibujos, que **"el uno por ciento lo reservo para mi uso particular... cuando me encuentro con un par de ojazos"**, etc. Pero también es cierto que tú, muy delicadamente, quieres sobonarme. Y eso está mal, sobre todo, si se considera que tú vives en San Nicolás y yo en la capital...

a **Micaela Echevarría.**

★ No puedo decirte si **JEANNETTE MAC DONALD** está casada o soltera. Nada se sabe en concreto referente a su estado civil, pues ella tenía un novio, un tal **Robert Ritchie**, quien, según parece, anunció que ambos se habían comprometido. Pero la gente de Hollywood asegura que ya están casados. Yo me callo. Si dicen eso, es porque los habrán visto. ¡Y a mí me gusta tan poco pensar mal de nadie!...

a **Soldado raso.**

★ El que en **La mundana** hace de espía, es **GEORGE BRENT, nacido en Dublin (Irlanda) el 3 de marzo de 1903.** Su apellido verdadero es **Nolan**, mide mts. 1.82, tiene ojos castaños, cabello negro y es la media naranja de **Ruth Chatterton. RAUL FIGAROLA** no es español, sino cubano, de **La Habana**, desde **el 26 de diciembre de 1893. LARS HANSON** está actualmente en un teatro sueco. **Nació en Gothemberg (Suecia) el 1º de junio de 1895** y está casado con **Karin Nolander.** El nombre verdadero de **ANN HARDING** es **Dorothy Gatley.**

a **Duque Marechal.**

★ Tu encantadora **GINGER ROGERS** (no tienes tan mal gusto que digamos) **nació en Independence (Estados Unidos), el 16 de julio de 1911**, llamándose **Virginia Katherine Mc Macth**; mide m. 1.63, tiene ojos azules, cabello obscuro y un divorcio con **Jack Pepper.** (Supongo que se divorció porque "Pepper" en inglés significa "pimienta". Y eso de ser la señora de Pimienta le pica a cualquiera...) **MADGE EVANS** vino al mundo desde **Nueva York (EE. UU.) el 1 de agosto de 1909.** Ese es su nombre verdadero; mide m. 1.60, tiene ojos azules, cabello dorado y aún no conoce el Registro Civil. La carta que va a continuación la remitirá a la primera a **WARNERS-FIRST NATIONAL STUDIOS, BURBANK, CALIFORNIA**, y a la segunda a **METRO GOLDWYN MAYER STUDIOS, CULVER CITY, CALIFORNIA. Dear madam; This is another letter to the large number you must receive and with it I am asking to be so good as to send me one of your photos. I am sure you will accede to my wish. Yours truly.** (Firma.)

a **B. Ferreyra.**

★ Hija mía; aun a punto de perder una lectora, por querer ser demasiado sincero, no puedo soportar el deseo de decirte que tus dibujos son muy malos, pero que, comparada la impresión que ellos me causaron con la que recibí al terminar de leer tu poesía dedicada a **MARLENE**, se han convertido en verdaderos cuadros de Murillo, Velázquez o Rafael...

a **Lelia Fani.**

★ Esa historia de Mata-Hari a que te refieres apareció en el número 1126 de **MUNDO ARGENTINO**, correspondiente al 17 de agosto de 1932.

a **Gertrude O. B.**

★ En tu carta has omitido poner el nombre del actor cuya dirección solicitas. Vuelve a escribirme.

a **Paramount II.**

★ Está bien, lectora. Has ganado, aunque justo es confesar que fué el mío un tropezón, no por no saber dónde estaba el obstáculo, sino por hallarme distraído. Confieso que debí poner **"estadounidense"** en lugar de **"norteamericana"**. Pero de lo que no debes dudar es de que tú también pusiste **"ribal"** en lugar de **"rival"**. Mira que a lo mejor también estabas distraída...

a **Maritza.**

★ Hija mía; no pienso pedirte de rodillas que me escribas. Ni de rodillas, ni parado, ni sentado, ni acostado. La único que lamento es que te haya pasado inadvertida la prueba de caballerosidad que te di al devolverte esa fotografía tuya que llegó a mis manos por equivocación... o por lo que fuera. Y nada más.

a **Marlenista de Viedma.**

★ ¡Hay que ver! ¡Todavía hay quien le escribe a **JOSE MOJICA!** Dirige la tuya a **Fox Studios 1401 N. Western Ave., Hollywood, California.**

a **Tucumanita.**

★ Muchas gracias por tu carta, lector. Eres muy atento y te agradezco de todo corazón las palabras buenas que tienes para conmigo. Me complace ver lo mucho que te agradó mi artículo publicado en **"EL HOGAR"** sobre **MARLENE.** Te envío un abrazo muy fuerte y quedo esperando la alegoría prometida.

a **Fernando Espí.**

EL FOLLETIN DE MUNDO ARGENTINO

Sendas

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Josefina y Ray son hermanos. Él acaba de salir de la cárcel y quiere regenerarse. Estando Josefina trabajando de enfermera en un hospital, traen a Braulio, que fué compinche de Ray, herido de muerte. Josefina va a su casa y se encuentra con que su hermano ha desaparecido. La joven se entera que está herido, según se lo comunica Merkle, que le ruega discreción. Josefina es despedida del hospital donde trabaja. En la casa de Merkle está Ray herido, y Josefina va y lo atiende. Llega Merkle y ordena que Ray sea llevado para su curación fuera de la ciudad, y le prohibe a Josefina que lo acompañe. Poco después ella trabaja en un restaurante y se entera que han asaltado el hospital donde trabaja y que se busca una enfermera pelirroja. Ella conoce a Jimmie, que es hermano de Pedro Holden. Al día siguiente, Holden se encuentra con el pesquisante O'Shea y le da la dirección del establecimiento donde trabaja Josefina. El pesquisante la detiene El detective somete a un careo a Josefina, Windy y Slivers, pero éstos dicen no conocer a la joven, y ésta afirma lo mismo, lo cual desconcierta a O'Shea. El abogado Holden desea que Josefina le confiese la verdad de lo que ella ha hecho; pero la joven dice que no puede revelársela. Pedro Holden le dice a Josefina que va a romper sus relaciones con Cristina, su novia, pues se da cuenta que a quien quiere es a aquélla, y ella se entera que éste le ha comprado un vestido a la acusada para que pueda presentarse en el tribunal.

●

CAPITULO XVIII

HOLDEN encontró a la señora de Coshen poco dispuesta, al principio, a hablar sobre el asunto policial. No obstante, poco después de llegar al edificio de la calle 210, la encargada consintió en conducirlo al pequeño departamento donde, según O'Shea, Josefina había estado oculta cuatro semanas con Windy y Slivers.

— La policía me ha hecho pasar unos momentos muy desagradables. Para ser exacta, momentos horribles—le dijo confidencialmente la señora de Coshen cuando llegaron al misero departamento explicándole todo lo que le habían hecho pasar.

A Holden le parecía increíble la historia.

— Habrá usted recibido, sin duda, el parte para presentarse como testigo.

La mujer asintió.

— ¿Está usted segura de que ninguna mujer pudo vivir aquí durante algún tiempo sin que usted lo supiera?

— ¡Segurísima! Y puede usted estar seguro que eso es lo que le diré al juez. No pueden engañarme a mí porque a ese estúpido repartidor de hielo se le ocurran fantasías...

La señora de Coshen, pequeña, rotunda, segura en sus convicciones, sería, sin duda, un excelente testigo, pensaba Holden. Pero también pensaba que Mc Gann, el acusador, insistiría en que ella trataba de salvar la reputación de la casa que cuidaba.

También la encargada estaba segura de que no había sido ni Windy ni Slivers el que alquiló el departamento, sino otro hombre.

Mientras que Pedro Holden se encontraba en el departamento de la calle 210, Strayer había ido una vez más al Departamento de Policía. Josefina temía cada vez más las visitas de este hombre, pues nunca sabía cuál era el nuevo ultimátum de que era portador.

Con el pretexto de mostrarle algunos papeles, Strayer le dejó leer una carta escrita por Ray. Josefina quiso posesionarse de ella, pero Strayer sacudió la cabeza.

— Léala aquí, ahora mismo; debo llevármela.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas al reconocer la letra de su hermano. "Hermanita, estoy bien. Naturalmente que un poco débil aún. Los muchachos me dicen que no debo esperar que tú me escribas debido a que hay demasiado en el aire en Nueva York. ¿Podrás perdonarme alguna vez por esto último? Te ruego que esperes. Quizá algún día podre arreglar todo."

El espíritu de la carta era alentador, y aunque él parecía afligirse un poco por ella, por lo menos la gente de Merkle había logrado aquietar cualquier temor que él pudiera abrigar. Pero Strayer debía su visita a otro motivo.

— ¡Ah, sí! Quería decirle algo... Los muchachos estuvieron en la calle 14 poco más o menos una semana antes del tiroteo, hasta pocos días antes de ser arrestados — le explicó él. — Tenemos tres testigos para probarlo. — Luego añadió: — Los muchachos no van a ocupar el sitial de los testigos. Y le aconsejaría que tampoco lo hiciera usted.

— El señor Holden decidirá eso — le contestó Josefina.

Y justamente en ese momento entró Holden. Después de su visita al departamento de la calle 210, el abogado sintió un deseo irresistible de ir a ver a su defendida. Ya había estado una vez ese día en la prisión, pero experimentó deseos incontenibles de verla otra vez.

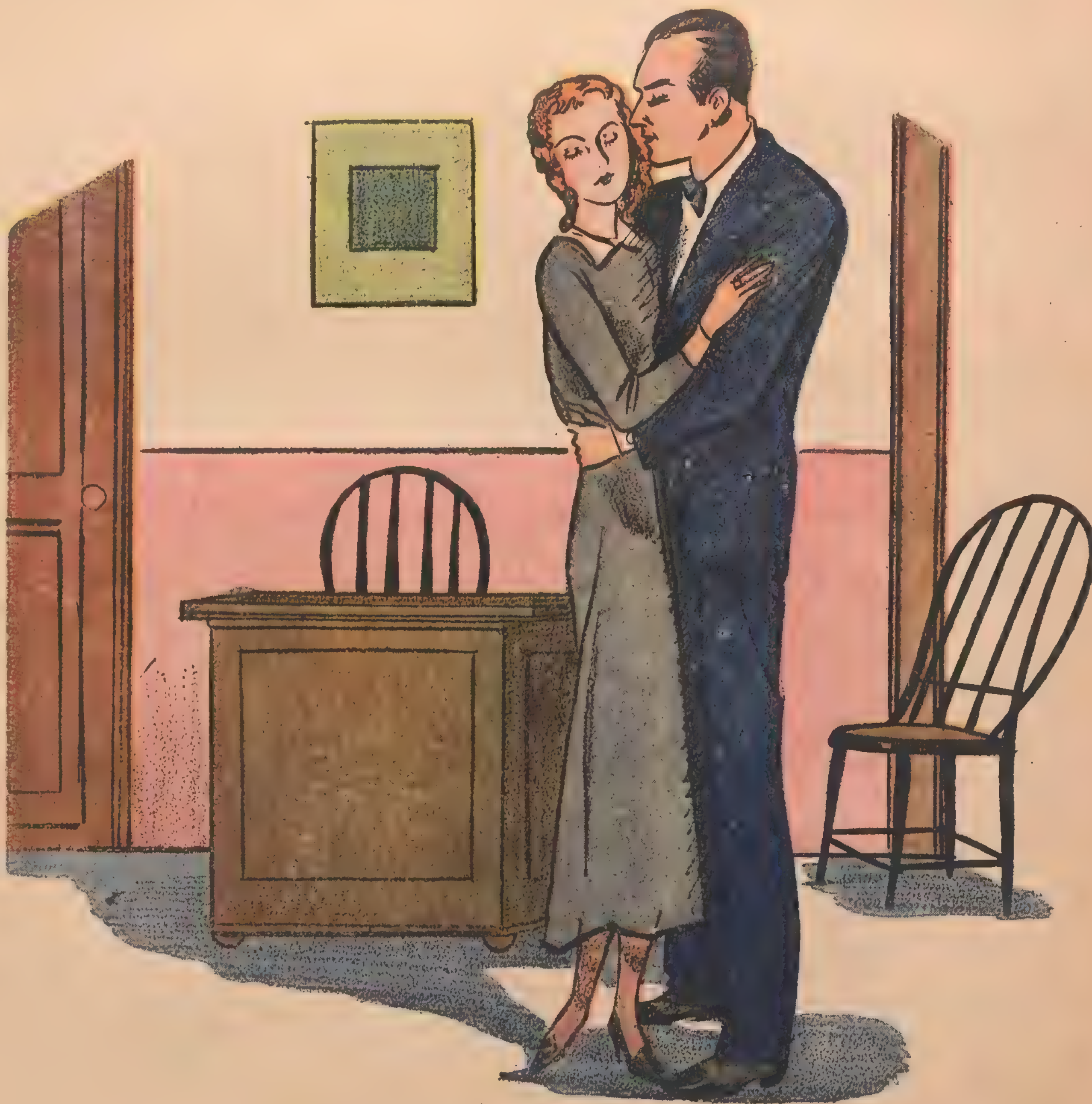
— ¿Cómo está mi clienta? — preguntó, entrando en la habitación sin demostrar sorpresa por la presencia de Strayer. Las mejillas de Josefina tenían un color subido, y Strayer aprovechó la llegada de Holden para ordenar sus papeles y guardarlos en la cartera.

— Creí conveniente advertirle a la señorita Mordant sobre la actitud que adoptarán mis clientes — comenzó Strayer, como deseando excusarse.

Holden no pareció oírle.

— Mis muchachos no van a declarar — añadió Strayer.

— Mi cliente sí — respondióle Holden.



—¿Se puede saber qué es lo que va a declarar? — demandó Strayer.

— Eso es asunto nuestro.

— No es mi deseo el de molestar a usted... Después de todo, nuestros intereses son más o menos los mismos.

— Tengo sólo un interés — le espetó Holden, dándose vuelta hacia Josefina. — Y él es mi cliente. No le quepa duda que ella ocupará el sitial de los testigos.

Strayer levantó una mano como si deseara hacer callar a Holden.

— No quiero inmiscuirme en sus asuntos, pero le aconsejaría que no lo hiciese.

— ¿Por qué?

— Por diversas razones. Por ejemplo: ¿dónde estuvo la joven durante esas cuatro semanas?

— Creo que cuando llegue el momento Jo-

escabrosas

NOVELA De VERA BROWN

sefina estará dispuesta a decírnoslo — le contestó Holden confiadamente.

Eso era un recurso de Holden. Josefina lo sabía. También Strayer. La joven sintió deseos de abrazarlo. ¡Tan valiente y lleno de desafío! Desgraciadamente, el juego iba en su contra.

Finalmente, Strayer optó por retirarse, dejando solos a los jóvenes.

Tan pronto como la puerta se cerró tras él, Pedro se volvió hacia Josefina.

— ¿La visita con frecuencia ese hombre?

— No — respondió Josefina, estirando su brazo hasta tocar el de él, como queriendo implorarle. Holden no pareció notar el ademán.

— La celadora, al anunciarme que Strayer estaba aquí, quiso darme a entender que se trataba de una visita usual. ¿Es verdad eso?

— Ha estado aquí varias veces.

— ¿Para qué?

Josefina, temblando de pies a cabeza, vaciló unos segundos antes de responder:

— Supongo que solamente querrá saber...

— ¿Saber qué?

— ¡Por favor!

Holden hizo caso omiso de su ruego.

— Josefina, tendrá usted que contestar preguntas más embarazosas que esa cuando sea llamada a declarar.

— Entonces quizá será mejor que no me presente.

— ¡Esa es nuestra única esperanza, Josefina! — exclamó Holden, golpeando la mesa con el puño. — ¿No comprende usted? Todos ustedes se encuentran frente a una acusación por asesinato. Y ante los ojos de la ley tiene usted tanta culpa si ayudó a planear el asalto como si hubiese disparado el tiro que dió muerte a Gaffney. Eso es lo que el juez dirá al jurado.

Josefina abrió y cerró sus manos automáticamente. Holden observó que sus hermosos ojos grises adquirían nuevamente la expresión fría y opaca.

— ¡Oh, mi querida! ¿Por qué eres así? ¿No ves que no existe circunstancia alguna que justifique tu protección a nadie? ¿No puedes comprender que yo estaré allí para ayudarte? No podrán hacerte nada. Aunque tenga que luchar contra toda la policía de Nueva York, haré que tú estés en salvo siempre de ellos. No temas nada en el mundo. ¿Qué nos importan Merkle y su gente? ¿No puedo hacerte entender?

La muchacha continuó sentada, inmóvil, en silencio, la mirada llena de súplica. ¿Qué podía decir? ¡Nada! Miró a Holden. Sus ojos tenían una expresión inquieta, atormentada. Él parecía viejo y macilento. ¡Todo por culpa de ella!

La imploración desesperada de Pedro dió contra una pared de silencio. Golpeó con la diestra cerrada sobre su mano izquierda. Tornó a hablar con voz queda, como temeroso de ser oído.

— No te quedes sentada ahí, en esa forma, Josefina. Cuando te veo así me da miedo. ¿Tendré que irme a preparar una coartada, de la misma manera que Strayer la estará preparando para esos dos individuos?

— ¡Oh, no!

— Josefina, escúchame. Un abogado no tiene necesidad de preparar una coartada para un cliente honesto.

La joven escondió el rostro entre las manos. ¡Era demasiado terrible! ¿Qué estaría pensando él de ella?

Instantáneamente él se arrepintió de lo que había dicho, y se dejó caer de rodillas junto a ella, con los brazos alrededor de su talle, pidiéndole perdón.

— Querida, no lo tomes a mal; no fué mi intención el decírtelo... Solamente la desesperación que siento me impulsó a ello. ¿No puedes comprender lo que significas para mí? Si no te quisiera tanto, no me preocuparía, pero sabes demasiado bien que no eres "cualquier cliente para mí.

Josefina se estrechó a él.

En aquel momento Holden oró ciegamente por encontrar la manera de que Josefina le abriera su corazón y confiara en él.

— Josefina adorada, te ruego que me escuches. Piensa detenidamente en lo que te estoy diciendo. Strayer presentará una coartada para sus hombres. Tú tienes que declarar, si es que has de ser absuelta, y tienes que serlo. Tú eres la única persona que conoce la verdad. En consecuencia, eres tu mejor testigo. Todas estas identificaciones no significan nada al lado de la que tú puedas decir.

Esperó pacientemente a que la muchacha le respondiera.

— Me doy cuenta de ello — murmuró Josefina con voz apenas perceptible. Él se apresuró a besarla.

— Muy bien. Ahora, o tienes tú que decir la verdad respecto a esas cuatro semanas, explicando todo — es bien probable que se trate de una explicación muy sencilla, — o tendré que buscar alguna persona de tu relación que esté dispuesta a ayudarme a preparar una coartada.

Esto último lo dijo en tono de broma, pues ni por un momento pensaba Holden que Josefina hubiera podido pasar esas misteriosas semanas en el departamento de la calle 210. Estaba seguro de que ella protegía a alguien. Posiblemente a Elena, o a alguna amiga de ésta.

— Sabes demasiado bien que no hay amigo o amiga dignos de llevar ese nombre que no soportarían la publicidad y las inconveniencias de un asunto como éste, sabiendo que tú tenías por delante...

Dejó trunca la frase y miró a la joven.

— ¡Por favor, no me diga más! — le imploró Josefina con la voz entrecortada por los sollozos. Holden la tomó en sus brazos.

— ¡Mírame! — Josefina trató de mirarlo con sus ojos cristalizados por las lágrimas. Pero no pudo mirar esos ojos llenos de nobleza. Era más de lo que podía soportar esa completa fe y confianza en ella. No importa lo que ello significara; era su deber protegerlo un poco. Por lo menos, no debía permitir que él se presentara ante los jueces sin algún conocimiento.

— Pedro, apriéteme fuerte.

— Sí, querida. Ahora dime, y mientras lo estés diciendo piensa continuamente en esto: él me ama más que a nadie en el mundo. Eso te ayudará.

Josefina dió un grito ahogado. Se apartó del abrazo y le hizo sentar en una silla del otro lado de la mesa. No podía decírselo con los brazos de él estrechándola amorosamente. Se tomó con ambas manos del borde de la mesa, los labios negándose a expresar las palabras que tenía que decir. Comenzó a respirar con dificultad, como si le faltara el aire.

—Pedro, vaya usted a preparar la coartada.

El abogado permaneció inmóvil, como si nada hubiera oído. La observaba en silencio, mudo de asombro, atontado. Ella le alargó los dos brazos en un ademán de imploración, pero él no pareció notarlo. Por fin pudo decir:

— ¿Qué es lo que quieres decir, Josefina?

— Que esas cuatro semanas las pasé en el departamento de la calle 210.

¡Ya estaba! ¡Se lo había dicho! El golpe que Holden recibió ante tal declaración fué demasiado rudo, incapacitándole, al principio, de comprender lo que terminaba de oír.

— ¡No, no puede ser!

— ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Perdóneme! Se lo había dicho. Usted debió retirarse hace ya mucho tiempo. ¿Por qué no me abandonó usted cuando se lo pedí? ¡Oh, mi adorado! ¡Tenía que decirte la verdad!

Josefina comenzó a llorar desesperadamente. Las lágrimas corrían por sus mejillas. De vez en cuando se llevaba una mano a la frente para separar los cabellos, como si se tratara de un peso que su cabeza no podía soportar.

Holden se apoderó de las manos de la joven. Ella lanzó una exclamación de dolor.

— ¿Windy y Slivers estaban también allí?

Josefina no podía hablar. Asintió con la cabeza.

— ¿Quién más?

Ella guardó silencio. Durante largo rato se miraron sin hablarse. Después el abogado abandonó su asiento, tomó el sombrero y se dió vuelta hacia la puerta. Parecía haber envejecido en pocos minutos. Josefina, al ver el ademán de él, se llevó una mano a la boca para

(Continúa en la página 57)



UNA CLASE de BELLEZA por SEMANA

TRATAMIENTO a BASE de LEVADURA para ACLARAR el CUTIS

ESTE TIPO DE TRATAMIENTO FACIAL LE CONFIERE AL CUTIS TRANSPARENCIA Y SUAVIDAD

Por

Josefina Hudleston



Si el cutis es grasoso, se debe saturar un pedazo de algodón en astringente y palmearlo vigorosamente sobre el rostro.



Se mezcla un pancito de levadura con agua suficiente como para formar una pasta más bien floja.



Se remueve la pasta de levadura, y se extiende un pedazo de gasa empapado en astringente sobre el rostro. Luego se palmea con hielo.

EN los buenos tiempos cuando veíamos a nuestras abuelas o a nuestras madres preparando algo con un pancito de levadura, sabíamos que más tarde podríamos satisfacer nuestros paladares de golosas. Hoy en día, sin embargo, la levadura abandona su papel de necesidad culinaria para desempeñar uno importantísimo en el tratamiento facial de una mujer moderna.

Por supuesto, la levadura ha sido conocida durante años como un correctivo para ciertos desórdenes de la piel, ya sea mezclándola primeramente con agua e ingiriéndola, o preparada y extendida sobre el cutis para remover impurezas de los poros, refinando en esta forma la textura de la piel.

Su uso embellecedor es ahora definitivamente más comprensible. Los institutos de belleza lo están adoptando con entusiasmo, y hacen aplicaciones de levadura como medida correctiva para los cutis grasosos, poros agrandados, y en general, como un tónico embellecedor para todos los cutis, excepto los extremadamente secos. Aun en algunos casos donde un cutis seco está acompañado de poros grandes, el tratamiento con levadura ha resultado de gran valor para reducir el tamaño de los poros, sin secar demasiado el cutis. Esto es porque el tratamiento original y los subsiguientes sirven como agentes que contrarrestan y mantienen la piel suave, mientras que la levadura obra directamente sobre los poros.

Cualquier mujer puede tener un hermoso cutis claro, si piensa en él como si fuese una parte definitiva de su cuerpo y lo trata como tal. He conocido muchas mujeres que se quejaban de desórdenes del cutis, al mismo tiempo que estaban haciendo todo lo posible para agravar esa condición. En muchos casos las dietas que seguían no eran las debidas; en otros se limpiaban mal, hasta ásperamente, el cutis; y en otros el aire puro, fresco, y el ejercicio eran desconocidos, y creían ingenuamente que estaban si-



Después de limpiar bien el cutis, se extiende la pasta sobre el rostro, pero sin cubrir los labios ni los párpados.

Para hacer desaparecer las pecas de los brazos y hombros, mezcle la levadura con agua oxigenada o con jugo de limón. Extienda la pasta sobre las partes afectadas.

guiendo el método correcto para obtener un cutis perfecto. Únicamente cuando se observan y siguen las estrictas leyes de una dieta equilibrada, de aire fresco y de ejercicio, es que el efecto de un tratamiento facial con levadura — en realidad cualquier tratamiento facial — puede resultar duradero.

No trataré de indicarles un régimen alimenticio individual que responda a las necesidades de cada una; todo lo que diré es que una dieta equilibrada (una que incluya una abundancia de fruta fresca, verduras y alimentos nutritivos con una cantidad limitada de alimentos grasosos) es virtualmente una necesidad para la culminación del éxito de cualquier programa embellecedor.

Al decir higiene facial queremos significar un método correcto de limpiar el rostro; en otras palabras, la aplicación de cualquier crema que siente a un tipo particular de piel y luego la remoción completa de esa crema. Si se emplea jabón para las limpiezas regulares, debe elegirse cuidadosamente según el cutis en que se vaya a usar. Después de una enjabonada generosa debe enjuagarse perfectamente el cutis.

Cuando los expertos en belleza aconsejan cualquier tratamiento para corregir una condición que resta belleza a la mujer, debe recordarse que uno sólo de los pasos de cualquier rutina no rendirá resultados completamente satisfactorios. El tratamiento entero, la atención cuidadosa a cada fase del tratamiento de belleza, es lo que obtiene el máximo de éxito. Estas palabras son un consejo para que sepan que cuando un tratamiento o régimen de belleza no da los resultados prometidos, no es necesariamente siempre la culpa del mismo.

El tratamiento facial con levadura conferirá por lo menos una belleza de cutis que durará cierto tiempo, ya sea que se observen todas las otras reglas o no. Sé que si se presta cuidadosa atención al régimen alimenticio, al ejercicio, al aire puro y a la rutina que debe seguirse en este tratamiento facial, los resultados serán más duraderos y se necesitarán luego menos tratamientos faciales de cualquier clase. Todo lo que se requiere para él, es un paquete de levadura, un poco de hamamelis, crema alimento, gasa, y si el cutis es excesivamente grasoso, un tónico astringente.

Use el método de limpieza que crea mejor para su tipo de cutis — crema para piel normal o seca, — jabón y agua si el cutis es grasoso. Tenga cuidado de remover bien toda la crema o jabón. Agregue suficiente agua a un pancito de levadura como para formar una pasta, y extiéndala parejamente por todo el rostro. (La pasta debe cubrir por completo el rostro, con excepción de los labios y párpados.) Deje secar la pasta durante diez o quince minutos, luego remuévala con agua caliente (no demasiado) y un pedazo de toalla turca; seque bien el cutis.

Si su cutis es normal o seco, extienda una buena cantidad de crema alimento sobre el rostro; luego use los dedos para hacerse un masaje muy suave, liviano. La aplicación de la crema y el masaje contrarrestarán cualquier acción secante de la levadura.

Si su cutis es grasoso, le aconsejo que use una crema especial para ese fin, o un astringente. (La crema para cutis grasosos debe usarse en la misma forma que le crema alimento.) Cuando use un líquido, sature una almohadilla de algodón en él y palméela vigorosamente sobre el rostro. En un cutis grasoso, por lo general se observan puntos negros o barros en la nariz y alrededor del mentón; en ese caso use un sacabarros para remover estas impurezas. Esto debe hacerse antes de aplicar el astringente.

La remoción de la crema alimento y luego el palmear una solución debilitada de hamamelis, termina el tratamiento para el cutis seco o normal. Si su cutis es grasoso, tendrá que continuar con el resto de la rutina. (Permítanme decirles que aquellas de ustedes que posean un cutis excesivamente grasoso, son las que deben prestar una atención severa a la dieta alimenticia, al ejercicio debido y a la suficiencia de aire puro. Aun más, que a menudo esa condición es debida a la equivocación de no reconocer la importancia de estos factores; es así cómo la circulación y el subsiguiente funcionamiento de los canales oleíferos se vuelven pobres y el cutis aparece terroso y opaco.)

El cutis grasoso requiere un astringente más fuerte que el hamamelis después que se ha removido la levadura. Palmee una cantidad generosa de astringente sobre el rostro, luego, como paso final del método correctivo, empape un cuadrado de gasa en astringente y extiéndalo como una máscara sobre el rostro. Un pedazo de hielo frotado suavemente sobre la gasa hará penetrar al astringente en los poros. El hielo obrará como astringente al cerrar los poros y como normalizador al controlar la acción de los importantes canales.

El tratamiento facial con levadura puede repetirse tres o más veces por semana y no molestará en lo más mínimo cualquier otro tratamiento que pueda estar siguiendo; al contrario, apresurará la acción de cualquier tratamiento correctivo o normalizador.

La levadura resulta excelente también para hacer desaparecer las pecas de los hombros y brazos. Para ello, debe mezclarse la levadura con suficiente agua oxigenada (de 17 volúmenes) para formar una pasta floja; luego se extiende sobre las partes afectadas. Si se desea, se puede cambiar el agua oxigenada por jugo de limón. Ambos son de resultados igualmente satisfactorios. Este tratamiento puede repetirse con la frecuencia que se desee; en realidad, quizá no noten una mejoría hasta después de hacerlo cinco o seis veces; después de eso, la mejoría será rápida y la piel quedará libre de pecas y con una encantadora apariencia lechosa.

FIN

En el próximo número:

El amor trágico ensombreció la vida del famoso violinista Paganini.



Los CUENTOS *de* MAMA NONA

•

HISTORIA *de* ROQUE *el* HUERFANITO

• •



RULITO y Blas estuvieron entre la vida y la muerte durante varias semanas. Afortunadamente, y con la ayuda de Dios, pusiéronse buenos tras largas horas de angustias y cuidados, en las cuales Brígida y Andrés, su hermano, me ayudaron a velar.

Luego, los días de convalecencia fueron muchos. Se repusieron a fuerza de tónicos e inyecciones, de alimentos y baños de sol. Por suerte mis hijos saben soportar todo lo que la salud requiere y exige, y es así que son amigos del médico, y que todo lo que el médico amigo ordena ellos lo hacen fielmente y sin violencias, porque saben que el médico es casi un ángel tutelar para la salud de los niños; que antes de ser médico, es hombre bueno, y que dentro de las ordenanzas indica lo más agradable y nunca lo más desagradable.

Pasó, pues, mucho tiempo hasta que un día, bien abrigados y a la hora del sol, fuímos a llamar a la puerta del asilo donde nuestro pequeño salvador nos creía tal vez ingratos u olvidadizos.

Me dirigí en demanda del permiso para saludar a "Roque el valiente", al director del establecimiento, un señor de aspecto bondadoso, que me dijo:

—Roque es el mejor de todos los niños que se cobijan bajo este techo. Es amado por superiores y compañeros. Es inteligente, es afable, correcto, indulgente y, sobre todas esas cualidades, es valiente. Ya ha sido premiado por su valor tres veces; dos por motivos internos de la casa y uno por haber salvado a tres compañeros en el incendio donde también salvó a sus hijos, cosa de la cual usted me entera, porque él es tan modesto que ni siquiera ha mencionado el hecho.

"Ahora recuerdo que durante estos dos últimos meses, muchas veces se allegó a mí, y respetuosamente me interrogó si no había venido una señora con dos niños a preguntar por él. En todas las ocasiones le respondí en forma negativa, y él se apartó entristecido. Una tarde, después de interrogarme, se alejó enjugándose una lágrima. Ordené al celador que lo vigilara, porque me extrañó su ánimo deprimido y, más que todo, lo reiterado de la pregunta.

"Este niño no tiene a nadie sobre la tierra. Hace años, contaba apenas dos, sus padres se embarcaron con él en el puerto de Cádiz (España). Era gente humilde, pero correcta y bondadosa. Las cosechas fueron malas aquel año en España y el matrimonio, utilizando los últimos recursos monetarios, embarcóse para América con la esperanza de mejores días. Habían oído hablar de la Argentina, tierra promisora y generosa para el inmigrante, y aquí pusieron la última ilusión de un porvenir seguro para el hijo. Pero no todo lo que se propone el hombre ha de realizarse.

"En la tercera clase del buque declaróse una fuerte epidemia; al cabo de ocho días de enfermedad murió el padre de Roque; la madre, contagiada, sólo alcanzó a sobrevivirle cinco días más.

"El niño quedó bajo la custodia de las autoridades marítimas, que lo en-

(Continúa en la página 43)

MUNDO ARGENTINO en la PROVINCIA de BUENOS AIRES



Dió lugar a una lucida reunión la visita del gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor Martínez de Hoz, al Colegio San José, de Quilmes, que dirigen las hermanas de Nuestra Señora del Rosario.
Foto de la Fuente



La Sociedad de Beneficencia del Hospital de Quilmes acaba de celebrar el 8º aniversario de su fundación. Aquí pueden verse a los miembros de las comisiones de la institución, a cuyo cargo estuvieron los actos de la conmemoración.
Foto de la Fuente



Entre otros números figuró un partido de pelota realizado entre las alumnas del colegio. Aquí aparece el señor Martínez de Hoz tirando la pelota, dando así principio al juego.
Foto de la Fuente



Tuvo lugar recientemente en Quilmes (Oeste) el acto de la inauguración oficial de la nueva plaza "Aristóbulo del Valle", en el que estuvieron presentes el intendente municipal y demás autoridades.
Foto de la Fuente



Entre los números del festival realizado recientemente en el Colegio Normal, de La Plata, tuvo especial lucimiento el cuadro de las mucamas, interpretado por un grupo de pequeñas y graciosas alumnas.
Foto de la Mela



Otro grupo de pequeñas alumnas que pusieron una nota de alegría y emoción en la fiesta realizada en el Colegio Normal.
Foto de la Mela

¿Tenemos todas las

CARLOS GARDEL Y MARIO DANESI

Estas dos figuras, conocidas en el mundo de la farándula teatral porteña, presentan, según puede verse, un notable parecido. En muchas oportunidades, uno y otro han explotado esta semejanza, ya fuera para librarse de un inoportuno, ya con el propósito de llevar adelante una broma.





—¡Cómo se parece Fulano a Mengano! — oímos decir más de una vez en el curso de una conversación. El hecho se establece de una manera concluyente, analizando los detalles físicos de cada uno de los aludidos: la misma nariz, la misma boca, los mismos ojos... Cuando se colocan una al lado de otra las fotografías de los parecidos, la sorpresa suele alcanzar los límites del asombro, porque la comprobación es absoluta. Hay personas que se parecen como dos gotas de agua. En la presente página hemos reunido algunos de los ejemplos más notorios; se verá por ellos que la semejanza señalada en algunos casos es verdaderamente notable.



JACK DEMPSEY Y MAX SCHMELLING

Por rara coincidencia, los dos campeones de box tienen una semejanza asombrosa; bien es verdad que tanto uno como otro presentan las características propias de todo boxeador que se somete a los "masajes" del "ring". Pero aun sin ellos, los rasgos fisonómicos son de un notable parecido.

MARCELO T. DE ALVEAR Y JOSE POUCHOULU

La semejanza física que presentan estas personas es apreciable a simple vista; en

s personas "UN DOBLE"?



muchas oportunidades el segundo ha experimentado los halagos de la popularidad del primero y recibido el aplauso de sus partidarios, en teatros y cinematógrafos.





CARLITOS CHAPLIN Y PEDRO A. ZAVALLA (Pelele).

Pelele, el conocido dibujante porteño, tiene la misma sonrisa de Carlitos Chaplin, cuando éste no se halla caracterizado para actuar en la pantalla. Las dos fotografías que publicamos revelan cómo es de exacta la afirmación. El cabello blanco que comienza a acentuarse en ambos, destaca más aún el parecido.

JOAN CRAWFORD Y OLIMPIA DIAZ FERNANDEZ

La pequeña danzarina del Colón, cuyo retrato publicamos junto a la estrella cinematográfica, sabe que sus grandes ojos y su boca pueden presentar parangón con los de la popular Joan, sobre todo cuando se la compara con alguna de las fotografías de la época inicial de aquélla.









BUSTER KEATON Y MIGUEL MILEO

El gran actor de la pantalla tiene entre nosotros un actor nacional que se le parece mucho, según puede apreciarse por la fotografía que de este último publicamos. Miguel Mileo ofrece los mismos rasgos del cómico, sin necesidad de esforzarse mucho. Ojos, boca, frente y orejas, son en este caso similares.

La palabra demagógica de que más abuso se ha hecho en el mundo

Los políticos de todos los partidos y matices pregonan, al modo de los charlatanes de feria, el "cúralotodo" de su exclusividad: la DEMOCRACIA. Tal es la palabra más manoseada de la clásica política criolla. Esta etiqueta sirve para destacar todas las iniciativas partidistas y las mezquinas ambiciones personales de los caudillos.

Todo eso, y mucho más, se trata de imponer al pueblo con la palabra mágica: ¡Democracia!



En Sheffield (Inglaterra) apareció recientemente, por vez primera, un surtidor de nafta portátil o movible que era transportado de un punto a otro en camión. Los automovilistas, a quienes la nafta es proporcionada eléctricamente, han dado su unánime aprobación a este aparato, que, según ellos, viene a llenar una sentida necesidad en el turismo. Es esta una demostración más de los progresos que el hombre impone continuamente.

Vista del nuevo "avión" inventado por el estadounidense Cloyd L. Snyder, tras siete años de incesantes estudios y experimentos. El "Arup", nombre con que fué bautizado, tiene 17 pies de ancho (punta a punta de ala), 15 pies de largo, una superficie de sustentación de 211 pies cuadrados y un peso, en vuelo, de 780 libras. Posee también una velocidad máxima de aterrizaje de 27 millas por hora hecha seguramente.



AUNQUE PAREZCA MENTIRA...



No se asuste, lector. Este buen sujeto alemán no está a punto de estallar. Se trata sencillamente que ha querido hacernos una demostración del enorme poder de sus pulmones, inflando los carrillos en la forma que puede apreciarse. Es el poseedor de los pulmones mejores del mundo.



He aquí nada menos que a Jean Joseph Ysmelson Dauphin, aquel famoso negro de Haití que se volvió blanco comiendo las hojas de cierta planta que allí crece. Se hallaba enfermo y recurrió, por consejo médico, a tal procedimiento que dió por resultado su curación amén del hecho de que lentamente su piel fuera cambiando de color. Tal suceso, como es natural, provocó gran revuelo en las más altas esferas médicas y científicas que estudian actualmente el caso.



Aunque parezca mentira... un camello puede ser un excelente caddie de golf. Y si no veamos a esta belleza, Emilia Mark, de El Cairo, disponiéndose a iniciar una partida con sus correspondientes nueve hoyos, cómodamente instalada en la giba del camello. Obsérvense también los palos de golf y el ligero traje de la jugadora, que luego del partido se sumergirá en las frescas aguas de una pileta de natación no lejana para refrescarse y nadar.

Todo eso, y mucho más, se trata de imponer al pueblo con la palabra mágica: ¡Democracia!

HEMOS CONQUISTADO EL ESPACIO...



Hace muchos años, un aviador peruano, Jorge Chaves, realizó la hazaña de cruzar los Alpes por primera vez. Próximo a llegar al pueblo de Domodossola, tras ese maravilloso esfuerzo, su avión cayó, y el piloto pereció en el accidente. Tal fué, entonces, el precio de las alas.



Pierre Saint Romain, aviador francés, traté de vencer al Atlántico Sur, a poco de la estupenda hazaña del "Plus Ultra". Nunca se supo su suerte. Se lo tragó la voracidad terrible y celosa de la distancia. Ese fué el precio de las alas sobre el mar inmenso.



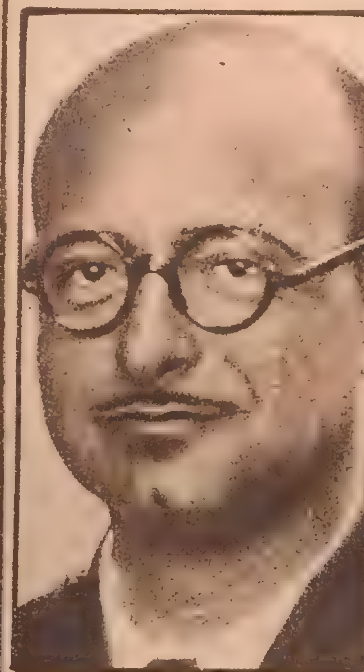
Jorge Newbery, el gran piloto argentino, pagó también con su vida su arrojo admirable, cuando en los albores de la aeronavegación, el país pendía de sus hechos magníficos. Fué ése, entre nosotros, el primer precio trágico de las alas.



En los anales de la aeronavegación universal, quedará como uno de los esfuerzos más notables del hombre el raid realizado por Italo Balbo y su escuadrilla de hidroaviones, desde Orbetello hasta Chicago. Esta proeza que supera todo lo conseguido hasta ahora por la aeronavegación, significa la difinitiva derrota de los elementos. El hombre ha conquistado el espacio. El rey de la creación se ha enseñoreado del único elemento que le era hostil desde la ensoberbecida caída de Icaro. Pero ello no ha sido sin dolor y sin muerte, y aquí está con la elocuencia del coraje enlutado, el precio que pagó por la conquista del espacio.

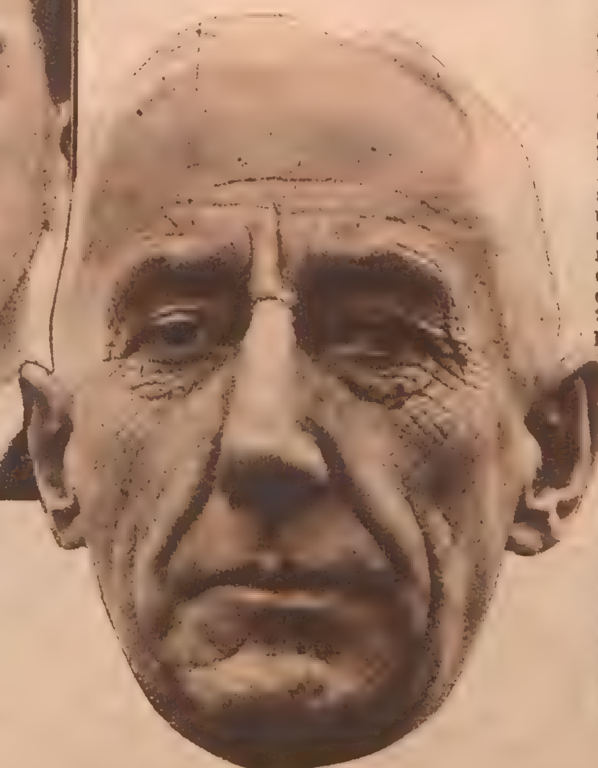


Nungesser y Coly, los dos grandes ases de la aviación francesa, intentaron la travesía del Atlántico Norte antes de lanzarse a ese vuelo el solitario Lindbergh. La distancia y el silencio fueron la única respuesta que obtuvo su coraje. Ahora están entre los héroes de un pueblo ilustre. Fué ése el precio de las alas.





El capitán Barberán y el teniente Collar levantaron un día el vuelo en la madre patria y, trazando por los aires la misma línea que Colón trazó en los mares, llegaron a Cuba en un vuelo estupendo. Poco después su avión hendió de nuevo los aires rumbo a Méjico. Todo terminó entonces. La distancia, huraña, les cortó el ímpetu glorioso y tronchó sus vidas generosas. Fué tal el precio de las modernas alas españolas.



Roal Amundsen, el gran explorador ártico, que desapareció cuando, en un avión guiado por Guilbaud, aviador francés, intentaba socorrer a la expedición Nóbile, perdida en las regiones polares. Ese fué, sobre los hielos eternos e inclementes, el precio de las alas.

...pero, como en todo signo de civilización, este es el precio de las alas





Sobre la cordillera ya vencida, Benjamín Matienzo, teniente de nuestro ejército, se elevó un día en un avión argentino. Por largo tiempo se ignoró, luego, su suerte, hasta que sus restos fueron hallados precisamente en el lugar marcado por una cruz en la foto. Fué ése el alto precio pagado por las alas que hoy van y vienen de Chile a la Argentina.

Juan Manuel Durán, el joven teniente español que participó en la gloria de atravesar por primera vez el Atlántico Sur en el hidroavión "Plus Ultra" que comandaba Franco, el gran aviador, pereció en un accidente producido en Barcelona, durante unas maniobras aéreas. Fué ése el precio de las alas en tal ocasión.





El avión, gran pájaro herido, se ha precipitado desde lo alto, y después de su caída, sólo quedan de él estos informes restos. ¡Quién sabe si la muerte se llevó en este vuelo trágico una juventud llena de entusiasmo, de valor y de esperanza! Pero no importa. Ese fué el precio de las alas...



Italia, tierra en que la aviación ha realizado progresos admirables, contó entre sus grandes pilotos al teniente coronel Maddalena y al capitán Cecconi. Ambos perecieron en un accidente acaecido en Marina di Pisa. Fué ése el precio de las alas italianas.

POR TIERRAS



Al Jardín Botánico conduce esta magnífica avenida de palmeras de Río de Janeiro que tan hermoso golpe de vista ofrece, y que demuestra a la vez el cuidado que dedican las autoridades edilicias a las calles y paseos de la soberbia metrópoli brasileña.

Brasil, tierra de paisajes de maravilla y de riquezas fabulosas, es uno de los países de América en que con más exactitud se encuentra justificada la vieja leyenda que hace de nuestro continente una tierra de promisión. Feraz el suelo, dilatados los horizontes, inacabables las frutas jugosas y los panoramas sin rival, Brasil une a esos dones del cielo el de la gentileza y el espíritu siempre hospitalario de sus habitantes.



Paisajes tan atractivos como este que reproduce nuestra fotografía abundan en el Brasil, donde la naturaleza se muestra pródiga de sus dones, brindando al turista emociones estéticas que serán imborrables en su espíritu.

La Avenida Río Branco es la arteria principal de Río de Janeiro. Flanqueada de soberbios edificios, ofrece un aspecto de gran vía moderna, impresión que se acrecienta viendo circular por ella un tráfico febril que patentiza la importancia de la gran ciudad sudamericana.

S DE AMERICA

BRASIL:
PANORAMA y GENTILEZA



Río de Janero vista de noche es maravillosa y da una sensación de irrealidad extraordinaria al viajero que arriba con los ojos como hipnotizados por el encanto de aquella poesía nocturna que contempla.



Una vista de la playa de Flamengo en un día de temporal, cuando el mar bate rabiosamente y sus olas se empenachan de blancas espumas, que van a deshacerse como tenues encajes sobre la rambla desierta a esa hora de paseantes.



Nada más poético que el río Icarahy cuando riela sobre sus aguas la luna en una noche plácida, en pleno estío, cuando todo parece que se combinara para conmover el alma con un soplo de poesía difícil de expresar.

La escuela de estudios sociales "Juan B. Justo", creada con un amplio y alto propósito cultural, lleva desarrollado en lo que va del año un programa de estudios que abarca las más diversas materias. Del interés que han despertado estos cursos da buena prueba la información gráfica que hoy ofrecemos a nuestros lectores y que presenta algunos aspectos de la obra que realiza la ya citada institución. El número de alumnos inscriptos pasa de mil doscientos, y los cursos dados o que se están dando son los siguientes: Nicolás Repetto: "Algunos problemas argentinos"; Enrique Dickmann: "El manifiesto comunista de Marx y Engels"; Américo Ghioldi: "El socialismo en la evolución nacional"; Alejandro Castiñeiras: "Historia del socialismo utópico"; Emilio Frugoni: "Individualismo y liberalismo"; Rómulo Bogliolo: "Organización de la Economía Nacional"; Julio A. Cruciani: "El problema social de la tuberculosis". Además, se anuncian otros cursos a cargo de Alfredo L. Palacios, W. H. Scott, Angel M. Giménez y A. Dickmann. La secretaría de la escuela de estudios sociales y la organización de los interesantes cursos están a cargo del doctor José María Monner Sans.



El diputado nacional Alejandro Castiñeiras, al iniciar una de sus clases sobre "Historia del socialismo utópico". Este curso, al cual se inscribieron 340 alumnos, se desarrolló en catorce conferencias y varias clases prácticas que obtuvieron buen éxito.





Cada alumno tiene su carnet, sin el cual no es posible entrar en clase. De más está decir que nadie se lo olvida. Por otro lado, en la escuela de estudios sociales ningún alumno practica la "rabona". El secretario de la escuela, doctor José María Monner Sans, ha sabido disponer las cosas para que todo marche en orden, y los cursos se desarrollan con el máximo de eficiencia. Los alumnos que aparecen aquí vienen dispuestos a oír al doctor Nicolás Repetto, que hablará de "Algunos problemas argentinos" de palpitante actualidad.



Los cursos son seguidos con el más vivo interés por un crecido número de personas. En esta foto vemos a los asistentes del curso de Alejandro Castiñeiras tomando afanosamente apuntes, para luego aprovecharlos en las clases prácticas.

Hombres y mujeres, obreros y estudiantes, viejos y jóvenes, todos por igual, están pendientes de la palabra del profesor. Fácil es comprobarlo observando la profunda atención del numeroso auditorio presente en el instante de tomarse esta elocuente fotografía.



Esta pareja de taquígrafos registra la palabra del profesor Américo Ghioldi, que está disertando sobre "El socialismo en la evolución nacional". Las versiones taquigráficas de cada curso se imprimen para ser distribuídas entre los mismos alumnos que asisten a los cursos.

En la ESCUELA de ESTUDIOS SOCIALES "JUAN B. JUSTO"



El programa de la escuela abarca las más diversas materias y fué concebido con amplio criterio educativo. Esto permite que las clases se vean concurridas por gran número de señoras y señoritas ávidas de acrecentar sus conocimientos. Aquí aparecen dos alumnas que se distinguieron por su puntual asistencia y excelente preparación en las clases prácticas.



No bien se abren las puertas del salón donde se dan las clases, los alumnos, con las alumnas al frente, hacen irrupción para ubicarse lo mejor posible. Este grupo sonriente de mujeres asiste para escuchar la palabra del profesor Enrique Dickmann, que, en su tercera clase, tocó el siguiente punto: "¿Es el trabajo humano una mercancía?"

Fotos especiales de "Mundo Argentino".

Los NIÑOS SANOS

Josesito M. Plomer, de Guadalupe (Santa Fe). Tiene cinco meses y su peso es de once kilos. Es criado con el pecho materno, leche de vaca y "Germinase".





M. Dolly Grivarello Luraschi, de Firmat. Tiene 7 meses y pesa 9 k. Criada con leche de vaca y "Germinase".

Nilda H. Arraigada, de Río Segundo. Edad, 8 meses Pesa 10 k. Criada al pecho.





Daniel A. Figuerola, de la capital. Edad, siete meses. Criado al pecho.



Delgui S. Bessone, de Los Quirquinchos, Tiene cuatro meses. Criado al pecho.



Gustavo Oviedo Montbrún, a los dos meses de edad. Es criado por la madre al pecho.





Francisco Carlos Picciani, de Mendoza. A los cinco meses su peso es de ocho kilos y medio. Criado con lactancia natural.

Juan Touré Pañella, de la capital. Ha sido criado por la madre, al pecho.



Nelly Aida de Campos Caraciolo, de la capital. Su edad es de once meses y su peso de once kilos. Criada con el pecho materno.



Margarita Elsa Santaularia, de Córdoba. Tiene seis meses de edad y pesa nueve kilos y medio. Criada con lactancia natural.

EN LA CAPITAL



Fotografía tomada durante el acto de la inauguración de la Exposición del Libro, acto al que asistieron el presidente de la Nación, general Justo, el embajador de España, señor Danvila, y numeroso público.



Un aspecto de Signo durante la conferencia que ofreció el poeta Amado Villar, sobre el tema "Las profecías de San Malaquías". Rodean las mesas escritores, pintores, poetas y periodistas, que aplaudieron al conferenciante.



Otro aspecto del salón donde se realiza la Exposición del Libro Español, el día de la inauguración. La presente fotografía fué obtenida durante los discursos.



Monseñor Dionisio R. Napal, vicario general de la Armada, en uno de sus habituales gestos, durante la conferencia que pronunció recientemente en la Liga Argentina de Damas Católicas.



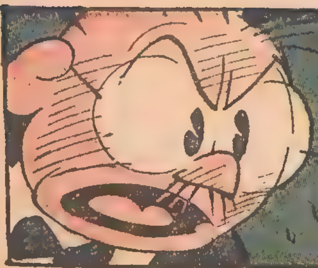
La niña Electra O. Cordobés, que ofrecerá mañana un concierto de guitarra en el salón "La Argentina", bajo la dirección del maestro Manuel Paradela, acto que promete alcanzar brillantes proporciones dadas las condiciones de la concertista.



Parte del numeroso público que asistió a la citada conferencia donde la palabra del ilustre prelado siempre es escuchada con inusitado interés.



El jefe de policía con los delegados del Centro de Patrones Panaderos, que concurrieron a entregar la placa donada a la repartición en reconocimiento por la eficaz acción desplegada en defensa de los intereses gremiales.



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO





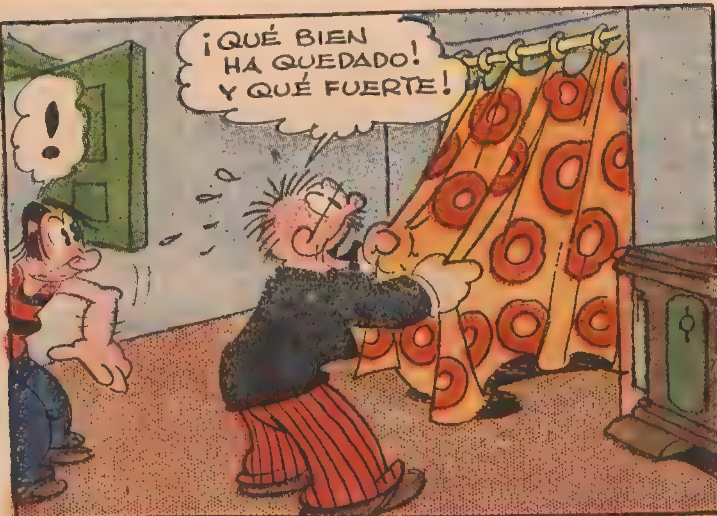








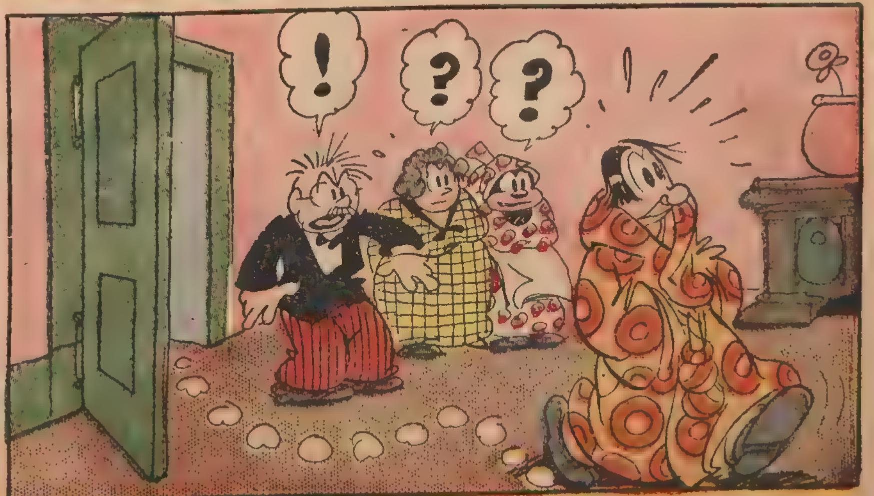












¿EXISTEN, en realidad, los ENCANTADORES de SERPIENTES?

Se pregunta en esta nota

SARA REYLES

BAJO el sol africano, un grupo de hombres blancos, acompañado de unos cuantos árabes, caminaba lentamente por sobre las arenas de fuego. Armados de palos en forma de horqueta, iban examinando el camino.

De pronto, uno de los árabes gritó, en su idioma natal:

—¡Una víbora grande!

A este grito acudieron los demás hacia donde marchaba el árabe persiguiendo una cobra.

Era un ejemplar magnífico, y su cuerpo brillaba al sol. Este reptil, que es mortal, tanto para el hombre como para los animales, trataba de escapar; pero finalmente el árabe lo alcanzó y lo pinchó con su palo.

Sin embargo, la gran velocidad que llevaba la víbora, hizo que pinchara la parte posterior de su cuerpo, en lugar del cuello. La cobra, terriblemente irritada, se dió vuelta y trató de atacar a su enemigo con su lengua. Era una situación embarazosa para el pobre árabe; si sacaba el palo de donde lo tenía apoyado para pincharla en el cuello, ésta lo atacaría furiosamente.

En cambio, si dejaba el palo donde estaba, tenía que esperar hasta que él o la víbora murieran de inanición, y ya se sabe que las víboras pueden ayunar durante varios meses.



Un árabe dando una representación de lo que se ha dado en llamar el baile de las serpientes.



He aquí un "domador" de serpientes tunecino, sometiendo una de ellas a un tratamiento especial.

Rápidamente, y exponiéndose a un gran peligro, uno de los hombres blancos resolvió el problema. Se dirigió con cuidado hacia la víbora y de un golpe certero le agarró la cabeza con su palo.

En esa ocasión el héroe fué el doctor Walter Mosauer, profesor de zoología en la universidad californiana de Los Ángeles. El reptil era una muestra magnífica.

Universalmente conocido por sus estudios sobre las serpientes venenosas, el doctor Mosauer, que ha estado recientemente en el desierto del Sahara, ha obtenido varias muestras y nuevos estudios sobre estos reptiles peligrosos que tuvieron su auge en la vieja religión egipcia.



Chica guardiana de un parque zoológico inglés, que, como se ve, está sumamente familiarizada con las grandes serpientes.

Está convencido de que el encantador de serpientes no es un hombre sobrenatural, ni que posee atributos para ser inmune al veneno de los reptiles.

"Ya que parecen congeniar con estos extraños y misteriosos reptiles — dice el doctor Mosauer, — los encantadores de serpientes adquieren un cierto aire de misterio en la mente de los que los observan, o si no se les mira como burladores del público, al suponerse que previamente le han quitado el veneno a la víbora.

"En la mayor parte de los casos, sin embargo, el veneno no es extraído — sigue diciendo el doctor Mosauer; — pero no es menos cierto que no existe el encantador de serpientes.

"Todo el arte de estos sujetos es una ciencia basada en un exacto conocimiento de la psicología de las víboras. Ellos saben cuándo la víbora está de buen humor, y cuándo está por morder. Saben, además, que deben tratar a la víbora con lentos y cuidadosos movimientos, ya que los movimientos bruscos y nerviosos asustan y enojan a estos reptiles."

La música a menudo tiene una gran importancia en el ritual de los encantadores de serpientes, pero no tiene ningún efecto sobre el reptil, ni lo hace "bailar". "Las víboras son sordas como las tapias", dice el doctor Mosauer.

"No tienen tímpanos y su aparato de acústica está pobremente desarrollado. Un gran número de experimentos nos han demostrado que las serpientes no oyen.

"El bailar de la cobra es un movimiento peculiar de la cabeza y la erección de cierta parte del cuerpo. Observándolo cuidadosamente se ve que estos movimientos depen-

Oímos contar cosas estupendas de los encantadores de serpientes, pero nunca se nos ha ocurrido pensar si existen, en efecto. Por lo que se desprende de esta nota, tales encantadores no son más que unos individuos que conocen perfectamente la sensibilidad de estos reptiles, y se aprovechan de su conocimiento para darse tan brillante y tan lucrativo título.

den de los movimientos del encantador de serpientes, y demuestra que las serpientes siguen los movimientos para estar preparadas para un ataque imprevisto.

"El encantador de serpientes puede mover su mano de atrás para adelante con el ritmo de la música; puede mover también su cuerpo y su flauta mientras toca. En todos los casos, los movimientos atraerán la atención del reptil y lo harán bailar."

Cuando el profesor Mosauer llegó al Africa, inmediatamente fué a casa de un amigo, que es jefe de todos los encantadores de serpientes.

"Éste me recibió encantado. Después de los saludos de práctica, el encantador de serpientes — Sidi Mahammed se llamaba — fué por un número de cajas largas de cuero y me mostró su colección de víboras vivas. Tenía cobras de Egipto, de la clase de cobras, reinas de Asia.

"Estas cobras tienen una costumbre de levantar cierta parte del cuerpo, cuando están irritadas, al mismo tiempo que ponen el cuello como un gancho.

"La cobra egipcia es interesante, ya que ha jugado un papel muy importante en la religión egipcia. Muchos monumentos evidencian esta importancia religiosa. De la misma especie era la que tenía la bella reina egipciana Cleopatra. Además tenía otras especies de cobras, como asimismo buen número de víboras inofensivas que usaba cuando hacía sus representaciones, y que se las enroscaba alrededor de la cabeza como un turbante.

"Deseaba saber dónde tenían los encantadores de serpientes sus víboras, como también algo de sus costumbres.

"Sidi organizó una expedición en una región donde era reconocida la abundancia de las cobras. Un río seco, rodeado de campos cultivados, es el paraje favorito para cazar cobras.

"Parece que los árabes poseyeran un sexto sentido, que les dice dónde se encuentran las víboras, pero es, en realidad, su vista extraordinaria la que descubre los más invisibles rastros dejados por una víbora."

El doctor Mosauer fué testigo de una única representación de un baile de serpiente, en la cual era el hombre el que bailaba y no la víbora. Fué en la ciudad santa de Mohammedans, Kairman, la ciudad de los cien templos y minaretes. Ahí, a la sombra de un templo, el doctor Mosauer vió a un beduíno trabajando con sus cobras.

"Nos llevó con él — dice — a un pequeño café árabe donde se había improvisado una representación. Mi nuevo amigo puso sobre un pequeño escenario seis majestuosas cobras, y luego, parándose en el centro de los reptiles, se sacó las sandalias y comenzó a bailar al compás de una orquesta árabe.

"Su baile consistía en un punteado de pies, rítmico, contra la cabeza de los reptiles, que estaban erguidos y listos para morder. Había examinado a éstos antes de la prueba y los había encontrado en posesión de los venenos.

"¿Cómo podía evadir que las cobras no lo picaran? A mi modo de ver, ésta es la explicación: los reptiles no son solamente irritables, son también nerviosos.

"Un golpe repentino hacia la serpiente obliga a ésta a tirarse hacia atrás por una contracción nerviosa.

"Este árabe, en su formidable baile de serpientes, hacía que éstas se echaran hacia atrás cuando él las golpeaba, y antes que volvieran a su sitio, su pie estaba fuera de peligro. Sin embargo, ¿quién hubiera tomado su puesto?..."

FIN

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

tregaron a nuestra institución. El pobrecito no ha salido nunca de estos muros. Nadie vino nunca a reclamarlo. En el consulado de España se dejó aviso, pero no hubo quien se interesara por él, prueba de que no dejó parientes en España, o si los dejó no se interesaron por la suerte del pobre huérfano."

Mis hijos, casi llorando, me dijeron a un mismo tiempo:

—¡Mamita, que nos lo entreguen; pídele al señor director que nos dé a Roque! Será nuestro hermano; tendrá madre en ti, y padre de él será nuestro padre.

Pregunté al director si era posible complacer a mis hijos.

—De inmediato, señora — me repuso; — y con mucha alegría, porque la suerte de ese huérfano me inquieta, porque esto es un premio para él. Esta sí que es una medalla que la vida le prende al corazón..., más valiosa por cierto que las tres de metal que yo he prendido a su chaqueta azul de huerfanito. Además, usted lleva para sus hijos un compañero ideal, provisto de un alma excepcional, y un hijo, señora, digno de su generosidad.

Fueron en busca de Roque. Hasta al director asomáronle las lágrimas. Roque llegó iluminado de alegría; abrazó a mis hijos y vino a besarme las manos.

Pero, ¡cuando supo que lo llevábamos, que viviría con nosotros, que tendría hogar y familia, su alegría y su emoción no tuvieron límites!

El director le puso frente a él, y le dijo:

—Roque, tú has sido honor y ejemplo en esta casa; sigue siéndolo en casa de tus protectores; tú tienes temple de valiente y alma de bueno; sé un hombre digno en el hogar generoso que hoy te abre sus puertas.

El niño estaba cuadrado frente a su director, pero como un verdadero niño dejaba correr el llanto por sus mejillas.

Dimos las gracias, firmé el documento por el cual me comprometía a velar por la vida y por la instrucción del huérfano, y salimos con tanta emoción como alegría.

Una vez en el auto me entristecí de la ropa azul que indicaba "asilo y orfandad". Me hice conducir a una casa de comercio y vestí a Roque con ropas iguales a las de Blas. Desde ese instante puse entre ellos la igualdad.

Fuimos a una joyería y compré una medalla, y en ella hice estampar la fecha del día en que salvó a mis hijos y la fecha en que lo incorporábamos a nuestra familia. En el dorso hice inscribir: "Gratitud de Rulito y Blas."

Eran, pues, ya cuatro medallas las que poseía el niño a los 14 años de edad, por su arrojo y por su valor.

En el auto le dijo Blas:

—Roque; debes referirnos toda tu historia, queremos saber el porqué de las medallas; en qué actos de valor supiste ganártelas.

Roque era modesto, y repuso:

—No vale la pena, os lo aseguro; hice lo que debía hacer, y nada más.

—Sí; pero debes contarnos — dijo Rulito — todo lo que pasó, y cuál fué tu vida en el asilo; así nos conoceremos mejor.

Roque prometió hacerlo cuando estuvieran más tranquilos, alguna noche que no tuvieran sueño..., más adelante.

Llegamos a casa, agregué al dormitorio de Blas una cama y un ropero. En la mesa, entre Rulito y Blas, un plato para Roque. Quise darle nuestro propio apellido, pero mis hijos con justicia dijeron:

—¡No, mamita; que siga llamándose Roque Valiente; le corresponde, y, además, es más bello y más adecuado.

Quedó, pues, el niño formando parte de la familia y compartiendo todos los bienes del hogar: calor, alimento, cariño, alegría y juguetes.

Es verdad, niños; *Dios premia a los buenos, y la vida paga siempre las nobles acciones. El caso de Roque es una demostración evidente de que el valor y la generosidad son dos fuerzas muy grandes, y que aquel que las posee y las reparte entre sus semejantes atrae para sí los éxito, la fortuna y la buena suerte.*

(Sigue en el próximo número.)



LA "CHAN

UN CUENTO DE HECTOR DE STUART

Si en aquella tarde de primavera, mientras costeaba la orilla del mar, Elena Waldron no hubiera encontrado un perro moribundo en una calle solitaria de Gales, este cuento no habría sido escrito nunca.

Elena había pasado en Anglesey un delicioso mes de descanso, y se dirigía ahora a Londres en su auto.

Caía la tarde; una tenue neblina, traída del mar por la brisa nocturna, flotaba en la atmósfera. A lo lejos se oía el zumbido de un auto de carrera que se acercaba a toda velocidad. ¡Cuántas víctiiría dejando a su paso!...

En efecto, a la luz de los faros, Elena alcanzó a ver el cuerpo deformado de un perro que yacía sobre el pavimento. Auxiliado por ella, moría poco después en sus brazos.

Buscó en el collar una chapa donde figurara alguna dirección, y encontró la de una casa vecina. Hacia allí se dirigió.

Golpeó a la puerta y apareció una anciana encorvada y de rostro marchito, quien, al ver al perro muerto, comenzó a llorar, diciendo entre sollozos que había sido su único compañero. Como los guantes de Elena estaban manchados de sangre, se empeñó en lavarlos.

—No importa — dijo la muchacha; — son viejos y de poco valor.

Pero la anciana insistió; y así fué que mientras los guantes se secaban al fuego, ambas prepararon el té y sentáronse a conversar. La viejecita se sentía tan sola y deseosa de tener compañía, que Elena permaneció allí más tiempo del que pensaba. Cuando se levantó para irse, aquélla le dijo, con lágrimas en los ojos:

—Ha sido usted muy amable; yo no sé qué va a ser de mí sin el perrito. Mi hija me lo había regalado.

Y diciendo esto, señaló un retrato colgado de la pared: era el de una niña muy bonita, que representaba unos diez y siete años.

—Es una gran cantante mi hija.

Nombró a una célebre diva italiana. Elena miró de nuevo el retrato, y aunque éste debía ser de muchos años atrás, apreció su parecido con la artista.

—Hace creer que es italiana — le explicó, — pues el público no valoraría su canto si supiera que es inglesa. Es una buena chica y gana mucho dinero. No hace más que pensar en su madre vieja: esta casa fué comprada por ella y siempre me manda una ayuda. ¿Verdad que es buena? — Y luego agregó: — La veo solamente una vez por año, cuando viene de incógnito. Creo que no he obrado con indiscreción al decirle todo esto, y espero que usted no se lo dirá a nadie.

Elena le aseguró que respetaría el secreto, y se despidió de ella.

Eran las once de la noche. En Picadilly Circus, en Londres, se movía una fila de autos, entre los cuales algunos "Dainler", de aspecto imponente, y otros "Rolls-Royce", lucían sus magníficas carrocerías. La gente brotaba de los teatros y cinematógrafos y se lanzaba en medio del tráfico para tomar el ómnibus, o bien para ir hasta el subterráneo. Miles de señoras, deslumbrantes con sus vestidos de raso, y hombres en traje de etiqueta, daban una nota de elegancia que contrastaba con la modesta indumentaria de los demás traseúntes.

El chauffeur de Elena, gracias a las maldiciones incesantes que echaba, consiguió abrirse paso entre el tráfico congestionado y se dirigió a toda velacidad por Shaftesbury Avenue hacia el Ninety-Nine-Club. "El mejor "rendez-vous" de Londres", decía un letrero color verde pálido colocado encima de la puerta de entrada. Y lo era en realidad. Otros clubs más lujosos intentaban en vano atraer a la sociedad, pero el Ninety-Nine-Club constituía el capricho del elemento joven.

Elena Waldron entró en el club en el momento en que salía Ricardo Mountjoy. Se sorprendió al notar su aspecto extraño; había bebido y trataba de eludirla.

—¿Qué le pasa, Dick? — preguntó con suavidad Elena, mientras lo seguía hasta la calle.

—Nada; déjeme solo — murmuró entre dientes. — Sea buena.

Miró a su alrededor en busca de un taxi.

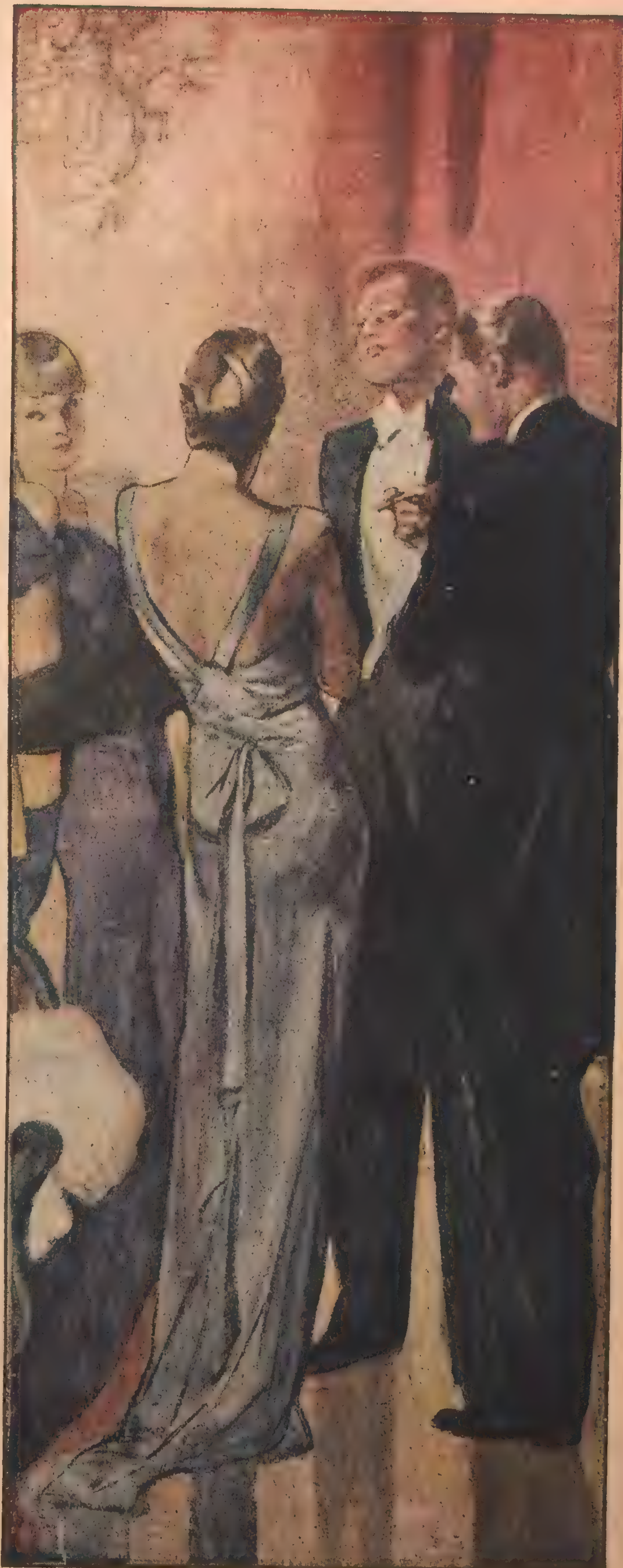
—Quiero marcharme antes que venga la gente.

Elena, que sabía muy bien cuándo tomar alguna resolución, creyó prudente hacerlo en ese momento.

El "ilustre" Ricardo era amigo suyo y la había salvado de una mala jugada cuando alguien quiso complicarla en un robo de esmeraldas. Hizo señas a su chauffeur, y una vez que Ricardo se hubo instalado en el auto, dió la dirección de su departamento, en Bayswater. Durante el trayecto no cruzaron una sola palabra; Ricardo miraba tristemente hacia afuera y Elena permanecía silenciosa. Cuando llegaron, le preparó una taza de café, lo invitó a sentarse en un

TAGISTA"

... hacía víctimas entre los hombres, a quienes sacaba dinero bajo la amenaza de hacer un escándalo. Pero se encontró con otra mujer más astuta que ella.



sillón junto al fuego y esperó a que hablara. Ricardo, rompiendo su prolongado silencio, dijo por fin en tono de rezongo:

—He sido un atolondrado, Elena.

—¿Es posible, Dick?

En su voz se adivinaba un sentimiento de piedad y una gran comprensión.

—¡Dios mío! ¡Ya lo creo que he sido un tonto! — exclamó el muchacho, hundiendo el rostro en sus manos.

—¿Ha ocurrido algo grave? — peguntó Elena con tranquilidad.

—Ha sido para mí la perdición — dijo él entre dientes, mirándola con grandes ojos. Y luego, en un torrente de incoherencias, comenzó a referir lo que había sucedido.

Se trataba, por supuesto, de una mujer: la había encontrado dos horas antes en el baile de la señora de Lancing. Habían "flirteado" bastante inocentemente en un invernáculo. Ella era atrayente, no cabía la menor duda, pero de allí a pensar en algo más serio había una gran distancia. Ricardo estaba de novio (Elena y todo el mundo lo sabían) con Diana Clair, de quien estaba profundamente enamorado.

—Al principio, no me percaté de lo que intentaba hacer; pero luego, sin mayores rodeos, me exigió que le pagara cinco mil esterlinas, o de lo contrario, llamaría a todos los invitados y me acusaría de...

Tomó el brazo de Elena, y mirándola con ojos suplicantes, le dijo:

—Usted sabe muy bien que yo no soy capaz de cometer nada incorrecto.

—Ya lo sé — respondió Elena con entusiasmo, y agregó con rabia: — ¡Es una vampiresa de la peor especie! ¿Y le entregó usted el dinero?

El pobre Mountjoy hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Qué iba a hacer? Nunca me atrevo a afrontar un escándalo. En casos como éste, la gente cree siempre en la palabra de una mujer. Usted sabe cómo es papá de severo... ¡Creería lo peor de mí! Y en cuanto a los padres de Diana, romperían el compromiso. ¡Oh! ¡Estaba loco al ocurrírseme bailar con ella!

—¿Qué suma le dió?

—Un cheque por valor de mil esterlinas; es todo el dinero que tengo, y el resto debo conseguirlo en el plazo de una semana. ¡Sólo Dios sabe de dónde lo sacaré! ¿Qué voy a hacer?

Elena se levantó de pronto y tomó su capa.

—Ya se lo diré; pero antes acompáñeme a casa de la señora de Lancing.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí; ¡ahora!

—Pero esa mujer está todavía allí. ¿Para qué quiere ir?

—Ricardo — dijo Elena Waldron precipitadamente, — ya es casi medianoche. ¿A qué hora termina el baile? ¿A las cuatro? Pues entonces "debemos ir y exigirle que nos devuelva el cheque". Piense usted que una vez que lo haya girado, lo podrá hacer siempre, porque usted nunca sería capaz de explicar lo ocurrido.

—Pero ¿cómo es eso? — preguntó Ricardo.

—Es tal cual se lo digo — respondió Elena. — En resumidas cuentas, ella ha hecho una mala jugada, pero nosotros vamos a frustrársela. De algún modo debemos salir de esto. ¿Podría decirme si la señora de Lancing tiene puesta esta noche su tiara?

Ricardo la miró sorprendido.

—Pero ¿eso qué tiene que ver?

—No me dirija preguntas tontas; ¿tiene la tiara o no?

—La llevaba durante la recepción, pero se la había quitado cuando comenzó el baile.

—Lo cual significa que ha seguido con su invariable costumbre de guardarla en la caja de hierro, de usarla en las fiestas durante las dos primeras horas y de ponerla de nuevo en su lugar hasta la mañana siguiente. Dick, "¡tenemos que robar esa tiara!"

—¡Dios mío! — exclamó Ricardo. — ¡Lo que usted está diciendo debe ser una broma!

—En mi vida he hablado tan seriamente — repuso con tranquilidad Elena.

Se dirigió apresuradamente al "toilet", regresando con una valija de cuero que Ricardo reconoció en seguida, o al menos creía haber visto alguna vez.

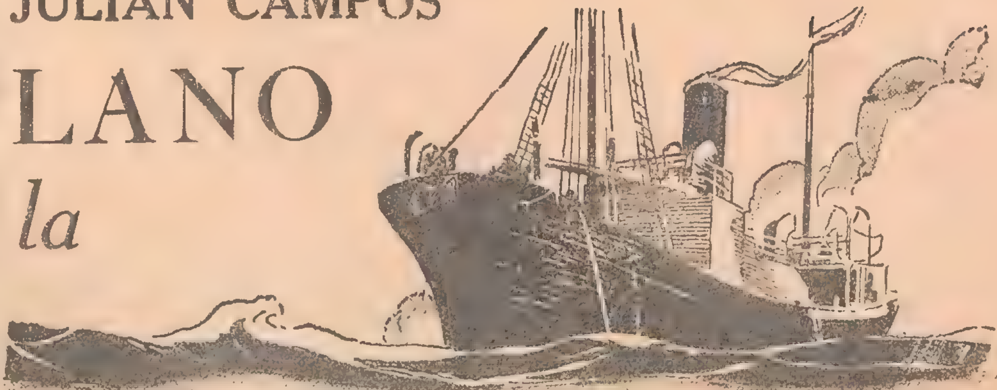
—Sí, los instrumentos están aquí dentro — dijo Elena, respondiendo a la mirada de él.

—¿Usted..., usted...

(Continúa en la página 47)

Según se nos revela en esta nota de JULIAN CAMPOS

¡Hasta con AEROPLANO se PESCA HOY la BALLENA!





El cazador de ballenas, preparado para lanzar desde el avión que tripula el arpón infalible contra el cetáceo perseguido.

EL más grande de los mamíferos, la ballena, es hoy cazada por medio de arpones eléctricos, que son disparados por medio de un cañón, y, a veces, desde un aeroplano.

La caza de la ballena es una de las más antiguas y pintorescas ocupaciones lucrativas del hombre. El método no ha progresado desde el tiempo en que se abandonaban los barcos por miedo a ellas. Hoy los arpones electrizados se han hecho de un nombre y una reputación por sí solos, y son usados con más éxito que el nuevo tipo de explosivo.

Ha cambiado también el fin que tenía el aceite de la ballena. Hoy en día se usa como base para substituir la manteca y para hacer sopas y cremas.

Con el correr del tiempo, la caza de la ballena ha ido perfeccionándose y simplificándose al punto de haber alcanzado un grado máximo de adelanto. A los arpones eléctricos súmase ahora el aeroplano, por medio del cual se persiguen y se atacan las ballenas. Verdaderamente, no es de extrañar que lo que en un tiempo fué una de las más arriesgadas empresas de los hombres, pronto se convierta en algo así como un deporte pintoresco.

El abastecimiento mundial del aceite de ballena proviene del Ártico. Cuando se cierra la temporada de pesca de la ballena, los barcos se vuelven con un promedio de mil barriles. La tercera o cuarta parte de estos barcos va a Noruega e Inglaterra, mientras que el resto se dirige a América.

La caza anual se calcula en seis millones de barriles, o un millón de toneladas (cada tonelada equivale a 1.016 kilos con 648 gramos) y se avalúa hoy en día en más de cincuenta millones de dólares. Hasta hace muy pocos años el precio de una tonelada era de 120 dólares; el año pasado fué la mitad.



Momento en que el arpón disparado desde el avión se clava en el lomo de la ballena, que se sacude desesperadamente

Hay que agregar a este fortunón, el proveniente de los subproductos de la ballena: uno de éstos es una substancia muy rara, conocida con el nombre de "ambergris", que se encuentra generalmente en la ballena del norte, que es la mejor cotizada de todas.

Los fabricantes de perfumes pagan arriba de 7.000 dólares por 483 gramos de "ambergris". En 1930, se cazaron dos ballenas cerca de Tasmania, que dieron una ganancia de ciento diez mil dólares.

La mayor parte del aceite que viene del Ártico proviene de las ballenas "fin" y "blue". La última de las nombradas, la "blue", es la más grande que se conoce. Su peso es calculado en 1.016 kilos 648 gramos por cada 35 centímetros de largo; esto da una idea de su enorme peso cuando se piensa que la ballena más grande medía 37 metros de largo.

El porcentaje de aceite que produce una ballena "blue" es de cien barriles, pero algunas han llegado a dar hasta 260.

Se han usado un sinfín de métodos en el Antártico, en 1904, por el capitán Carl Anton Larsen, que fué el primero en aventurarse en ese mar con un barco semejante a los que se usan hoy día. Al principio las ballenas se cazaban cerca de tierra, al sur de Georgia, pero éstas se volvieron ariscas y las operaciones fueron hechas más afuera del mar.

Mientras tanto, la bomba o la granada de tipo de arpón comenzó a usarse; pero dejaba mucho que desear, especialmente desde el punto de vista humano.

Otro sistema de electrocución de ballenas se usó antes, pero sin ningún éxito, hasta que un sabio alemán, el profesor Weler, después de varios experimentos, llegó a la conclusión de que los arpones debían tener una fuerza de 70 a 80 volts, con lo que se electrocutaría instantáneamente a la ballena más grande.

Esto significaba un gran paso desde el punto de vista humanitario, y también salvaba el tiempo que debe perderse en una larga caza. Con el sistema del arpón



El "Kosmos", considerado uno de los balleneros más grandes del mundo. Viene a ser el buque madre, teniendo a sus órdenes alrededor de siete de los llamados buques cazadores, que son los que se encargan de perseguir y cazar a las ballenas.

y la granada se perdía un veinte por ciento de las ballenas, lo que hacía también perder considerables sumas de dinero.

El arpón eléctrico preserva también, dejando casi intacta la grasa de la ballena; es decir, que no le deja agujeros.

Si se producen agujeros y no son inmediatamente tapados, éstos se llenan de agua, y el animal se hunde y se pierde.

Las actuales cazas de ballenas son hechas desde un pequeño pero poderoso barco de acero, y de una construcción especial que le permite trabajar con la ballena. Se llaman barcos cazadores; de cuatro a siete de estos pequeños cazadores le están asignados al buque madre.

La vida en uno de estos barcos está llena de acción. En cuanto se divisa el chorro de agua de la ballena, el barco se dirige prestamente hacia el lugar, cambiando su ruta de tres puntos a la derecha; todos los hombres están en su puesto y todos los ojos pendientes del chorro de agua que indica dónde se encuentra la ballena.

Claro está que nadie sabe dónde aparecerá; pero el cazador experto es buen adivinador. Tiene que procurar poner el barco como a unos 45 metros de donde aparecerá la ballena, porque el arpón no puede ir a una distancia mayor debido a su peso y al alambre que da la electricidad.

Mientras tanto el que está al mando del cañoncito, permanece con el dedo listo para disparar. En cuanto aparece la ballena, éste dispara el cañonazo; queda de pronto todo quieto donde minutos antes la ballena había luchado por su libertad.

La temporada de la caza de la ballena comienza en octubre o noviembre y dura hasta marzo. Los barcos se dirigen a tierra a principios de la primavera, cuando las ballenas marchan hacia el sur en busca de comida. Su comida favorita la constituyen ciertos crustáceos que flotan en montones decoloreando a veces la superficie del mar. En estos lugares las ballenas nadan lánguidamente con su enorme boca abierta, engullendo cantidades enormes de estos crustáceos.

Durante la temporada pasada hubo más de 400 buques balleneros en el Antártico; 54 buques madres y 350 cazadores. Los grandes buques tienen una capacidad de 15.000 a 20.000 toneladas, y los chicos de 250 a 400. Todos los barcos son a vapor, porque las ballenas pueden oír mejor que ver, siendo sus oídos más sensitivos que un micrófono de los que usaban en el fondo de los vapores durante la guerra, para oír los submarinos enemigos.

El personal es de 16.000 hombres; 12.000 en los buques madre y 4.000 en los cazadores. Los capitanes de estos últimos son pagados hasta 1.000 dólares por el trabajo de la temporada, y durante los años de prosperidad han llegado a ganar 25.000 dólares.

Para mandar un buque cazador, se necesita ser un hombre de larga experiencia. Algunos capitanes han llegado a pescar cien ballenas en una temporada.

Ultimamente el aeroplano ha venido a simplificar la tarea de los cazadores de ballenas; con él se exploran los mares, y cuando se les descubre, se les persigue y se le ataca por medio de los mismos arpones eléctricos. Indudablemente, este es el medio más seguro contra los a veces inesperados y terribles ataques de los cetáceos heridos.

No es de extrañar, pues, que, con el correr del tiempo, la caza de la ballena se convierta en un deporte sin consecuencias y lleno de atractivos. ¡Y qué pintoresco resultará ver por sobre los mares antárticos moverse los aeroplanos en todas direcciones para no perder de vista al cetáceo que ya han hecho víctima de sus arpones!

La chantagista

(Continuación de la página 45)

llevaba esa valija la noche del robo de Markscham? — Y mirándola: — ¿Era para robar las esmeraldas?

Elena suspiró:

—Escuche, Ricardo Mountjoy, pues voy a referirle algo que nadie sabe y que usted no debe repetir: aquella noche tenía la intención de robar las esmeraldas, pero el otro hombre llegó antes. Como me tenía rabia, quiso echarme la culpa, y gracias a usted no pudo. Ricardo, hace ya varios años que nos conocemos, y usted ha visto siempre en mí a la perfecta señorita, disfrutando de una renta misteriosa; a la huéspeda admitida en la mejor sociedad. Pero ahora le presento a la verdadera Elena Waldron, que saca provecho del "noceau riche", a la Robin Hood que vive a costillas de otros, y que está a punto de cometer una felonía por salvarlo a usted.

Los ojos del muchacho brillaban.

—¿Es cierto que va a hacer eso por mí? — dijo con voz ronca. — ¡Elena! ¡Usted es un portento!

Y agregó luego, con cierta desconfianza:

—Pero ¿cree usted que la señora de Lancing merece que se haga este escándalo en su casa?

—¡No sea tonto! — exclamó Elena, riéndose. — Es claro que no lo merece; es una de las mujeres más encantadoras que he conocido. Le prometo, Dick, que no se dará cuenta de nada. Este es mi plan: según entiendo, usted salió del baile sin ser visto. Pues bien: de llevaba esa valija la noche del robo de un modo u otro deberá entrar a la casa; yo, mientras tanto, me reuniré con los demás invitados, sin llamar por eso la atención, pues en las fiestas de la señora de Lancing abundan siempre los "colados".

—¡Por Dios! — exclamó Ricardo. — Apostaría a que Inés pertenece a esa categoría.

—¿Inés?

—Sí; Inés Marlow, la mujer que posee mi cheque.

—¡Tanto mejor! — dijo Elena, que tenía un gran sentido práctico. — Una vez que haya encontrado la tiara, entraré con cuidado al "toilet" y se la esconderé en la capa de Inés Marlow. Usted dará entonces la voz de alarma, y valiéndose de algún medio que crea eficaz, hará entrar al señor Lancing al escritorio y le dirá que desea hablarle de un asunto privado. La caja de hierro estará abierta; inmediatamente comenzará la pesquisa, y yo simularé haber encontrado la tiara dentro de la capa. Amenazaré a Inés de ponerla en ridículo si no devuelve el cheque, o, más bien dicho, de hacerla pasar como culpable del robo, y no le quedará otro remedio que salir muy conforme con las manos vacías.

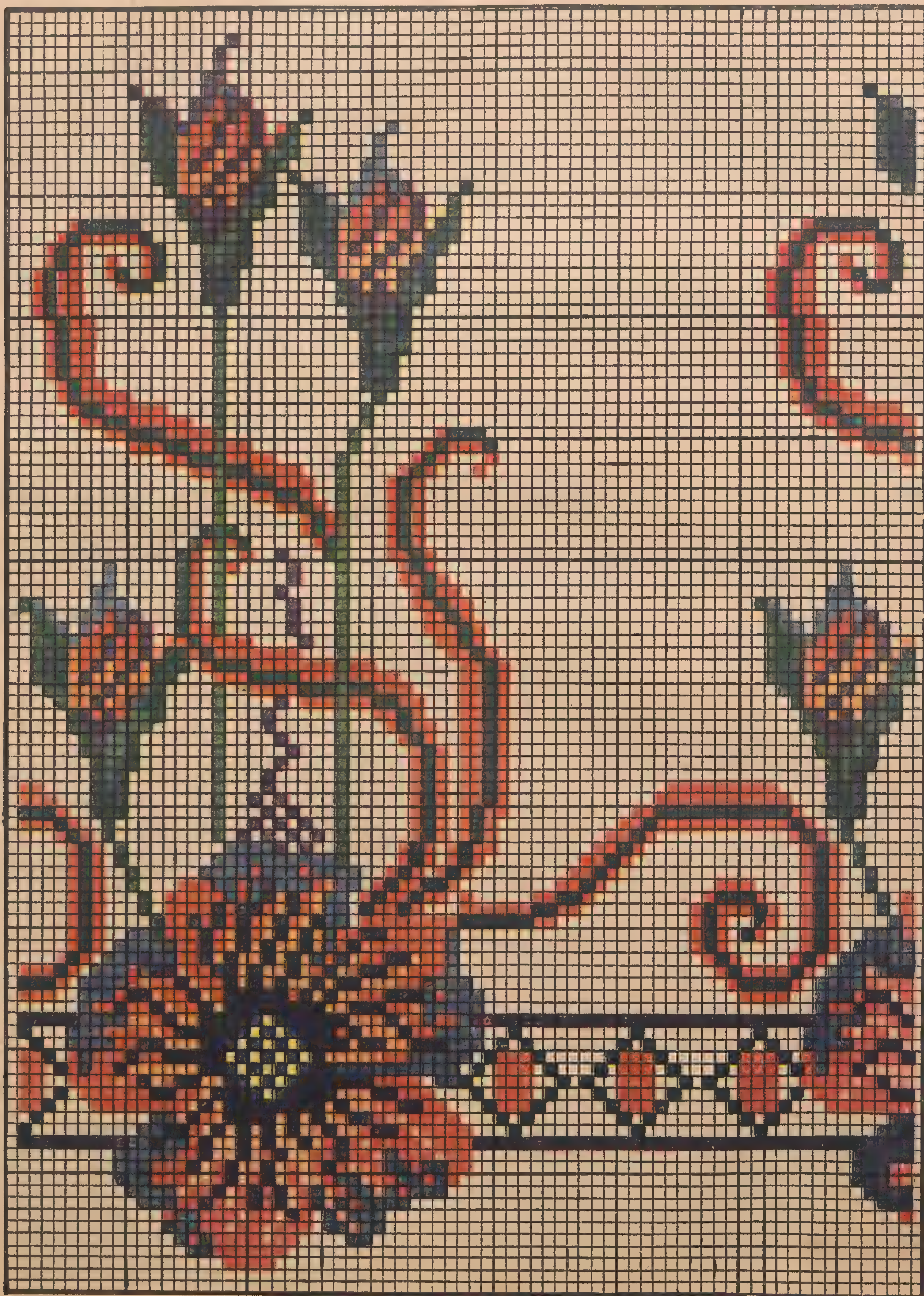
—¿Y qué ocurrirá con la tiara?

—Será hallada en... (los ojos chispeantes de Elena reflejaban una inmensa alegría), en el bolsillo del señor Lancing; yo misma la pondré. ¿Está de acuerdo con mi plan?

—¡En toda la línea! — exclamó Ricardo Mountjoy con entusiasmo — ¡Vamos, pues!

El señor Lancing se dirigía del salón del baile al balcón, acompañado por una joven vestida de raso: era Inés Marlow, que con su porte de reina eclipsaba a cualquiera. Este no es un juicio exagerado, pues desde hacía mucho tiempo no se había visto nada

ALMOHADON *de* PUNTO *de* CRUZ



Bonito motivo para el almohadón de hilo, que puede bordarse en algodón de colores siguiendo el original trabajo que es relativamente fácil.



La sonrisa de la semana

AVENTURAS DEL PEATÓN Nº 1.793,476, CATEGORIA A (bis) P. P.

Relumbrante y perfumado, el peatón número 1.793.476, categoría A (bis) P. P. (propietarios profesionales), abandonó la elegante peluquería en que se afeitaba a diario, siendo las 18 y 15 horas. A las 18 y 30 debía reunirse con su amiguita en una "confitería dancing" del centro; le sobraba, pues, tiempo para llegar a las 18 y 25, unos minutos antes de la cita. (El estado de sus relaciones le imponía una caballeresca impaciencia; no habían pasado aún del beso, imitación furtiva, cambiado en el semirrecato de la "voiturette" en las frondas del Parque 3 de Febrero.

Imbuído en las recientes ordenanzas de tránsito, el peatón número 1.793.476 sumóse a la corriente humana que llenaba la acera de su derecha. Delante y detrás de él circulaban muchos otros peatones de múltiple numeración y diversas categorías (correspondientes a sus entradas pecuniarias). En su mente alababa la holgura y la tranquilidad de transitar así, sin encontrones ni sorpresas, cuando un ligero silbido y un sacudón en el brazo le llamaron la atención. Un agente policial le increpó con violencia:

—¿Por qué anda con las luces apagadas?

—¿Las luces? ¡Caramba, se me debe haber gastado la batería!...

Buscó, con cierta inquietud, en el bolsillo del chaleco la primorosa perita de esmalte azulado del conmutador y oprimió el botón de ébano. Inmediatamente los foquitos luminosos, prendidos como zarcillos a sus orejas, y la chispa roja que como una condecoración mal colocada pendía de la parte posterior de su americana, rutilaron para desmentirle.

—¡La batería! — incriminó sarcásticamente el vigilante. — Descuido no más; a ver su registro, el número de la patente.

El peatón número 1.793.476 sacó su libreta de tránsito y su carnet del "Caminante Club", que le acreditaba andante de categoría social. Pero tuvo que resignarse a esperar a que el celoso guardián del paso público labrara con cachaza una boleta de multa.



De pronto se sintió abrazado por la espalda. Un antiguo condiscípulo: saludos, palmeos y una rémora. Y nueva intervención policial:

—Este no es sitio de estacionamiento; vayan a la Diagonal y Bolívar.

Recibieron con gusto la conminación y pagaron la multa. Hay que conceder a la amistad estos sacrificios.

Poco después, un paso atrás dado impensadamente, produjo una congestión en la circulación de peatones; y el 1.793.476 fué reconvenido, obligado a leer su "breviario" y a exhibir los documentos que le acreditaban como apto para caminar por las calles.

A todo esto, el reloj colocado en el tope de la puerta de una joyería marcaba las seis menos tres minutos; el de la Torre de los Ingleses dejó oír con británica indiferencia seis sonoras campanadas, y el peatón número 1.793.476, categoría A (bis) P. P. consultó el suyo, que señalaba las seis y cuatro.

Y entonces, precisamente, ocurrió la catástrofe. Al ver la hora, lo olvidó todo y dobló la esquina a una velocidad de carrera maratónica, dando contra un cuerpo elástico y sonoro, que emitió un agudo chillido.

Cuando volvió en sí se halló en el suelo, entre cristales rotos (los de sus lentes), ruedas sueltas (la de la maquinaria de su reloj). Un agente le explicó que a causa de la velocidad antirreglamentaria que llevaba al dar vuelta la esquina había chocado con una peatona infractora, que marchaba a contramano; una peatona de la modesta categoría X. S. E. (sin entradas), número 17 de Mataderos.

En la comisaría, el 1.793.476 se vió obligado a pagar una crecida multa por su parte, y otra no menor por la correspondiente a la 17, que lloraba a causa de su imposibilidad de cumplir con las ordenanzas.

Eran las 20 cuando abandonando la comisaría fueron a un taller de reparaciones, en el que se hicieron servir una copita de vino generoso en el "salón de familias".

Restaurado con el descanso y el calor del alcohol, sintiéndose ya restablecido y capaz de "correrla", propuso él:

—Señorita, usted no ha quedado en condiciones de marchar sola; si me lo permite tendré mucho gusto en acompañarla hasta su casa.

Esto no es una fantasía al modo de Mr. H. G. Wells, sino una aventura que muy pronto podrá ocurrirle por las calles de Buenos Aires a cualquier peatón numerado y "categorizado".

Luis Gironda

Podremos dar la vuelta...

(Continuación de la página 5)

porque el consumo de combustible hacía tal prueba casi imposible.

Pero ahora la situación ha cambiado de aspecto. Con el advenimiento de los nuevos transatlánticos alemanes e italianos, la competencia está en todo su apogeo. "¡Adelante a toda máquina!", es la orden que reciben los capitanes al zarpar.

Si se llega a establecer un servicio aéreo transatlántico de pasajeros capaz de salvar el charco en quince horas, las compañías navieras tendrán que producir navíos más rápidos que los que ahora tienen en servicio si desean subsistir.

Pero, sea como sea, lo cierto, lo indiscutiblemente cierto, es que la naturaleza, en todas sus formas, parece impotente para contrarrestar los efectos de la poderosa imaginación del hombre.

Basta para comprobarlo la formidable hazaña efectuada por Post hace pocos días en su prodigiosa vuelta al mundo, dueño y dominador absoluto de su pájaro mecánico ansioso por descontar distancias en un ímpetu grandioso de apoderarse de los aires...

Cincuenta y tres kilómetros por hora fué el primer record establecido. Y hoy el hombre se halla próximo a elevar esa cifra nada menos que a 26.400 kilómetros en el mismo espacio de tiempo...

FIN

La chantagista

(Continuación de la página 47)

comparable a ella. Era de una belleza que hacía estremecer; una estatua modelada por el artista más diestro. Tenía siempre en sus labios un gesto de insolencia y de desprecio; en sus ojos brillantes se encendía una llama de vida; su tez era incomparable; su figura, soberbia. La mayor parte de los que bailaban en el salón la contemplaban hasta que se perdía de vista: los hombres, admirados; las mujeres, dominadas por los celos. Inés tenía mucho cuidado en su proceder con respecto al señor Lancing, pues ya una víctima había caído en sus manos aquella noche: Ricardo Mountjoy, y sólo se contaba ahora con devolver las galanterías. El recato era el método a emplear con un caballero de edad y experimentado como Lancing. Muy pronto conseguiría que fuera a visitarla; sólo entonces pondría en práctica sus planes, pero por el momento había que andar con concautela.

Después de haber estado unos minutos en el balcón, Inés sugirió la idea de volver al salón de baile. En el momento en que pasaban por la ventana del escritorio, Lancing la oyó ahogar una exclamación.

—¿Se siente mal? — le preguntó afligido.

— Tengo un dolor muy fuerte de muelas; si me disculpa por un momento, voy a ir a buscar un remedio que tengo en mi cartera.

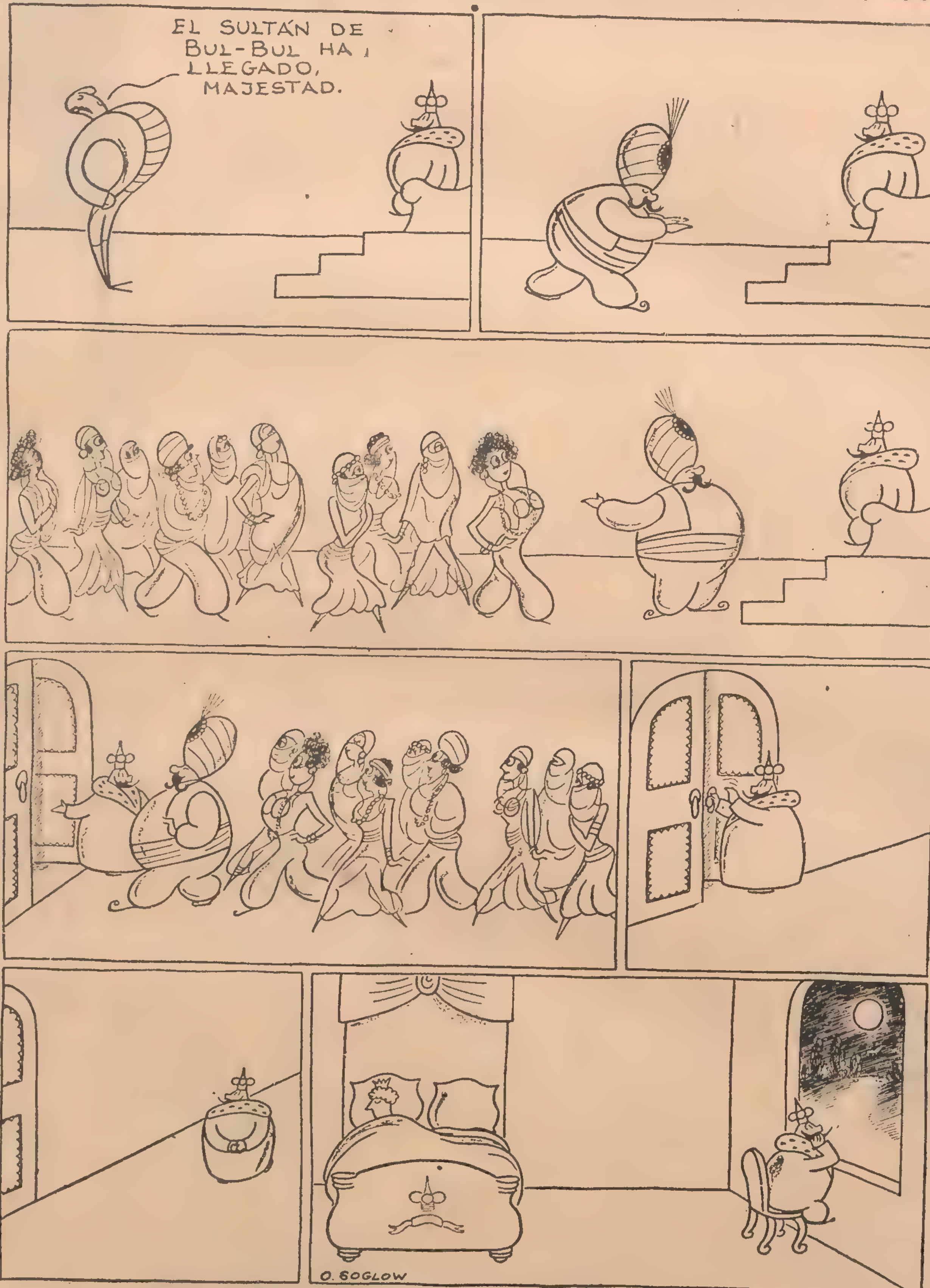
Y se marchó, rehusando que él la acompañara. Pero no se dirigió al "toilet", como había dicho, sino que caminó por el corredor que conducía al escritorio y llegó a tiempo para ver a Elena Marlow salir a hurtadillas al encuentro de Ricardo Mountjoy. Éste se sorprendió al ver aparecer a Inés. Elena, con la capa echada al hombro, para esconder la valija de cuero, tenía un aplomo sorprendente. Reconoció inmediatamente a Inés Marlow por la descripción que de ella había hecho Mountjoy; ambos esperaban y quedaron tiesos al ver que se dirigía hacia ellos.

—¿Qué estaba haciendo usted en el escritorio? — preguntó en forma intempestiva Inés Marlow.

—¿Y quién le dió a usted permiso de preguntármelo? — le respondió Elena con la misma rapidez.

—¡Estoy convencida de que es usted una ladrona! — la acusó Inés. — La he visto a través de la ventana del escritorio, junto a la caja de hierro y con una linterna en la mano... ¿Qué lleva debajo de esa capa?

Las grandes historietas de SOGLOW



EL REY TIENE UNA VISIÓN DEL HAREM

Se precipitó para agarrársela, pero Elena estuvo muy lista y sonreía a pesar de que el susto la dominaba. La llegada inoportuna de aquella mujer había arruinado la única ocasión de derrotarla, y los dos conspiradores habían caído en la trampa.

—De modo que se niega a dejarme ver, ¿eh?

Inés Marlow sonreía con malicia.

—Está bien; mandaré llamar al señor Lancing.

Éste apareció por el rincón del corredor. La muchacha giró sobre sus talones, y al verlo, la expresión maliciosa de su rostro se tornó en la más natural y de modestia que solía adoptar al tratarse de hombres de esa edad.

Elena Waldron la miró fijamente.

—¡Al fin la encontré! — dijo el señor Lancing a Inés. — Me dijeron que había venido por aquí, y pensé que me haría el favor de concederme otra pieza.

Antes que la joven pudiera responder, Elena prorrumpió precipitadamente:

—¡Qué providencial ha sido su llegada, señor Lancing! Tal vez usted pueda resolver un problema que me preocupa desde hace tiempo. Suponiendo que una anciana encantadora, que vive en Gales, tuviera una hija de quien ella creyera que es una célebre cantante de ópera, y suponendo que una llegara a descubrir que esa hija no trabaja como tal, sino que vive de algo muy diferente, ¿no le parecería mejor contarle esto a la pobre madre que dejarla en aquella creencia?

Hasta los labios de Inés Marlow palidecieron.

—No alcanzo a comprender — dijo el señor Lancing, desconcertado, percatándose luego de que estaba allí Ricardo.

—¿Cómo le va, Mountjoy?—le preguntó. — Mi esposa lo ha estado buscando hasta ahora. ¿Adónde había ido? Puede ser que nadie sino usted pueda explicarme lo que Elena quiere dar a entender.

—¿Quiere que bailemos? — dijo Inés Marlow con una voz temblorosa, deslizando su mano sobre el brazo del señor Lancing.

—¡Oh, señorita Marlow! — exclamó Elena con tono de reconvención; sus ojos habían recobrado el brillo de siempre. — Usted se ha olvidado que prometió esta pieza a Ricardo.

Si las miradas fueran capaces de matar, Elena en ese momento hubiera caído inerte.

Inés, poseída por una gran cólera, apartó su brazo con violencia y dijo al señor Lancing.

—Discúlpeme, por favor; me había olvidado.

—Creo que su esposa lo anda buscando—dijo Elena al dueño de casa. Éste, algo desconcertado todavía, se retiró.

—Ahora — dijo la muchacha con energía, dirigiéndose a Inés, — ¡devuelva a este caballero su cheque!

—¡Usted! — respondió Inés con rabia. — ¿Qué diría si no se lo diera?

Elena sonrió.

—Si no lo entrega— dijo con calma, — le diré a su madre qué niñita tan mala tiene; que la casa en Gales fué comprada con los productos del "chantage", y eso le dolería mucho más que la muerte de su perrito. ¿Quiere que se lo diga?

El rostro de la joven se puso lívido. buscó en su ropa el cheque, y sin decir una sola palabra, lo entregó.

—De ahora en adelante — le dijo Elena, — me imagino que pondrá fin a esta clase de operaciones en Londres, y si alguna vez llegara a encontrarla en las mismas, procederé como corresponde.

Inés se marchó con paso indeciso: le parecía que estaba soñando.

En menos de un minuto, la tiara fué depositada en la caja de hierro del señor Lancing, y Elena y el "ilustre" Ricardo se perdían en el torbellino del baile

FIN

Las peripecias de PANCHO



DIA DE LIMPIEZA

La CONDENA

Durante siete años un hombre estuvo preso, purgando un delito que no había cometido. El falso testimonio de personas que lo querían mal lo hundió en el presidio, hasta que vino a revelarse un día su inocencia; pero aquel hombre, víctima de la perversidad de sus semejantes, salió de la prisión mejor aún de lo que había entrado, manteniéndose digno en la adversidad y sostenido por el amor a su madre.

UN INCENDIO EN LA CASA DE GAY

NO habían dado aún las doce de la noche del 15 de noviembre de 1847 cuando un vecino de Fieu, pueblecillo francés perteneciente al distrito de Liburnia, divisó en el horizonte una gran llamarada. Dada la voz de alarma, varios fueron los pobladores que salieron de su casa para contemplar el resplandor que enrojecía el cielo.

—¡Es un incendio! — dijo el comerciante Drahant.

— Por allí vive el viejo Gay — agregó alguien.

— No hay duda, es su casita la que está ardiendo — expresó un tercero.

— Tarde o temprano — exclamó una mujer, — debía ocurrirle alguna desgracia. ¡A su edad, llevar vida tan solitaria y misteriosa!...

Cambiadas estas impresiones, varios fueron los vecinos que decidieron prestar su ayuda al viejo Gay y sofocar el incendio. No bien llegaron al lugar del siniestro, uno de ellos intentó franquear la puerta de la casita, y al hacerlo tropezó con un obstáculo. Era el cuerpo del viejo Gay, cuya cabeza yacía en medio de un charco de sangre. A su alrededor estaban diseminados varios utensilios de cocina. Apagado el incendio, se pudo comprobar que en diversos lugares habían quedado las huellas ensangrentadas de una mano. Sin embargo, las manos de la víctima estaban limpias. Alguien que conocía bien al anciano aseguró que las bordelesas de vino que éste poseía habían desaparecido. Otro descubrió las huellas frescas de una carreta y las dejadas por los bueyes que la habían arrastrado. ¿Qué había ocurrido? ¿Un accidente mortal? ¿Un crimen?

INTERVIENEN LAS AUTORIDADES

Al día siguiente, a primera hora, el juez de paz Viault se encontraba en el lugar del extraño suceso. Su actividad quedó reducida a escuchar los rumores que circulaban entre los vecinos. No había duda de que se trataba de un crimen.

¿Quién era el asesino, incendiario y ladrón? Viault creyó que era necesario, en primer término, averiguar quiénes eran los que por razones de intereses habían mantenido relaciones con Gay. Encaminadas las cosas con criterio tan simple, se supo que el maestro de escuela Juan Francisco Lesnier había realizado dos meses antes una pequeña operación comercial con el viejo Gay. Era evidente que eso no daba base para ninguna sospecha seria, pero el juez de paz Viault creyó oportuno comenzar las indagaciones por ese lado, formulándose las siguientes preguntas: "¿De dónde procede Lesnier? ¿Cuál es su valor moral? ¿Cómo lo juzgan aquellos que lo han visto siempre ejercer sus funciones?" Hacía cuatro años que Lesnier se había radicado en Fieu. Durante todo ese tiempo se había desempeñado correctamente como maestro de escuela. En ese sentido no podía reprochársele nada. Pero, según el alcalde de Fieu, era un hombre cuyas finanzas andaban pésimamente. Debía a todo el mundo. Además, todos conocían sus relaciones con la mujer del tabernero Pedro Lespagne, lo que determinó que éste arrojara de su casa a la infiel.

En estas averiguaciones andaba el juez de paz cuando llegaron a la población el procurador del rey, Lacaze, el juez de instrucción David y los médicos legistas Eymery y Soulé. No bien el doctor Eymery comenzó la autopsia, exclamó:

—¡Pero a este hombre lo han matado de un martillazo! ¡Lo han muerto como a un buey!

Iniciada en forma la instrucción, el juez David escuchó la declaración del clérigo Delmas, cuyo hermano había contraído matrimonio con la hermana de Lesnier. Según Delmas, Gay se había quejado en diversas ocasiones de la conducta del maestro para con él, pidiéndole que intercediera amistosamente. Así lo hizo Delmas, sin otro resultado que obtener la siguiente malhumorada respuesta de Lesnier:

—¡Nunca está contento! ¡Me tiene cansado!

Pero no es todo. Delmas aseguró que al día siguiente del crimen le había parecido que Lesnier estaba inquieto, escuchando con ansiedad lo que se decía en los grupos que comentaban el suceso y echando miradas escrutadoras a su alrededor. También recordaba que a raíz de un pequeño asunto que había tenido con Lesnier, éste lo amenazó diciéndole:

— Le prevengo: mi padre y yo estamos dispuestos a jugarle una mala partida si lo encontramos de noche.

Y para terminar, advertía que su cuñada le había escrito que estuviera prevenido, pues consideraba a Lesnier como un hombre peligroso.

Pero no sólo la declaración del clérigo Delmas aparecía, a primera vista, desfavorable para el maestro. Según el sacristán, en cierta oportunidad Lesnier le habría dicho:

— Podéis estar tranquilo. Cuando el viejo no exista, haré una orgía...

Un vecino llamado Leonardo Constant aseguró haber escuchado de labios del maestro lo siguiente:

— Voy a enviar el viejo al hospital de Burdeos. Tengo un amigo estudiante de medicina a quien encargaré que le dé una fuerte dosis, y todo quedará terminado en pocos días...

Era evidente que para los instructores del sumario todas estas afirmaciones resultaban por demás comprometedoras para Lesnier. Creyendo, pues, que habían tomado el buen camino para aclarar el misterioso crimen, activaron sus pesquisas por ese lado, y en eso estaban cuando un nuevo suceso vino a acentuar aun más las sospechas.

UN ASALTO

Seis días después del asesinato del viejo Gay, ya entra-



No bien llegaron al lugar del siniestro, uno de ellos intentó franquear la puerta de la casita, y al hacerlo tropezó con un obstáculo: era el cuerpo del viejo Gay.

de un INOCENTE



da la noche, Luis Daignaud, vecino de Fieu, entró a la carrera y poseído de un gran pánico en la casa de los esposos Teurlay. Por el aspecto que presentaban sus ropas desgarradas, por el terror que se leía en su pálido rostro, por los ademanes que hacía, bien se veía que algo extraordinario le había ocurrido.

—¡Ahí cerca, en el bosque... — comenzó diciendo con voz entrecortada por la emoción, — dos hombres han querido desvalijarme! Le pegué un golpe con el paraguas a uno de ellos... ¡Me salvé!

¿Qué había pasado? Un poco más serenado, Daignaud contó que al cruzar el bosque un malhechor lo había atajado en forma violenta, exigiéndole la bolsa o la vida. Sintiéndose desamparado e indefenso, echó un vistazo a su alrededor, lo que le permitió descubrir tras un árbol a un segundo individuo que parecía estar en acecho. ¿Qué hacer? Recordó que tenía un paraguas en la mano, y con él, desesperado, golpeó con todas sus fuerzas en un costado al ladrón, para luego emprender la fuga a todo lo que daban sus piernas, hasta llegar a la casa de los esposos Teurlay.

—¿Quiénes eran esos dos hombres? — preguntó el jefe de la gendarmería.

—El que espiaba me pareció que era Lesnier, el padre — respondió Daignaud. — Pero por ser de noche y estar a cierta distancia, apenas pude verlo. Se ocultaba. Nada podría afirmar.

—¿Y el otro?

—¡Ah! Al otro lo he visto bien y he oído su voz. Lo reconocí de inmediato: era el maestro Lesnier. ¡Lo juro!

Ante semejante declaración, las autoridades no tuvieron la menor duda. Los Lesnier, tanto el padre como el hijo, fueron arrestados. ¿Qué pensar de dos sujetos que salen de noche para asaltar en los caminos? ¿Cómo no vincular este nuevo suceso con el crimen cuyo descubrimiento tanto preocupaba a las autoridades? Si los Lesnier se atreven a asaltar a un pacífico viandante en plena noche para robarle, ¿por qué no suponerlos capaces de dar muerte a un pobre viejo con el mismo fin?

LA CONFESION DE MARIA CESSAC Y LA CONDENA DE LESNIER

En este drama aldeano, sombrío y repugnante, las calumnias, las mentiras, las inculpaciones falsas e intencionadas jugaron un papel tan decisivo, que hasta la misma justicia no pudo substraerse a la influencia que ejercieron los complotados para lograr la condena de un hombre inocente. María Cessac, la esposa del infame tabernero Lepagne, fué el dócil instrumento que desde la sombra manejaron con eficacia los que deseaban la perdición del maestro Lesnier. Esta mujer siniestra, instigada por su bárbaro esposo, por el alcalde y demás personajes que actuaron directa o indirectamente en la tragedia bajo la presión de terribles amenazas, simuló una amplia confesión, de la cual se desprendía, sin lugar a dudas, que el maestro era el único culpable de la muerte del anciano Gay. En su falsa declaración, que por lo extensa nos eximimos de reproducir, historiaba minuciosamente sus relaciones con Lesnier. Expresó que por instigaciones de éste estuvo a punto de envenenar a su esposo con arsénico. Luego entró a relatar las conversaciones que había mantenido con el maestro, en las que éste habría manifestado estar dispuesto a terminar con la vida del viejo. Aseguró que a la mañana siguiente del crimen se encontró con Lesnier, a quien notó pálido y preocupado.

— Maquinalmente — agrega — lo observé de pies a cabeza, y vi que sus zuecos estaban manchados de sangre...

Pocos días antes de que fuera arrestado, Lesnier le había hecho un regalo, expresándole al mismo tiempo lo siguiente:

—Tened cuidado de no comprometerme. Tendréis que ir a declarar. Evitad de pronunciar mi nombre. Hablad, más bien, de vuestro marido.

El proceso comenzó el 30 de junio de 1848 y la acusación estuvo a cargo del magistrado Troplong, quien terminó su exposición con estas palabras: "Los dos acusados gozan de una mala reputación en el lugar que habitan. Después de haber sido arrestados, la mujer de Lesnier (padre) anunció que ella recibía todos los días cartas de su hijo y de su marido, en las que aseguraban que no tardarían en volver; que conocían los testigos que habían declarado contra ellos, los cuales, a su turno, tendrían que arrepentirse. Este error, que esos dos hombres tratan de inspirar, no tiene, evidentemente, otro objeto que el de impedir la expresión de una verdad que tiene que serles fatal."

El juicio no fué muy largo. Todos los testigos resultaron desfavorables para los Lesnier. Los unos hablaban de sus deudas. Otros aseguraban haberlo oído proferir amenazas contra los vecinos más calificados. Daignaud, la presunta víctima del asalto nocturno, repitió su primera declaración, jurando que uno de los asaltantes era Lesnier (hijo). María Cessac reforzó con nuevas informaciones su falsa confesión. En una palabra, de todas las declaraciones se deducía que Lesnier no era más que un inmoral, capaz de cometer los peores delitos. Los esfuerzos del abogado defensor para probar la inocencia de sus defendidos no lograron salvar su situación. Entre otras cosas, dijo: "Si yo hiciera la cuenta de todas vuestras denuncias, señora Cessac, encontraría seis de una gravedad extrema, insignificantes al comienzo, mortales al final. Y, sin embargo, si todo lo sabíais desde el primer día, ¿por qué no haber confesado antes? Habéis dicho que tenéis poca memoria, que tembláis, que el terror os cierra la boca. ¡Ah! ¿No será más bien que el espíritu de mentira y de venganza no os brinda de una sola vez sus perversas inspiraciones? ¿No será que la lección mal aprendida no ha podido ser retenida desde el primer día? Desde que los Lesnier han sido arrestados, lo habéis dicho, sueños siniestros no os dejan dormir tranquila. ¡Ah! Lo creo. ¡Tenéis miedo! No de la anciana señora de Lesnier, ni de los dos hombres perdidos por vuestra declaraciones, no; tenéis miedo de vuestra conciencia. ¿Y deseáis que os diga el nombre de esa angustia secreta que os oprime de día, que os ahoga de noche? ¡Son los remordimientos!"

Nada pudo desbaratar la monstruosa intriga contra Lesnier. Sea por temor al ta-

(Continúa en la página 60)

UNA NOTA DE DOLAN CROLEN

SILUETAS

1.—Para una fiesta íntima es apropiado este modelo, confeccionado en organdí estampado, y que se llevará sobre un traje de satin negro.

2.—Trajecito para niños, confeccionado en una tela de lana a cuadros, todo en tono rojo. El cuello y los puños de lanilla blanca.

3.—Este tapadito es encantador. Puede hacerse de terciopelo azul, y queda muy bien sobre un vestido color amarillo.

4.—Este conjunto es muy elegante y vistoso. La casaca de jersey verde, va sobre un vestido del mismo material, pero en color muy claro; la blusa es también de jersey a rayas.

5.—Vestido de saco ejecutado en tela de lana color azul claro; las mangas son abullonadas arriba, terminando muy ajustadas en la parte inferior. La blusa que se lleva con este traje es del mismo género, en color azul obscuro.

6.—Muy elegante y práctico es este traje tres cuartos. Las mangas son muy novedosas; un cinturón colocado en la parte anterior solamente, lo ciñe al talle. Completa este conjunto una vistosa corbata de jersey estampado a lunares.

7.—Juvenil y sentador es este modelo de vestido, en paño azul. Sobre la manga lleva un adorno de piel. El gran cuello blanco está confeccionado en piqué.

8.—Vestido para niñas, adornado con recortes. Está confeccionado en terciopelo cotelé, y adornado con tiras del mismo material, en colores vivos.

1

4

5

6

7

2

3

8

de MODA

9. — De jersey rayado es este vestido para jovencitas. Resulta muy original el adorno de voladitos en la pechera, puños y hombros.

10. — Este traje es muy elegante llevándolo como en el modelo, acompañado de una capa del mismo género y color que el vestido. El adorno de la blusa es de taffetas escocés.

11. — Siempre resultan interesantes los trajes combinados con distintas telas. El presente modelo es de jersey a cuadros sobre fondo beige y tela lisa color tango.

12. — Tapado de terciopelo cótelé, adornado con un gran cuello de piel.

13. — Este vestido de corte sencillo es muy vistoso, si se realza con un adorno llamativo en la blusa. Este adorno puede ser de jersey u otra tela de lana rayada en colores vivos.

14. — Esta encantadora blusita queda muy bien en terciopelo o, bien, tejida. La pequeña pechera es negra.

15. — Conjunto para pequeñas, de terciopelo azul. El tapadito va sobre un vestido rojo. En el sombrerito, cintas rojas.

16. — Este tapadito sencillo y recto queda muy bien sobre un vestido beige claro con adornos marrones.

17. — Este sencillo vestidito de terciopelo cótelé es apropiado por su sencillez para paseos al aire libre.



LOS LECTORES QUE PREGUNTAN



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

ROSISTA DE ESTA EPOCA. — En la Biblioteca Nacional, en los diarios de la época de Rosas, encontrará usted ese discurso. No lo conocemos totalmente, de modo que no sabríamos apreciar si los párrafos transcriptos por Carlos Ibarguren, en su libro "Juan Manuel de Rosas", comprenden la totalidad de la oración fúnebre pronunciada por el tirano ante los restos de Dorrego. La información, por otra parte, aparecida en un diario, de que se le enterró de noche, a la luz de las antorchas, es exacta en parte. Ibarguren mismo pinta el cuadro: "El día se apagaba y las sombras envolvían a la muchedumbre aglomerada en el cementerio. Rosas leyó su oración al resplandor rojizo y humeante de antorchas sostenidas en alto por negros y soldados. El cuadro infundía una impresión siniestra y tenebrosa."

• •

PALO SANTO. GOYA. — En cualquier buena geografía de la República Argentina encontrará usted una descripción exacta del curso del río Paraná. El Paraná se forma por la unión de dos ríos brasileños, el Paraná Panema y el Paranahiba. Su extensión ha sido calculada en números redondos en 4.200 kilómetros. En cuanto a la situación de los puertos argentinos sobre ese río, ellos están ubicados en la siguiente forma: En el alto Paraná: Itatí, Ituzaingó y Posadas. En el medio Paraná: Rosario, San Lorenzo, Santa Fe, Resistencia y Constitución; en la margen derecha y en la izquierda: Paraná, La Paz, Goya, Esquina, Diamante, Corrientes, Empedrado y Bella Vista, y en el bajo Paraná: San Nicolás, San Pedro, Campana, Baradero y Zárate.



El río Paraná, visto en Misiones.

• •

MARIA FRANCIS. CAMPANA. — El ministro de Justicia e Instrucción Pública se llama Manuel M. de Iriondo. Escriba a dicho ministerio. Casa de Gobierno. No damos direcciones particulares.

• •

ROSARINO. — Recurra a un especialista. Usted comprende que, ignorando el carácter verdadero de su mal, estamos imposibilitados de decirle qué género de operación requiere y cuánto costaría la misma. En el consultorio oftalmológico de uno de los hospitales gratuitos de esa ciudad lo atenderán sin que ello importe gastos por su parte.

• •

UN MUCHACHO SANTIAGUEÑO. — Escriba a la Escuela Naval, Río Santiago. Provincia de Buenos Aires.

URGENTE. KILOMETRO 187. — 1º Debe dirigirse al Ministerio de Marina. 2º Horóscopo de los nacidos el 7 de noviembre: Sol en Escorpión. Piedra: malaquita. Será un negociante feliz y un hombre poco feliz en el amor. 3º Para adelgazar sin dejar de comer, o por lo menos para no seguir engordando más, es conveniente dejar de comer ciertas cosas y darles preferencia a otras. Excluya de su menú las grasas, caldos condimentados, salsas, dulces, pastas, etc., etc. Coma muchas frutas, pescados, carnes de ave, asadas o hervidas, carne de vaca hervida, de puchero, que ha dejado muchas materias ya en el caldo, o carne muy asada. Dé preferencia a las compotas con muy poco azúcar y tome una taza de té después de cada comida. Es bueno también emprender caminatas diarias, de 20 o 30 cuadras, ida y vuelta, a paso de marcha. Si usted lo hace lentamente no tendrá buenos resultados. No haga caso a ninguna de las drogas que se recomiendan para adelgazar y que resultan generalmente dañinas, y a veces mortalmente dañinas si se abusa de ellas.

• •

LINNEO. — El cardenillo es una mezcla venenosa de acetatos básicos de cobre, y vulgarmente constituye la materia verdosa que se forma en los objetos de cobre o sus aleaciones. Se le llama también cardenillo al acetato de cobre que se emplea en la pintura, y al color claro semejante al de esta última materia.

• •

DOS QUE NO ESTAN DE ACUERDO. — La nosogenia trata del origen y desarrollo de las enfermedades.

• •

ARISCO. ROSARIO. — ¿Que a qué debe atribuirse el que "uno tenga temperamento llorón? Para ser breves, deberíamos contestarle con sus propias palabras: "Al temperamento". Ser llorón o ser alegre (empleamos llorón en la acepción que acaso usted le ha querido dar, de triste) depende de muchas circunstancias psicológicas, y hasta de factores extraños a la naturaleza de las personas.

RAMO FLORIDO. — Para endurecer las uñas se usa la siguiente pasta: Se disuelven en baño de maría cera blanca, 10 gramos; aceite de nueces, 10 gramos. Se añade 1 gramo de alumbre de roca y se mezcla bien. Cuando la pasta empiece a solidificarse, se añaden, mezclando siempre, 5 gotas de cloroformo. Esta pasta se ha de conservar en frascos bien tapados; se emplea por la noche después de haberse limpiado las uñas con limón. El limón, por sí propio, es gran fortificante de las uñas y además las mantiene limpias y brillantes, y evita la formación de cutículas en su superficie.

PORTEÑO. — El segundo premio nacional en letras le fué concedido últimamente a don Eleuterio Tiscornia por un estudio sobre el "Martín Fierro".

• •

LAURITA. — Existe, en efecto, un "Boletín Internacional de Bibliografía Argentina" editado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Puede usted solicitar los números publicados a la biblioteca y archivo de dicho ministerio, calle Defensa 126, Buenos Aires.

• •



Vista aérea de Santiago del Estero.

EL ARTE DE CONTESTAR

ITALIANO AFLIGIDO. — Uno de los años en que entraron al país más inmigrantes fué el 1913. La cifra fué realmente fantástica: 364.878. La guerra europea hizo que disminuyese notablemente el número de inmigrantes, al punto de que en ninguno de los años que duró la misma la cifra pasó de los 83.019, que fué el que marcó más (1915). Luego comenzó el repunte. En el año 1923 entraron ya 232.501 inmigrantes. En 1925, 209.873. Las primeras inmigraciones comenzaron en 1815. Rivadavia, durante su gobierno, fomentó mucho la entrada de extranjeros en el país. Rosas cerró los puertos a la inmigración.

• •

URUGUAYITA. — Rodó murió en 1917. El 13 de mayo de ese año.

• •

LLAMAS VIVAS. — El sagrario es la parte interior del templo en que se reservan o guardan las cosas sagradas, como ser: reliquias, objetos para el oficio, etc., etc. También se deposita en el mismo el Cristo sacramentado. Su confusión proviene probablemente del hecho de que en algunas catedrales se llama sagrario a la capilla que sirve de parroquia.

• •

CUATRO CONTRA TRES. — No hay textos que se refieran al caso en particular, pero es evidente que los hijos heredan características indubitables en los padres. Y nada más.

• •

FELIPE. — Una parte grande de la población paraguaya está constituída efectivamente por mestizos de blancos y guaraníes. 2º El régimen republicano es en esa nación unitario. 3º La índole de esta sección no nos permite discutir esas afirmaciones acerca del país hermano.

• •

TITA. SAN NICOLAS DE LOS ARROYOS. — El río más grande del mundo no es el Amazonas, como usted cree. Es el Mississippi-Missouri.

• •

MUSICOFILA. — Haydn no era alemán, sino austríaco. Nació en Rohrau.

• •

LUIS ACUÑA. PROLONGACION. SANTIAGO DEL ESTERO. — ¿Qué lugar ocupa la República Argentina en el mundo? No sabemos a qué razón geográfica se refiere, o qué clase de estadística desea saber. Una nación no ocupa "determinado" lugar con respecto a las otras, así, en bloque. Las hay de primer orden por su cultura, otras por su riqueza natural, otras por sus industrias, otras por su organización política, etc., etc. La Argentina es un país floreciente cuya futura grandeza impide, por lo mismo, hacer cálculos exactos sobre su presente, sujeto a los cambios de todo país en constante evolución. 2º La ciudad de Buenos Aires es la segunda del mundo latino en población (la primera es París), y por sus adelantos edilicios puede ser considerada, sin jactancia, como una de las primeras del universo.

EL QUE DESEA ILUSTRARSE. CORDOBA. — Patrón oro (también hay patrón plata y otros), por lo que le daremos una definición general, patrón oro o cualquier otro, es, pues, el metal que se toma como tipo para la valuación de la moneda de determinado sistema monetario. Esas palabras se pronuncian dándoles a las consonantes g y p el sonido independiente que tienen, pues consideramos que es un absurdo decir que hay letras sin sonidos.

● ●

RODOLFITO. — "Nota bene" quiere decir "nota", al margen de un escrito, o es una llamada para que se repare bien o se tenga presente una cosa que se dice o para agregar a consideraciones hechas otras que se consideren suplementarias a la misma. También la nota bene contiene aclaraciones, advertencias, etc., etc. Llama, en fin, la atención sobre particularidades del escrito.

● ●

MAR ARGENTINO. — **Diríjase a la oficina enroladora correspondiente a su distrito. En su libreta de enrolamiento encontrará las incaciones necesarias.**

● ●

CURIOSO PORTEÑO. — Coquear se designa a la costumbre que tienen los indios y habitantes, en general, del Valle Calchaquí de mascar hojas de coca. En el libro "Supersticiones y leyendas", de Ambrosetti, que usted podrá consultar en cualquier buena biblioteca pública, encontrará algunos datos interesantes acerca de cómo el folklore trata esa particularidad de los indios, y que nosotros no trascribimos aquí por falta de espacio.

● ●

RUDECINDO. — Una infusión de manzanilla y tilo, después de comer, ayuda a la digestión y evita los dolores intestinales o estomacales. Hay también "tés" compuestos por la mixtura de muchas hierbas, entre ellas el cedrón, el tomillo, la menta, la corteza de naranja, que hacen muy bien.

● ●

TERESITA. LANUS. — ¿Quiere usted tener sueños felices? No hay ninguna fórmula, humana o divina, para ejercer semejante poderío. La magia recomienda ciertas cosas, que le damos a título informativo, para que no crea usted que no nos preocupamos de servir a los lectores conforme a sus deseos. Dicen por su parte, las supersticiones, que sueña bien todo el año el que come una manzana reineta, por la noche, la víspera de San Juan. Escuchar música antes de dormir templa el espíritu y lo predispone a las ensoñaciones hermosas, así como no comer mucho, para evitar las "pesadillas", derivadas de las digestiones trabajosas. He aquí una fórmula "mágica", cuyo uso no le aseguramos que dé infalibles resultados: "Cuatro onzas de cañamones por media onza de opio sólido, añadiendo a esta mezcla un grano de almizcle y derramándolo todo en un vaso de vino generoso. Se moja un trapito en esta mezcla y se aplica sobre la frente antes de acostarse, húmedo. Mucho cuidado con beberla. Debe evitarse que alguna gota penetre en los ojos."

● ●

TIRSO. ADROGUE.—De Manuel Cidrón encontrará usted algo — no mucho, insistimos — en el libro de Cansinos Assens "La nueva literatura", que usted podrá consultar en cualquier biblioteca pública más o menos bien nutrida. Trátase del primer volumen de la serie. Su tratado de sociología criminal "La familia del golfo", no es completamente desconocido, y hasta nos aventuraríamos a afirmar que no ha circulado en el país. Diríjase a una buena librería, y si no lo tienen, haga por intermedio de ella el encargo a España.

● ●

CONFUNDIDO. — Imaginero quiere decir estatuario o pintor de imágenes. Por extensión, se le llama imaginero al que descuella en hacer imágenes literarias.

● ●

MOROCHA DEL LICEO. — Acerca de "plega" y "pluguiera", a los efectos de su monografía sobre significado de los tiempos del verbo, nos remitimos a lo que dice Bello en su gramática: "Cualquiera percibirá la diferencia entre "plega" y pluguiera". Plega a Dios que sus fatigas sean recompensadas, sólo puede decirse cuando se abriga alguna esperanza de que se logrará la recompensa. Pero pluguiera a Dios que aún viviese, no puede decirse, sino de una persona que se supone ha muerto."

● ●

TRES SANTAFECINOS. — El "acta de fundación de Santa Fe, por Juan de Garay, no es el acta de fundación de Santa Fe". Esta afirmación que parece pirandellina, tiene su verdad histórica en que apoyarse. La "Santa Fe" del acta, es la que hoy tiene el nombre de Callastá, a 16 leguas al Norte de la Santa Fe actual.

CAMPEON VARITA. — Depósito de contraventores de Santa Fe. Horóscopo de los nacidos el 25 de mayo: Sol en Géminis. Géminis suele favorecer las herencias y las posiciones elevadas. Su día dice: negocios excelentes. Muchas pasiones. Puede perderlo todo de golpe. Piedra que influirá más en su destino: topacio.

Sendas escabrosas

(Continuación de la página 25)

ahogar el grito que pugnaba por salir de su garganta. Debió suponer que él se iría después de lo pasado. Sin embargo, le quedaba aún una esperanza y observaba todos sus movimientos con ojos ensombrecidos de desesperación.

Él se volvió y fué hacia ella. Evitó mirarla en los ojos. Se quedó de pie junto a Josefina, tomando entre las suyas sus manos. No apartaba sus ojos de ellas. Luego se inclinó y depositó un beso en cada una de las palmas.

— Regresaré tan pronto como me sea posible — díjole al tiempo que abandonaba las manos de la muchacha.

— ¿Adónde va usted?

Cuando él contestó, su voz parecía la de un viejo.

— A preparar una coartada.

CAPITULO XIX

Pedro Holden abandonó la prisión y tomó asiento en su auto. Tomó la dirección del Central Park. Estaba completamente desconcertado, pues sabía que Josefina no tenía amigos a quienes recurrir; de manera que no le quedaba otro recurso que acudir a los propios. Habiendo llegado a esa conclusión, cambió de rumbo y tomó nuevamente hacia la ciudad. Juan Dager, a quien él conoció en sus años de estudiante, habíase convertido en un excelente abogado criminalista. Era a él a quien iría a ver en busca de ayuda.

Como lo pensó, lo hizo, y así, sin enterarse si estaba o no en su estudio, se dirigió a casa de su amigo. Cuando llegó, la doncella lo hizo pasar inmediatamente.

— Pero ¿es usted, viejo amigo Holden? — interrogó, sonriendo, Dager. — ¿Qué tomará usted? ¿Un Manhattan?... ¿Y qué tal va el abogado criminalista? ¿Acaso está usted tratando de robarme los clientes? — Dager se mostraba charlatán y jovial, pero Holden no tenía oídos para las palabras de su amigo. Y éste, al notar la expresión del rostro de Holden, enarcó las cejas y preguntó:

— ¿Van mal las cosas?

— Ando de compras — le respondió Pedro con amargura.

— ¿De compras?

— Sí. Necesito una coartada sumamente eficaz.

Dager se echó atrás en la silla y rió a carcajadas.

— Pedro, es usted un enigma. Nunca me hubiera podido imaginar que llegaría este día. ¿Recuerda usted todas las cosas que solía decirme sobre mis estimados clientes?

El amigo Dager estaba demasiado distraído con su propia alegría para notar el estado de ánimo en que se encontraba Holden.

— ¿Qué es lo que le ocurre? ¿Resultó, acaso, que la pelirroja esa no es tan pura como suponía?

Se quedó estupefacto ante la expresión de dolor que se apoderó de las facciones de su joven amigo.

— ¡Cuánto lo siento! Dispénseme usted y cuénteme qué es lo que le sucede.

— ¿Ha leído usted algo del caso? — pudo preguntar Holden.

— Sí. Es bastante interesante. Y la muchacha debe ser un tipo común.

— Lo es.

— Pero ¿no puede explicar dónde estuvo durante esas cuatro semanas?

— Puede, y lo ha hecho. Es ahí justamente donde está toda la dificultad.

— ¿De modo que estaban juntos en un escondrijo?

Holden asintió. Dager se repantigó en el asiento.

— Voy a hacer un pequeño discurso — dijo mirando a su amigo. Holden hizo un ademán de impaciencia con la mano.

— No me interrumpa usted. Tiene relación con este asunto. Tengo mucha experiencia en criminología. Las coartadas suelen ser de gran utilidad, pero a veces resultan muy mal si son manufacturadas...

— Estoy en un atolladero y tengo que conseguir su libertad.

— ¿Cómo se llamaba el profesor aquél, en Princeton, que nos decía que no debíamos tomar a pecho los asuntos de nuestros clientes? — preguntó Dager socarronamente.

— No puedo evitarlo. Es tan sólo una criatura. No tiene amigos. Y esa banda es bastante peligrosa.

— Comprendo. — Dager comenzó a hablar y Pedro a escuchar. La coartada estaba tomando forma. Dager dábale algunos buenos consejos.

— Puedo conseguir que un médico que conozco certifique que ella estaba enferma, demasiado enferma para soportar cualquier clase de investigación. Todo será muy simple. ¿Cuánto tiempo tenemos?

— El proceso se iniciará el lunes por la mañana.

— Y hoy es viernes.

— Es por eso justamente que estoy desesperado.

— Usted tendrá que aleccionarla bien. No quiero que nadie se entere de que ha solicitado mi cooperación. Conozco a personas de influencia, pero es preferible que usted simule trabajar solo.

(Continúa en la página 61)

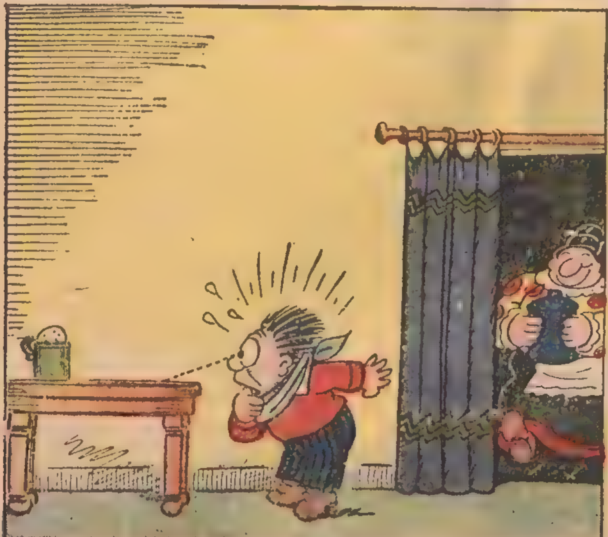
LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

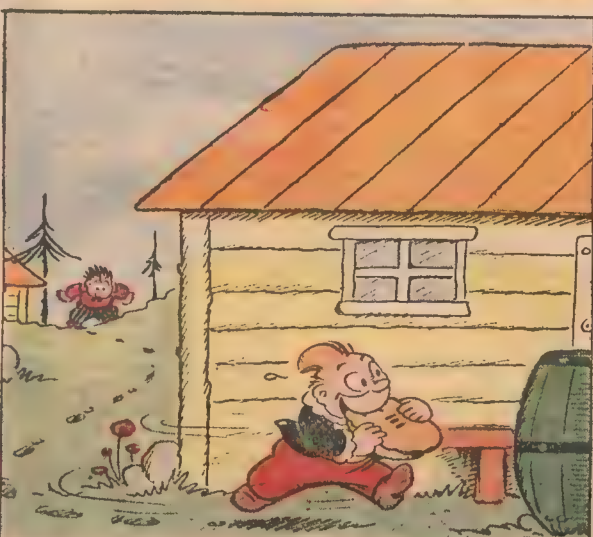
Por KNERR



























RELATOS INVEROSIMILES

La DENTADURA MARAVILLOSA

Por

LORIBAN PETISEN



CUADRO I

Al enfrentarse en el andén de Constitución, no obstante la premura acuciadora con que el ritmo ferroviario electriza las extremidades, Deodoro Magani se detuvo, y asiendo de las solapas a su viejo correligionario Arturo L. Capdove:

—¿Estás enfermo? — le preguntó a quemarropa.

El interrogante era vacuo y así lo creyó la víctima, dejándose escudriñar silencioso, a través del iris donde concentraba la lupa su antagonista.

—Estás seco, Capdove... ¿Qué te pasa?... Habrás perdido tus buenos diez o quince kilogramos.

—Once y medio — contestó, consultando el librito de apuntes sobre sus malfeítas crónicas. — ¿Qué voy a hacer?

—Cuidarte.

—Vivo para eso.

—Pues lo disimulas.

—Estoy ahito de doctores y medicamentos.



—¿En qué tren vas a Quilmes?

—En el rápido de las 8 y 41.

—Otro si digo. Tenemos tiempo de sobra.

Y se radicaron en el buffet. Don Deodoro ante un "White Horse" y don Arturo L. ante la sobresaturación de sus angustias.

—Al principio del último verano me atacó el pénfigo. Ampollas como huevo de perdiz, en la espalda, en los brazos, en los..., etc. Un líquido seroso..., ¡puah!..., y el bisturí cortándome todo. El médico, atribuyéndolo a una amibiasis crónica, sometióme a un régimen de polvos de yatren, té sólo y naranjas. Perdí cuatro kilos y la amistad con el médico, un perfecto animal. Consulté con otro. "Usted es un hepático como yo." (Menos mál, pensé, nos moriremos juntos.) "Póngase a leche; dieta láctea y nada más durante un semestre." Perdí otros tres kilos. Me recomendaron al doctor Nasute, de Bernal. Me dijo: "Lo van a matar. Usted no es enfrítico, ni hepático ni colítico. Usted es un hirperclorídrico. Aquí está su régimen: suero de caballo, pan de maíz, arroz con leche sin azúcar, muchos limones, supresión de carnes. Váyase tranquilo." Esta supresión se tradujo en cuatro kilos y medio en contra. Así estoy: enjuto, verdoso, el cuello de la camisa enorme, nadando en la pretina. Como nada, apenas duermo. Para colmo, una piorrea alveolar me trae los dientes movedizos como teclado de bandoneón.

—¡Hubieras empezado por allí, viejo!... Te notaba una gran dificultad al hablar. ¡Con razón!

—Hasta los colmillos y las cordales me tiemblan.

—¡Estás salvado, entonces! Mi consejo es único y lo acatarás. En el viaje te contaré el caso de una cuñada. Es otra persona desde que cambió los dientes; es decir, los propios por los postizos. ¡Vamos, sale el tren!

Y en aquel rápido salieron los dicentes hacia sus domicilios.

CUADRO II

—Sí, señor. Conformes. No faltaba más. El señor Magani es un buen cliente y amigo. Si usted sufre molestias con la dentadura, pásese por el consultorio a cualquier hora. Cuesta acostumbrarse. ¡En fin! Estoy convencido que se curará radicalmente de esas afecciones imaginarias gracias a una perfecta masticación. Este dispositivo — última palabra de los fabricantes de Detroit — es fantástico. Son dentaduras — si me perdona la exageración — capaces de masticar solas.

Y abriendo la puerta con medida parsimonia, el optimista odontólogo despidió a don Arturo L. con esa fácil sonrisa que involucran después en los honorarios.

CUADRO III

En el movimiento de la balanza el triste Capdove anota otro débito de tres kilos en la quincena de la inauguración del aparato.

La autosugestión, al comienzo, elevóle el ánimo. Sentíase penígero y jovial. La gloria de la salud entrevista, como puñado de incienso en las brasas, duró apenas. Recurrió al suero equino, al arroz sin leche, a los limones, a la lactobacilina...

Cada día peor; desfalleciendo por un bostezo y al borde del coma por un estornudo.

—¡Malo, malo! — decíase frente al espejo, en éxtasis. — La dentadura será muy buena; pero ¿para qué me sirve si no como? El diafragma, írrito como buen radical del Parque. El estómago empequeñeciéndoseme. Las náuseas, como amigo sin empleo, no me abandonan. Y esta soledad de solterón... ¡Y estas noches tan largas!...

Y en una reminiscencia inexplicable en un dispéptico pero hombre de buen gusto, repitió inconscientemente el romántico acorde:

> "¡Para vivir penando
> prefiero morir!"

El musical anhelo de liberarse tendió a sus pies un camino de flores hacia el otro mundo.

Desvistióse exánime; vistióse el pijama; despreciativamente se arrancó la dentadura colocándola en un vaso sobre la mesa de luz; apagó la eléctrica, y contra lógicas presunciones, un sueño profundo se hizo propietario de todo su ser.



Sordos ronquidos intermitentes estremecían el rostro placentero.

CUADRO IV

La de la aurora sería cuando los parásitos intestinales ofrecieron combate al durmiente retornándolo a la vigilia.

Sudores helados inundáronle la frente y las yemas; un temblor sísmico generalizado doblególe como caña de bambú; el dormitorio poblóse de nóminas disfrazadas de específicos, termómetros y esófagos, y en el techo apareció inscripta, con sus once renglones triangulares, un incógnito abracadabras.

Capdove oyó que le cantaban las diez de últimas. Eran las cinco.

En un espasmo salvador obtuvo la perilla, que irradiando luces, puso en derrota



al escuadrón de gnomos "en travesti", circunstancia que aprovechó para largarse de la cama.

Un falso y terrible dolor de muelas — como les ocurre a los amputados — desvió sus preocupaciones de moribundo, y el tenaz aviso, como índice acusador, señalóle la copa donde el aparato le estaría sonriendo.

Capdove tuvo una idea canalla de pronóstico reservado, y sumergió los dedos en la copa; pero la dentadura había desaparecido.

CUADRO V

—Vea, mozo, a mí me trae una "grape fruit", jamón de York y pavita con ensalada rusa; después me hace preparar un "gigot de mouton aux firpes herbes" "un petit filet de brótola a la mayonaise" y "pour finirunebelle poire a la Melba", y ¿vos, Deodoro?

—Ya he pedido, Arturo. No se olvide, garçon; bien asado ese lomo.

—Ouí, msieur.

Y los correligionarios, ante la blanca mesa del gran hotel Lúculo, se enviaron al interior sendos copetines augurales de una magna tenida.

—Cada vez que recuerdo tu caso, no sé si reírme — dijo Deodoro levantando a la altura del ojo el cuchillo con la punta mantecada.

—Piensa lo que quieras. Lo importante es que ahora soy un hombre sano... ¡Al demonio las enfermedades!

—Tu menú lo certifica.

—Este régimen, ¡vaya si me sienta!

—¡Msieur, voilá!

—Merci.

Y cuando hubieron gustado el bouquet "d'un ancien cognac 1870", especialidad de la casa, don Deodoro Magani y don Arturo L. Capdove se partieron a refrescar su optimismo por los jardines de la Exposición Rural.

CUADRO ULTIMO

Como ocurre en las películas, dieron de manos a boca con el doctor Alvéolis, el odontólogo, que por afición a la apicultura estudiaba allí el desenvolvimiento del totolate y el mejor sistema de extirpación indoloro.

Fué necesario que Magani le presentara como artículo novedoso a don Arturo, ante quien el doctor Alvéolis lanzó una exclamación salpicante, seguida de las excusas de moda.

En efecto; la transformación favorable de Capdove: tórax insolente, ojos de acero, omoplatos de estibador, piernas de ñandubay, podía servir de modelo a una escultura de Riganelli.

¿Dónde el Capdove de aquellas mandíbulas cesantes, hombros descendentes, estómago fugitivo, entrecejo inmóvil como letrero de alquiler, mirar chotuno?

El dentista le abrazó a fondo. Tal maravilla escultórica era obra suya.

—¿Qué le dije, amigo? — musitaba sollozante de gozo. — ¿Qué me dice, Magani?... ¡Qué caso colosal!... ¡Qué transfiguración!... ¡Obra mía!... ¡Obra mía!...

—Así es — respiró Capdove.

—¿Por qué no le haces el cuento, Arturo?

—No lo creerá.

—¿Cómo es la cosa? — curioseó Alvéolis.

Y a requerimiento de ambos, Capdove dijo:

—Usted, doctor, es una de las tantas personas con que tropiezo y a quien causo esta impresión. Usted me ha visto y me ve; soy otro, y ¿por qué negarlo? A su maravilloso dispositivo debo mi felicidad.

Tras una pausa y una mirada al cielo, agregó:

—Una noche — hace poco, — noche de pesadilla en la que creí morir, me desperté sobresaltado y febriciente con un espantoso dolor de muelas... Ríase, nomás... Tenía por costumbre quitarme el aparato y guardarlo en una copa. Lo usaba durante el trabajo por no mostrarme desdentado ante el público, y nada más. Había perdido el apetito de modo irreparable: como una banca de diputado, anterior al 6 de septiembre. Tales pesadillas eran sintomatológicas: mi fin estaba próximo, sin duda. Hético, reseco, insomne, neurasténico, andaba por ahí — como dice éste, — con permiso del administrador de la Recoleta.

"Pero esa noche, al despertarme con aquel dolor estúpido, resolví tragarme la dentadura, de rabia a ella y a usted.

"En la copa no estaba, y, sin embargo, no podía estar en otra parte. Mi seguridad era obsoluta. La busqué por todos los rincones. Hice levantar al fámulo que me creyó loco. Todo fué inútil. Por algunos detalles presumimos la visita de un ladrón, y al apresto telefoneamos a la policía.

"Pocó duró la inquietud. Uno de los pesquisas, al introducirse sigilosamente en el antecomedor donde se guardan conservas y vituallas, comenzó a dar voces.

"Precipitámonos en su ayuda, y héte aquí el cuadro: mi dentadura sobre la mesa, con fruición desconocida, masticaba un soberbio trozo de matambre. ¡Lo que usted, mi sabio doctor, me dijera en broma!"

—Claro. El dispositivo trabajaba de noche.

—Y yo no tenía hambre nunca. Comprendí entonces. Y ante la algazara de los polizontes me puse el aparato y "liquidé" el matambre por mi cuenta y orden. Los resultados de mi resolución están de manifiesto.

Y agregó entre paréntesis:

—Los muchachos del departamento me robaron del departamento un cajón de champagne. Supongo que se lo bebieron a mi salud.

FIN

Hojeando los últimos Libros

Comentarios de LUCAS GODOY

RAMON J. CARCANO: "800.000 ANALFABETOS"

Editor "Roldán" — Buenos Aires

El guarismo aterrador indica desde la portada el carácter ante todo práctico del pequeño libro del doctor Cárcano. Impresionado por el contraste entre el nivel de instrucción de los centros urbanos y el estado de la población rural diseminada, el doctor Cárcano propone arrancar a la escuela rural de su abandono actual y dotarla de "un programa escolar que concentre en las tareas de la vida del campo los más nobles temas de la vida del hombre".



Ramón J. Cárcano

El programa se inspiraría en la necesidad de establecer una íntima relación entre la vida del niño y su medio habitual, buscando un mayor bienestar para el primero y un progreso para el segundo; cuidar de la alimentación sana y suficiente, no como una obra de beneficencia, sino como un deber social; mantener un perfecto equilibrio entre los trabajos rurales y los conocimientos intelectuales, y fomentar el amor de la tierra nativa "exaltando el orgullo en la virilidad y aptitudes de la familia argentina".

Para la realización de ese programa, el doctor Cárcano propone la creación de aldeas escolares como verdaderos centros sociales de nueva instrucción y educación.

En la exposición del programa y del proyecto el doctor Cárcano va haciendo desfilar cifras y documentos. Dentro de la sobriedad de la narración, este pequeño libro del doctor Cárcano puede resultar de eficacia no dudosa. En vez de tantas escuelas monumentales, para asombrar a los visitantes extranjeros, sería mejor tener al alcance de los ojos algunas de las fotografías que muestra "800.000 analfabetos". Convendría quizá más que todas las músicas y las declamaciones.

VICENTE DAVILA: "BIOGRAFIA DE MIRANDA"

Con motivo de la inauguración del busto en mármol del "precursor" Miranda en el edificio de la Unión Panamericana de Washington, a mediados de abril del corriente año, se le encargó a don Vicente Dávila, conocedor profundo del archivo de Miranda, la redacción de una sucinta biografía del prócer.

Tarea relativamente fácil para un historiador tan familiarizado con su héroe, pero erizada de dificultades por la complejidad de la figura, lo enmarañado de su vida, los contrastes de su destino.

No hace mucho tiempo, el señor Carlos Pueyrredón evocó entre nosotros algunos fragmentos de su vida. El libro del señor Pueyrredón, "En tiempo de los virreyes", no aludía a Miranda sino en el subtítulo. No era ni mucho menos una biografía del "precursor". Y a fe que está haciendo falta. En inglés existe, desde 1929, una minuciosa "Life of Miranda", escrita por William Spence Robertson, en dos tomos en octavo, editados por la Universidad de Carolina del Norte. No ha sido hasta hoy traducida al castellano que yo sepa. Nadie mejor que Dávila para acometer una empresa que Spence Robertson ha realizado nada más que en las líneas generales.

De los sesenta y tres tomos del archivo de Miranda, Dávila ha dirigido la publicación de cuarenta y tres. Conoce en sus menores detalles la vida del patricio, y si con la publicación del archivo ha realizado ya una labor enorme, ésta no será completa sin el libro luminoso que haga surgir al Miranda viviente de entre la documentación forragosa y casi siempre inaccesible.

Está en ello no sólo el interés nacional de la Gran Colombia, justamente orgullosa de la trilogía ilustre — Miranda, Bolívar, Santander, — sino también el interés continental de toda América, que encontraría con seguridad en ese libro más de un problema resuelto, más de un enigma descifrado. Directamente, o por intermedio de sus emisarios, no hay rincón de la América prerrevolucionaria que no le deba a Miranda una incitación o un ejemplo. El brevísimo itinerario que Vicente Dávila nos envía ahora no hace más que obligarlo públicamente a la realización de una obra que toda América aguarda.

La condena de un inocente

(Continuación de la página 53)

bernero Lespagne, o por las amenazas del alcalde, o de los que malquerían al maestro, el hecho es que la justicia quedó sujeta en la sutil malla de calumnias y su veredicto fué fatal para Lesnier. El maestro inocente fué condenado a trabajos forzados por tiempo indeterminado.

CAMINO DEL PRESIDIO...

El 11 de agosto de 1848 la Corte de Casación rechazó el recurso de apelación, y Lesnier tuvo que vestir el traje de los presidiarios. Pero antes de partir para cumplir la terrible condena, escribió varias cartas dirigidas a los que, por negligencia o maldad, habían contribuído a su perdición. Al procurador general Troplong decíale lo siguiente: "El juez de instrucción David ha procedido en una forma infame contra mi persona. Amenazó con encarcelar a todos los testigos que declararan en mi favor." Al procurador Lacaze le expresaba: "No habéis tenido contra mí ningún cargo; pero en una partida de caza en Fieu, a la que fuisteis invitado por León Lacrompe, habéis recogido de boca de este último toda suerte de calumnias y mentiras en perjuicio mío." Al presidente del tribunal: "Me habéis asesinado de una manera legal. Me habéis condenado sin escucharme. Habéis engañado al jurado y a vuestra conciencia."

Algún tiempo después escribía lo siguiente a su desventurado padre: "Has hecho todo lo que se podía hacer, y aun más. Desgraciadamente, el éxito no ha coronado tu perseverancia. Es muy difícil arrancar del presidio a un hombre que ha sido condenado. Bien sé que la única gracia que obtendré en el presidio será lo que me acuerden por mi buena conducta y después de mucho padecer..."

Sin embargo, para el desdichado e inocente maestro no estaba todo perdido. Quedaba su padre para luchar desesperadamente por la libertad y probar la tremenda injusticia que se había cometido.

LA INVESTIGACIÓN DEL PROCURADOR IMPERIAL

El 14 de mayo de 1853 las autoridades nombraron un nuevo procurador en Liburnia. Llamábase Charaudeau, y no había cumplido todavía los veinte y nueve años.

Ante este joven magistrado prosiguió el padre de Lesnier sus empeñosas gestiones a fin de obtener una amplia revisión del proceso. Charaudeau, después de haber escuchado el relato del anciano Lesnier, se dispuso a tomar a su cargo la pesada tarea reivindicatoria. Era necesario proceder con mucha pre-

(Continúa en la página 64)

Sendas escabrosas

(Continuación de la pág. 57)

Holden asintió comprensivamente.

—Ahora váyase a su casa y descanse. Mañana por la mañana ultimaremos los detalles y usted comenzará a instruir a su clienta. Ello será un excelente lenitivo para la muchacha, pues la alejará de la monotonía de los interrogatorios diarios.

Y fué así que a instancias de su amigo decidió Pedro aceptar el consejo e irse a descansar. Mientras se dirigía al departamento de su madre, se preguntaba si podría entrar sin ser visto.

Craig abrió la puerta en respuesta a su llamado.

—La señora lo espera—díjole respetuosamente el mayordomo.

Holden vaciló. Le parecía que no le sería posible hablar con su madre en ese momento. Inconscientemente comenzó a temer el instante en que se hallaría solo en su habitación.

"¡Pues la quiero! No importa lo que sea. ¡La adoro!", se decía al dirigirse a las habitaciones de su madre, aunque el sólo pensar en ello lo llenaba de un miedo desconocido. No era que la amara menos, no; solamente experimentaba un temor terrible por el futuro de ambos.

"¿Podré llegar a olvidar este asunto algún día?", se preguntaba pensando en Merkle. Éste es el tipo de hombre del cual cualquier muchacha puede llegar a enamorarse. "¡Pero no, Josefina", gritábale su corazón. Habiendo llegado a la puerta, se detuvo y golpeó suavemente.

La señora de Holden, tendida negligentemente en un diván y envuelta en un suntuoso "negligee" de satin azul, sonrió a su hijo.

—Ven aquí, pícaro, y dame un beso—le ordenó cariñosamente.—No has venido a verme desde hace varios días. Me alegraré mucho cuando haya terminado todo ese asunto... Te extraño más de lo que te imaginas, Pedro.

Le sonrió bondadosamente, mientras que su hijo tomaba asiento en el extremo del diván.

—¿Ha estado Cristina molestándote otra vez?—le preguntó la madre en tono jovial.

—No, gracias a ti—él respondióle, tratando de sonreír.—Estás muy elegante esta noche, mamá.

La madre sacudió la cabeza.

—Te estás poniendo poco comunicativo—reprochó ella, colocándole una mano sobre el brazo.—Hace varios días que vengo observándote. Ya sabes que cualquier cosa que hagas estará siempre bien para mí.—Hizo una pausa, y luego prosiguió:—Ciertos chismes han llegado a mis oídos, y aun cuando sé que no tienen fundamento alguno, es necesario que andes con cuidado.

Sonrió a su hijo, aunque un poco temerosamente. Pedro no le había causado nunca un momento de intranquilidad. Muchas veces ella había hecho alarde de ello. Jimmie, por el contrario, siempre andaba mezclado en uno u otro asunto que la ponía nerviosa. Pero Pedro jamás. Trató de alejar todo mal pensamiento de su mente. Conocía demasiado bien a su hijo para temer por su conducta. No obstante, díjole:

—Sabes que la gente está dispuesta siempre a interpretar mal los motivos más decentes.

Él se rió de las aprensiones de su madre.

—¿Conque quieres decirme que la gente anda ocupada tejiendo fantasías alrededor del interés que me he tomado por mi nueva clienta?—preguntó él, sonriendo y tratando de vencerla con su franqueza.

Un rubor leve se extendió por las mejillas de la señora de Holden.

—Es que lo están haciendo, Pedro, y muy seriamente—díjole con voz forzada.—Tú y yo sabemos que eso es absurdo.

Él guardó silencio. En los ojos de la madre apareció una expresión de alarma, pero haciendo un gran esfuerzo, consiguió mantener su voz tranquila al decir:

—Estaría dispuesta a aceptar una corista, aun una camarera; pero mujer de mundo como soy, no podría nunca aceptar una...

—¡Mamá, dejemos esta conversación!—exclamó él tomándole cariñosamente una mano.—Puedes estar tranquila: no he de hacerte avergonzar. Olvídate de esto y ten confianza en mí.—Así diciendo, se incorporó, inclinándose para darle un beso.

Su madre parecía tan afligida y preocupada, que Pedro sintió un gran remordimiento. Ahora sabía lo que era sufrir por las penas de los demás.

—Ten confianza en mí, mamá—le dijo, dándole una cariñosa palmadita en el hombro.—No te preocupes de mí.—Su voz tenía un sonido hueco.

—¿Cristina y tú han vuelto a reñir?

—¿Cristina?—Holden apenas si sabía de quién le hablaba.—Te pido mil perdones. No pensé en lo que me estabas diciendo...

—Solamente deseo verlos felices a ustedes.

—¡Sí, felices!—La voz del hijo la petrificó; pero supo esconder bien lo que sentía en ese momento.

Lo miró dulcemente durante algunos segundos, y luego dijo:

—Cristina me habló días pasados y me dijo que la encantaría casarse en el mes de octubre.

El hijo tardó algunos minutos en contestar.

—No hablaremos de eso esta noche...

—¿Cuándo la viste por última vez?

—No me acuerdo... El martes o el miércoles...

—Hijo mío, como novio no eres demasiado impetuoso o devoto que digamos...

—Hablaremos de eso en otro momento. Esta noche estoy muy cansado...

Después que el hijo se hubo retirado, la madre permaneció acostada en el diván durante mucho tiempo, sin moverse. Ahora estaba convencida de que Cristina tenía razón. Algo había ocurrido. Pedro estaba cambiado. Ya no se mostraba interesado por Cristina. Torturó su mente tratando de encontrar algún plan que le permitiera arreglar las cosas. A ella nada le importaba con quién se casaría Pedro, con tal de que fuera feliz, pero no podía ver nada bueno en el futuro de su hijo y de esa mujer... Amanecía cuando pensó que tenía que dormir.

Si ella había pasado una noche intranquila, no podía decirse menos de Josefina, quien, en su estrecho camastro, en la no menos estrecha celda, había permanecido inmóvil toda la noche, sintiéndose horriblemente paralizada y asustada. Había perdido a Pedro. De eso estaba segura. En lo demás, ni siquiera quería pensar.

Mientras, Pedro, rendido, había logrado dormirse sólo para soñar con la coartada que habría de salvar a Josefina. Era algo perfecto, madurado por sus manos amantes. Pero en su sueño, cuando Josefina pasaba a ocupar el sitial de los testigos, se olvidaba de todo lo que él le enseñara con tanto empeño y amor. Después, sentado junto a su amada, oyó al presidente del jurado emitir el veredicto: "Culpable por asesinato en primer grado."

(Continúa en el próximo número.)



CARGA de

MADRUGADA turbia.

Bajo los arcos de las plazas se han cobijado las nieblas, ateridas, buscando las rendijas de las puertas para entrar en las casas. ¡Ah, si pudieran llegar hasta los dormitorios! ¡Qué abrigaditas estarían allí!

Elvia había pasado la noche esperándole. A las doce, cuando él debería llegar, ya ella presintió que no llegaría. ¡Como tantas veces! Las campanadas adormecidas, tiernas, del reloj de sonería, perforaron delicadamente el alma de Elvia por doce sitios. Encontraba cursi esta sensación, pero no podía libertarse de ella: su alma se le aparecía doce veces agujereada y escapándose de sí misma por los doce agujeros.

A las dos ya no quería ni saber la hora. ¿Para qué, con el alma tan vacía, tan llena de arrugas? Estaba tirada oblicuamente en la *chaise-longue*, en triple escorzo de la cabeza, el busto y las piernas. La *robe* habíase abierto y plegado forzadamente. Un brazo se estiraba. El otro, liberto, caía sin ánimo, como un guante colgado.

En esta absoluta postración de sus ansias dieron las cuatro. El reloj, implacable, medía la vida que Elvia creía no tener ya. Las campanadas penetraban certeramente por las perforaciones de su alma, que iba así rellenándose de tiempo, de tiempo nada más. ¡Y cómo pesaba!

Otra hora. Elvia no era ya más que una carga de tiempo. Lo sentía, como un peso abrumador, en todas sus entrañas. Probó a levantarse, pero una indomable gravitación tiraba de ella hacia abajo. Sus miembros no respondían con el menor intento a la débil voz de su voluntad. Quiso alzar la cabeza, y sintió en el cuello un dolor agudo. Tuvo la impresión de que ya nunca podría poner la cabeza derecha.

Al fin, alcanzando difícilmente el botón del timbre, llamó a la sirvienta... Y creyó en el milagro cuando se encontró de pie y sin haberse roto por ninguna parte.

El baño y un té bien caliente aliviaron un poco su carga. Estaba aún llena de tiempo, más ligero, como si el té lo hubiera disuelto. Entonces, reanimada, resolvió salir a la calle, a ver si encontraba dónde dejar aquello...

Pero ¿dónde se deja una carga de tiempo a las cinco de la mañana, cuando el día empieza apenas a gastarse, cuando está rico de tiempo?

De noche, cerca de las doce, cuando un día se agota, cuando hasta las manecillas de los relojes parece que aspiran a no llegar nunca, y se buscan para formar el haz de resistencia contra la muerte... ¡Entonces, sí, hay tanta gente a quien dar o tantos lugares donde dejar una caridad de tiempo! Al café que se va a cerrar, al hombre que no tiene con qué pagar el hotel y pretende estirar las horas activas, al que ya no espera nada, al que se apura por algo...

¡Pero a las cinco de la mañana!... ¿Qué era la ciudad a las cinco de la mañana? ¿Qué generosidad ni qué confidencias se podían tener con una cosa callada y gris, embrionaria, informe?...

Elvia había espiado desde su balcón el paso de un taxímetro libre y lo había detenido.

Recorría la ciudad lentamente, mirando a través del vidrio y viendo sólo cierres metálicos grises, paredes grises, aire gris, y a las puertas de las casas, tachos grises en los que el día anterior había dejado caer sus residuos.

Mordida por la rabia del amor decepcionado, recordaba a Luis, el inconstante a quien debía su noche de horrible insomnio, y lo veía también gris, como un tacho grande a la puerta de cualquier cabaret, lleno de residuos de champán o de manzanilla, de residuos de amor, de residuos de mujer... ¡Qué asco!

No obstante daba al chauffeur direcciones que tendían a encontrar a Luis. Pero sólo veía pasar, en alguno que otro coche, mujeres ya desparejadas y despintadas, con los ojos irritados y la cabeza buscando el hombro.

Cansada de recorrer calles, se hizo condu-



Las campanadas adormecidas, tiernas, del reloj de sonería perforaron delicadamente el alma de Elvia...

TIEMPO

se lleva en el alma cuando la vida la mancha con sus falsedades y sus impurezas.



Un cuento de MARCIAL de LAIGLESIA

cir a la Plaza de Mayo. ¡Qué gris la Casa Rosada también! Y la estatua de la Libertad... ¡y todo, todo!

De pronto, el ruido de un cierre metálico que se alzaba le produjo un movimiento de alegría. ¡Empezaba la vida! Pero al volver la cabeza ¡qué ridiculez, qué mísera vulgaridad! ¡Interesarle la vida que empezaba por un bar automático! Eso, si se podía llamar conmienzo a aquello; porque el cierre apenas se había alzado dos cuartas del suelo, y allí se había detenido vergonzosamente. Por la breve abertura, la palma de una escoba pasaba y repasaba sobre las baldosas encharcadas. Parecía la lengua de un gato hambriento y gigantesco que lamiese los residuos del bar.

¡Qué miserablemente sucia es una gran ciudad a la hora turbia de la madrugada! Escobas, tachos, mujeres ajadas, con cara de luna empañada; hombres escuálidos rascándose en los quicios; camiones municipales de limpieza, que dejan tras de sí una atmósfera de putrefacción...

—¡A casa, a casa otra vez!

Pero un automóvil de golfemia se divisó en dirección opuesta. Por las ventanillas salían brazos laxos de mujeres y de hombres. Algunos chillidos, mezclados con voces enronquecidas, embadurnaron el aire al pasar.

—Sígalo —dijo al chauffeur.

Había visto los cabellos negros de Luis abiertos en colgajos, como trapos sucios caídos sobre la frente.

El automóvil vigilado se detuvo en una calle cualquiera, frente a una casa vulgar. La portezuela se abrió violentamente, abandonada a destiempo, y quedó haciendo un movimiento de vaivén sobre los goznes. Salió una mujer. El gris de la mañana se resintió de agravios al envolver aquel rostro, cuyas facciones se apagaban entre el negro de las cejas y el rojo de los labios.

—¡Adiós, adiós!...

Quería ser alegre la despedida. Extendido el brazo, la mano se movía como un gallardete. Pero no respondía la garganta. Las sílabas se arrastraban con aspereza. Sólo al pasar la *i*, surgía el brillo de un grito:

—¡I..., i..., i...!

Del coche ya no le hacían caso. Unas manos se movían, sin alma, en la ventanilla, como un aleteo de aves heridas.

La mujer introdujo una llave en la cerradura de una puerta, mientras, colgado de su brazo, barría el suelo una écharpe azul, entristecida como una rama de sauce.

Más allá, en otra calle, salió del coche un hombre hablando cínicamente:

—*Chau,* muchachos. Y no lo *fajéis* al chauffeur.

Después se acercó a éste:

—*Mirá,* viejo. Esta noche hemos sido unos pebetes. No hemos *faltao* a nadie. Ni a vos. Pero *andá* tranquilo, que otra vez será. ¡Viva el caudillo!

Dos estaciones más, y ya sólo quedaba Luis en el coche.

Elvia empezó a sentir que su carga de tiempo se removía con demasiada violencia. ¡Oh, ya no podía con ella! Mezclada ahora con el agrio alcohol del espectáculo que venía espiando, se ensanchaba en vapores densos, que eran fiebre en la frente, lagrimeo en los ojos y cansancio en todo el cuerpo. ¡Un tacho, por Dios! ¡Un gran tacho para dejar aquello y poder retornar a su casa un poco limpia!

—Alcáncelo, chauffeur.

El chauffeur aceleró.

....

Los dos automóviles corrieron carrera cinematográfica en varias cuadras francas de agentes de tráfico. El borracho del auto delantero había percibido la presencia de Elvia, y acurrucándose en un rincón del asiento, había ordenado con jocunda ronquera:

—*¡Metéle, jokey,* que viene *Leguisamo!*

Hecho un bolo, reía infantilmente la cobardía de su vino. Y se quedó dormido.

El chauffeur ya no recibía órdenes. No sabía por dónde seguir. Poco a poco fué retardando la marcha.

El automóvil de Elvia lo alcanzó a nivel de unos terrenos baldíos y encharcados. Allí, la indecisión del otro conductor había terminado con un movimiento de freno.

Elvia mandó parar también. Estirando el cuello por la ventanilla, vió por vigésima vez la masa de podredumbre que solía cargar su alma de tiempo. ¡Qué repugnante! ¡Una noche de infidelidad con mujeres que ya no podían amar, con amigos que lo abandonaban a todo accidente y a todo gasto, para terminar en piltrafa!

Descendió del automóvil. Se quitó los guantes, las blancas urnas de sus manos dignas.

Dudó aún... ¡Pero se sentía tan abrumada por el tiempo de aquel amor, tan sucia de las miserias de aquel amor!...

Decididamente, hundió los guantes en la tierra encharcada. Los sacó rellenos, chorreando agua sucia, con los dedos rígidamente conformados, como los de un muerto, y por la ventanilla los arrojó al rostro del borracho.

—¡Acaríciate con ellos, guarango!

Después, ya en el coche:

—¡A casa, chauffeur! ¡Rápido!

En el camino aún le pesaba algo.

Se arrancó de la muñeca el relojito de pulsera, regalo de él, y lo arrojó voluntariamente por la ventanilla.

El sol empezaba a poner filetitos de luz en las aceras, y, a veces, una bolita deslumbradora en el parabrisas.

Y Elvia, ya sin la pesadez del tiempo en las entrañas, sintió más que nunca el apetito de amar a un alma limpia.

La condena de un inocente

(Continuación de la página 60)

caución. Innumerables obstáculos hacían difícil la nueva investigación que se disponía a iniciar con tanto entusiasmo el nuevo magistrado. Ante todo, el tiempo transcurrido — algo más de seis años, — que imposibilitaba casi en absoluto una reconstrucción del crimen. Por otro lado, ¿dónde hallar los testigos que habían participado en el proceso? Unos habían muerto, otros estaban ausentes, y los más, para librarse de toda complicación, simularían haber olvidado toda referencia sobre el trágico suceso. Además, habían desaparecido no pocos testimonios indispensables para aclarar en todas sus partes el tenebroso asunto. A pesar de estas dificultades, que hubieran vencido a otro espíritu que no fuera el de Charaudeau, el joven magistrado practicó las primeras diligencias, revisó cuidadosamente el proceso, y bien pronto tuvo firmes sospechas de que la condena de Lesnier había sido injusta. La primera revelación sensacional, la que permitió descubrir a los verdaderos autores del bárbaro crimen y facilitó la reparación de la condena injusta impuesta al inocente maestro, fué la confesión de Daignaud, el presunto asaltado, quien, acosado por el nuevo magistrado, expresó lo siguiente:

— Y bien, sí he mentido. Debía quince francos a Pedro Lespagne por una provisión de pan. No tenía dinero. El 21 de noviembre de 1847 vino a verme, pidiéndome que acusara a Lesnier de la muerte de Gay. Me opuse. — Declara, por lo menos — insistió, — que los Lesnier te han querido robar en el bosque. Después de todo, los que son capaces de asesinar a un anciano, bien pueden ser los autores de un asalto nocturno.

— Pero si no me han hecho nada...

— ¡Ten cuidado! — agregó Lespagne. — Si tú no quieres hacerme ese servicio te perseguiré sin piedad. Haré que vendan tus muebles...

Y Daignaud, temeroso de las amenazas del tabernero, simuló la escena del asalto relatada más arriba, que dió base a las sospechas de que Lesnier había sido el autor del crimen.

Obtenida tan importante confesión, no le fué difícil a Charaudeau enterarse de algunos otros detalles y conversaciones mantenidas entre algunos vecinos que indicaban a Lespagne como el verdadero asesino de Gay. Llegó a saberse también que un joven llamado Pedro Malefille, fallecido dos años después del suceso, había manifestado, al conocer la injusta condena de Lesnier, lo que sigue:

— ¡Qué espantosa desgracia! Mi tío (Lespagne) ha sido el asesino. En momentos que pretendía llevarse el vino, Gay quiso oponerse, y fué entonces que lo mató, dándole un martillazo. El arma se encuentra todavía en la bodega de su suegro.

En efecto a pesar del tiempo transcurrido, el martillo fué hallado, y cuando el magistrado le mostró el instrumento homicida a Lespagne, éste, en un arranque que significaba una semiconfesión, dijo:

— ¡No lo maté con un martillo!

Para que todo quedara aclarado faltaba obtener que María Cessac, la esposa del tabernero y principal acusadora de Lesnier, dijera la verdad rectificando su primera y falsa declaración. Después de muchos esfuerzos, se logró que la desdichada mujer, que había actuado en todo el drama bajo las amenazas de su esposo y de otros personajes del pueblo, hiciera un amplio relato de cómo acontecieron las cosas. De su declaración se desprendía, sin lugar a dudas, que el único culpable del sangriento delito era Pedro Lespagne.

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



DON CASTO (F. Mutarelli). — ¡Me ha pegado en un ojo! ¡Esto no puede quedar así!
LUIS ALBERTO (P. Tocci). — No, mi querido suegro: ¡eso se hincha!
De "SOSEGATE, LUIS ALBERTO", éxito del teatro Smart.



JULIA (L. Membrives). — Y tú, San Migué, ¿a qué has venío?
SAN MIGUEL (A. Maximino). — ¡Pué a menos, Julita, a menos!...
De "SOL Y SOMBRA", éxito del teatro Maipo.



INOCENCIA (G. Falugi). — El amor, señora, es como un piano. Ustedes, las mujeres casadas, lo tienen en casa, pero no lo usan.
DOÑA ANGELA (A. Volpe). — ¡El que yo tengo está desafinado!
De "SOSEGATE, LUIS ALBERTO", éxito del teatro Smart.



SAN MIGUEL (A. Maximino). — Oye, Manolo: tengo que pedirte algo...
MANUEL CAMPOS (R. Puga). — Tú, San Migué, le haces honó a tu apeyido: como er santo, siempre estás con el sable en alto...
De "SOL Y SOMBRA", éxito del teatro Maipo.



DOCTOR (M. Dorsi). — ¿Así que usted me aconseja este color café con leche y ese otro habano?
CATANZARO (F. Mutarelli). — Es la última moda, doctor. El café con leche por la mañana y el habano para después de almorzar.
De "CATARUZZA Y CATANZARO", éxito del teatro Smart.



NIÑO DEL CRISTAL (F. Hernández). — Pué entérese usté que en London miste Churchill me dió un almuerzo en Piccadilly. ¿Y sabe usté lo que comimo?
SAN MIGUEL (A. Maximino). — ¿En Piccadilly? ¡Pué albóndigas!
De "SOL Y SOMBRA", éxito del teatro Maipo.

UNA CARTA DE LESNIER Y LA PALABRA DEL PROCURADOR GENERAL

De las múltiples cartas que Lesnier (hijo) escribiera desde la prisión clamando justicia, extraemos un fragmento de la que dirigiera, lleno de reconocimiento, al valiente magistrado Charaudeau gracias al cual pudo la justicia reparar un tremendo error que había costado a un hombre siete años de presidio, el descrédito y el derrumbe moral. He aquí lo que escribió Lesnier a Charadeau el 27 de septiembre de 1854: "Mi padre me ha dado por segunda vez la vida, es verdad, pero sin vuestra ayuda, señor, todos sus esfuerzos hubieran sido inútiles.

Hubiera partido para Cayena (presidio en la Guayana francesa), y para mí ya no hubiera existido justicia. Excusadme, señor, de que os hable con tanta franqueza, pero éste es mi pensamiento: un solo magistrado en Francia, quizá, era capaz de comprender por qué se dirigían todas esas acusaciones contra mí con tanto encarnizamiento, y de haber tenido el coraje de haber tomado a su cargo un asunto tan complicado, un asunto en el que tantas personas tenían interés en ahogar la voz de la verdad. Permitidme que os diga, señor, que habéis necesitado algo más que el amor a la justicia para llegar a descubrir la verdad. Por eso no me canso de repetir todos los días: "¡Qué felicidad para mí que Charaudeau haya sido nombrado procurador imperial en Liburnia! Sin su ayuda, yo hubiera muerto en el presidio."

La revisión del proceso de este asunto que apasionó a toda Francia, dió lugar a muchas escenas dramáticas. La lucha entre la mentira y la verdad originó interesantes debates en los tribunales encargados de absolver al inocente y castigar al culpable. En una de esas solemnes audiencias el procurador general Raúl Duval pronunció las siguientes palabras, que juzgamos conveniente reproducir: "Estos debates no son quizá más que el prólogo de otros debates más solemnes todavía. No es un crimen ordinario para el que venimos a reclamar castigo. Es un crimen complicado con maquinaciones odiosas, destinadas no solamente a substraer a la justicia humana el verdadero culpable, sino también a hundir al inocente, al que no merece pena. Si los acusados hoy presentes en estos bancos han cometido los crímenes que les imputamos, también han cometido un horrible delito desconocido desde hace siglos en nuestros fastos judiciales. En lo que a mí concierne, he sentido el corazón oprimido al contemplar el aspecto de ese hombre, todavía joven, que después de haber arrastrado durante siete años las cadenas presidiarias, ha salido de la cárcel casi como un muerto podría salir de la tumba, resucitado por la mano de Dios. He temblado de horror pensando que si los deseos de los acusados se hubieran cumplido, la cabeza de Lesnier hubiera caído en el patíbulo..." Después de hacer diversas consideraciones sobre la justicia, Raúl Duval habló del ambiente en el cual se había desarrollado la tragedia y del complot urdido contra Lesnier: "Si queremos darnos cuenta de lo que pasó en 1847, es necesario que examinemos el medio en el cual ha tenido que actuar la justicia. En esa república en miniatura que es una comuna, todos los poderes estaban en las manos de los parientes o amigos de Lespagne. Sarrazin era alcalde. Beaumanie, cuñado de Lespagne, era tenientealcalde; el cura Delmas era amigo de Lespagne porque era enemigo de Lesnier..."

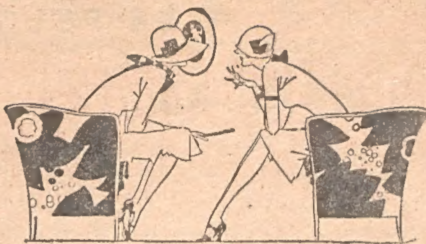
EL ÚLTIMO ACTO DEL DRAMA

La última palabra de la justicia en este ruidoso asunto fué pronunciada a mediados de 1855, es decir, ocho años después del asesinato del anciano Gay. En esa ocasión el procurador general Gastambide, dirigiéndose al tribunal, dijo: "Vosotros tendréis que intervenir en una obra que dejará perdurables recuerdos en los anales judiciales, como asimismo en vuestra memoria. La justicia de los hombres, diréis, no es infalible; pero también diréis que ella busca, imperturbable, la verdad, que si por desgracia ella puede dejarse seducir por los artificios del crimen que se esfuerza en castigar, nada puede detenerla, de inmediato, en la rebusca y

el restablecimiento de la verdad; ni el temor pueril de mostrarse sujeta a error, ni el peligro más serio de ver un ejemplo de falibilidad humana convertirse en manos de los futuros criminales en un arma contra la justicia y en un medio banal de impunidad. La justicia hace lo que debe hacer sin reparar en las consecuencias. Si los culpables escapan al castigo que merecen, es una desgracia, de la cual la justicia será la primera en lamentarse. Pero si un inocente ha sido condenado, ella no tendrá reposo hasta que haya proclamado su inocencia, y nada será suficiente para hacer brillar ante todos los ojos lo que ella debe entender como el cumplimiento más santo, más noble de sus deberes." Luego, dirigiéndose a los actores del drama, expuso lo siguiente: "Lesnier, si habéis cometido una falta, la habéis expiado cruelmente y nadie podrá deciros nada. Será vuestro consuelo. Habéis tenido el coraje de vivir por vuestra madre, y además cabe acordaros de otro mérito: haber salido del presidio mejor, más digno de la estima de todos los hombres de bien por todo lo que habéis sufrido sin flaquezas y por los nobles sentimientos demostrados en la desgracia." Luego, en términos patéticos, enrostró a Lespagne sus crímenes y a la esposa de éste su infame acusación, por la cual Lesnier padeció siete años de presidio. Finalizó su exposición así: "Señores jurados, interrogad vuestras conciencias. En este asunto la verdad ha recibido rudos golpes y urge que ella sea proclamada en su integridad. Lespagne no merece más que justicia y es justicia lo que os pedimos."

Lespagne fué condenado a trabajos forzados por tiempo indeterminado. Daignaud y María Cessac a veinte años de la misma pena.

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

ELLA Y EL

Él no la conoció nunca; no la comprendió nunca.

Inútil fué que ella se abriera el alma, que le evidenciara su corazón. Inútil que le enseñara a deletrear sobre su alma; él nunca supo leer en ella...

Inútil fué que le diera sus labios, inútil fué todo...

A veces los hombres y las mujeres pasan largas horas juntos, cientos de días en contacto, y nada de común hay entre ellos. Hay almas que por muy proximas que estén son siempre extrañas. Y así van en la vida sin haber coincidido nunca en la emoción, ni en el anhelo, ni en la hora de reír ni de llorar.

"La soledad de dos en compañía", como dijo el poeta célebre, es tal vez el drama más hondo y amargo de todos los dramas del alma.

El amor, al fin, ¿qué es?... Pues es la comprensión; es palpitar al mismo tiempo; amar las mismas cosas, coincidir en los mismos gustos; es, lo he dicho, la compresión.

Si ella no existe, es inútil ofrecer los labios y abrirse el pecho y enseñar el corazón, y hacer aprender a deletrear al hombre o a la mujer lo que uno y otro llevan escrito en el alma; ni uno ni otro aprenderán a leer jamás si no poseen el secreto maravilloso de la mutua comprensión.

VALORAR

Conviene que las mujeres se asomen al dolor, o a los múltiples dolores de la vida para que sepan valorar lo que poseen. Porque las mujeres, por lo general, creen que la felicidad se ha hecho para ellas, que es un patriotismo que les pertenece, y que todo el mundo les quita; de ahí que vivan quejándose.

Es bueno que la fortuna se les aleje para que valoren el trabajo del marido, y el dinero con que él las ampara. Es bueno que pierdan el amor para que sepan lo que el amor vale. Es bueno que alguna vez enjuguen una lágrima para que sepan que no todo es risa. Es bueno que algunas veces se estropeen las manos para que sepan lo que duele servir al prójimo. Es bueno que un día tengan que ir a pie para que sepan lo que vale el rico auto, o el modesto rodar de un tranvía. Es bueno que sepan que la dicha es algo así, en la inmensa vida, como un pañuelito de mano, que va volando y abrigando hoy a uno y mañana a otro.

Hay que saber valorar lo que se posee, saber que la felicidad no es un regalo, sino una conquista, y que debemos pelear por ella siempre, siempre merecerla y siempre estimarla.

Namuncurá

(Continuación de la página 20)

hombres padeciendo hambre y persecuciones, contenía sus impulsos en una dolorosa indecisión. Así, los días y los meses pasaron tristes.

Las primeras viandas se terminaron y la nueva remesa no llegaba. Con malsana alegría Namuncurá deseaba que tardaran aún. Llevados por ese motivo, aguzados por él mismo, los indios derramaron una vez más su odio ancestral sobre los soldados de las factorías. Reducidos después, volvieron las angustias, la escasez de ropas en el frío invierno, la miseria circundándolos nuevamente.

Namuncurá era la esperanza de la mermada tribu y él lo sabía. Su corazón lidiaba entre el amor de dos paternidades diferentes. El amor propio se negaba a una solución que érale repugnante; impotente sentía llegar el instante de la forzosa claudicación que se repetiría muchas veces en el transcurso del tiempo.

Una nube grande y gris se extendía sobre el adormilado campamento. Ante la tumba de Aichú, Namuncurá dejaba un retazo de su corazón deshecho en lágrimas.

A la noche, vencido por una lucha superior, comenzó una carta:

"Querido y rispetado coronel Murga: Deseando el bien de su salú, como así mesmo la de sus subordinados..."

En su rostro curtido se esteriotipó la amargura. A lo lejos, una quena lanzaba su son dulce y agonizante, como la raza india, incomprendida y valerosa.

FIN

La fanfarrona

(Continuación de la página 17)

Y una mujer delgada, al oír esa voz de resurrección, interrumpió instantáneamente sus menesteres y fijó sus bondadosos ojos cansados de sufrir en la figura de la recién llegada.

—¡Federica, hija mía!

Ambas, en un fuerte abrazo, ahogan sollozos de pena en derrota, simplificándolos con el resurgimiento mágico de una intensa felicidad.

—¡Pero, hija!... ¡No te esperaba! ¿Qué ha pasado? ¿Qué desmejorada estás?

—No te alarmes, mamita; estoy bien de salud. Te extrañé horriblemente; eso es todo.

Y las palabras al salir de sus labios parecían perfumarse con las últimas pavesas de aquel secreto que estaba quemando en el fondo de su corazón.

—Tendré que cuidarte como cuando eras pequeñita. Ya no tienes aquellos colores lozanos; estás pálida, ojerosa; ¡bien se conoce que te ha faltado mi cariño!

—Sí, mamita. No creí que la separación pudiera hacerme tanto daño. Me dejé llevar por un impulso alocado: la vanidad de chica sin experiencia hizo que me creyera fuerte, y sólo soy una tonta, una fanfarrona; esa es la palabra: ¡una fanfarrona!...

FIN

Cartas de amor

(Continuación de la página 10)

que has de marchar la vida entera. Tienes condiciones para hacer la felicidad del más exigente de los hombres; no equivoques los medios, y marcha de acuerdo con tu corazón.

No te pido que me olvides; te pido que me recuerdes serenamente y que sepas que así como aquellos que en la vida se han comprometido, llevan un anillo en su anular como el signo de que ya no se pertenecen, ese anillo yo lo llevo en el fondo donde las responsabilidades y las obligaciones de los hombres marcan la ruta de un deber inquebrantable que para siempre determina una vida.

Cuenta conmigo y no te perturbe el mal que has podido hacerme; el bien que con tu dulzura me diste durará toda la vida. Hasta siempre.

CLAUDIO.

(En el próximo número aparecerán las cartas 19ª y 20ª)

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO

—*Lo escucho, don Giácomo.*

—Por gente bien informada he oído referir que la renuncia del ex ministro de Hacienda no fué el resultado de una actitud improvisada. El doctor Hueyo empezó, por lo visto, a madurar esta determinación al día siguiente de la sensacional interpelación promovida en el Senado, pues comprobó entonces la situación de aislamiento en que se hallaba colocado. Parece que ya en esa oportunidad le costó trabajo al presidente persuadirlo de su apoyo, para que persistiera en la sana orientación económica que se había impuesto. Y pocos días después, comentando con un alto funcionario del Banco de la Nación el editorial de cierto diario, favorable a su gestión ministerial, se mostró desmoralizado en cierto modo por aquel ataque todavía reciente del senador por Buenos Aires. Créame, don Mandinga: en este país, ¡hasta el ministro de Hacienda tiene que ser político para que lo dejen hacer!...



●●●

"Y a propósito, en un corrillo de diputados, en antesalas, se recordaba una coincidencia curiosa."

—*Venga la coincidencia.*

—La predilección o como quiera llamarle del senador de que hablamos por los ministros de Hacienda. Será una actitud deliberada o no, pero resulta una verdadera especialización. Hasta siendo colega de gabinete, como en el caso del doctor Pérez. Uno creería que se trata de una intolerancia orgánica. Es algo sumamente curioso.



●●●

"Los otros días un senador nacional votó por el rechazo de la pena de muerte, en desacuerdo con su colega de representación, que es asimismo vecino de banca."

—*Ya sé a quién se refiere.*

—Mejor entonces, don Mandinga. El caso es que una determinación tan inusitada produjo la consiguiente sorpresa entre los demás "padres de la patria", al extremo de que uno de ellos, creyéndose víctima de una alucinación, exclamó por lo bajo: "Voy a pedir que se rectifique la votación..."



●●●

"Parece que la proyectada reforma a la ley Sáenz Peña, que ha promovido una verdadera ola de resistencia en el Congreso, ha tenido la virtud de poner de manifiesto el ascendiente que tiene el ministro del Interior en el seno del gabinete."

—*No veo muy bien por qué.*

—Porque no fueron consultados para dar ese paso los hombres de la concordancia, como ellos hubieran querido. Interpretan esta actitud como una irreverencia. Hasta se ha entrevisto el deseo de romper el cordón concordancista con la reforma..

—*Sería aquello de volver a empezar.*

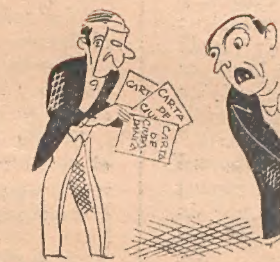
—O bien puede ser, como dijo cierto gobernador de provincia que estuvo el otro día de paso en Buenos Aires, aquello otro del príncipe: "Dividir para reinar."

●●●

"Hay un alto funcionario en el Ministerio de Relaciones Exteriores que es ciudadano internacional, como que tiene carta de ciudadanía en Francia, en Estados Unidos y aquí."

—*La patria está donde se come, don Giácomo. ¿No es así?...*

—Si no es, lo parece. Lo parece, sobre todo, por la obsecuencia de ese caballero. Imagínese que en un asunto sumamente delicado, no tuvo inconveniente en expedirse contra sus convicciones, diciendo: "¡No seré tan ingenuo que me meta a remontar la corriente!..."



●●●

"Volviendo a la reforma de la ley Sáenz Peña, me han dicho que cierto senador por la capital no podrá manifestarse en contra, porque cuando disolvió hace años su propio partido, lo hizo doliéndose de que el régimen electoral vigente no favoreciera el arraigo de las nuevas agrupaciones. Se cae, pues, de maduro, que si sigue pensando lo mismo, tendrá que estar esta vuelta con la reforma. El sistema de la representación proporcional les habría permitido entonces a él y al doctor De Madrid ejercer en el Congreso, por sus cabales, una representación que, sin embargo, no conquistaron."



—*De acuerdo, pero ¿quién es capaz en política de pensar hoy como pensaba ayer?*

●●●

—¿Usted sabe, don Mandinga, que es hermano de aquel "agregado" de la gran cuestión, en la embajada comercial a Londres, el presidente de ese consejo escolar que acaba de tirar la bronca contra el ingeniero Pico.

—*¡De casta le viene al galgo!...*

—Debe ser un hombre extremadamente colérico. Resulta que no contento con disponer de una suplencia, se embarcó en una aventura epistolar que no se sabe a qué venía, porque nada estaba en discusión. Por fin, el Consejo Nacional resolvió barrer con él para terminar de una vez por todas.



●●●

"Hablando siempre de la renuncia de Hueyo, en una comida de políticos que se realizaba en cierto restaurante de la calle Rivadavia, dijo uno que esta era una "crisis oriental". Parece que en España cuando algún ministro renunciaba por motivos que no transcendían, por causas sólo conocidas en palacio, se decía así: "crisis oriental", porque el palacio se llamaba Palacio de Oriente.

Se non é vero...

A pesar de las declaraciones del diputado Pinedo, que considera "intangible" la ley electoral, se sabe que un colega de su sector aplaude la proyectada reforma del Ejecutivo, y está dispuesto a apoyarla cuando llegue el momento.

•••

Como personaje ministeriable—y a pesar de los deseos del aludido—ha circulado esta semana el nombre de un político de Córdoba, de larga vida pública, muy vinculado al presidente Justo.

•••

Entre una agresiva nota recién publicada, y de la cual es blanco un alto funcionario nacional, y las circunstancias que la promovieron, ha transcurrido nada menos que un mes, de manera que aquélla reviste el carácter de una ingenua revancha, sin mayores consecuencias, por supuesto.

Por

El Viejo Mandinga

SALPICON

LA CITA

Dos cónyuges bien avenidos, siendo ya viejos, iban pensando, al verse llenos de achaques, en la muerte. Convinieron ambos, y a propuesta de la esposa, que el superviviente de los dos mandaría poner sobre la lápida este epitafio: "Aquí te espero." Cuando el otro muriese, los herederos serían los encargados de mandar poner este otro: "Ya estoy aquí."

Quiso la suerte, o la muerte, que muriese primero la esposa, siguiéndole diez años después su caballeresco esposo, y, habiéndose cumplido al pie de la letra lo convenido, ofrecía la lápida esta leyenda:

"Aquí te espero. Año 1922."
"Ya estoy aquí. Año 1932."

Y añadida a lápiz, seguramente por algún gracioso, se leía esta reconvención:

"¡Caramba! ¡Creí que no vendrías!"



La enfermera. — Sí, doctor. Hoy tiene mejor cara.

(De "New York", N. York)

LA ELOCUENCIA

La elocuencia es un arte de decir las cosas de tal manera, que, en primer lugar, aquellos a quienes se habla puedan entenderlas sin pena y con placer; y, en segundo, que se sientan interesados en ellas.

Consiste, pues, en una correspondencia que se intenta establecer de un lado, entre el propio entendimiento y el de aquellos a quienes se habla, y de otro lado, entre los pensamientos y las expresiones de que uno se sirve; lo cual quiere decir que el elocuente debe haber estudiado bien el corazón humano, para encontrar en seguida las justas proporciones del discurso que quiere sacar. Es necesario colocarse en el lugar de aquellos que deben entendernos y ensayar sobre el propio corazón el giro que se quiere dar al discurso para ver si uno es adecuado a otro, y para asegurarse que el interlocutor se verá como forzado a entregarse. Es necesario encerrarse lo más posible, en el simple natural; no hacer grande lo que es pequeño, ni pequeño lo que es grande.

PASCAL.

Lo que pasaría en una velada de gala en el Colón si la gente oyera la obra como oye la radio.

(De "Fuorisacco", Turín)

CUENTO JUDIO

Abraham va a ver a su amigo Mosché, y le ruega que le preste su burro para ir a la feria.

—Lo siento mucho, Abraham; pero mi burro está en el campo. Si estuviera aquí, te lo prestaría con mucho gusto.

Apenas ha terminado la frase, cuando se oye rebuznar al burro en el vecino establo.

—¡Es curioso! — dice Abraham. — ¡Tu burro está en el campo y viene aquí a rebuznar!

—¡Nunca hubiera creído — responde Mosché, ofendido — que concedieras más crédito al burro que a mí!

EL TRABAJO

La trompeta tocaba desesperadamente.

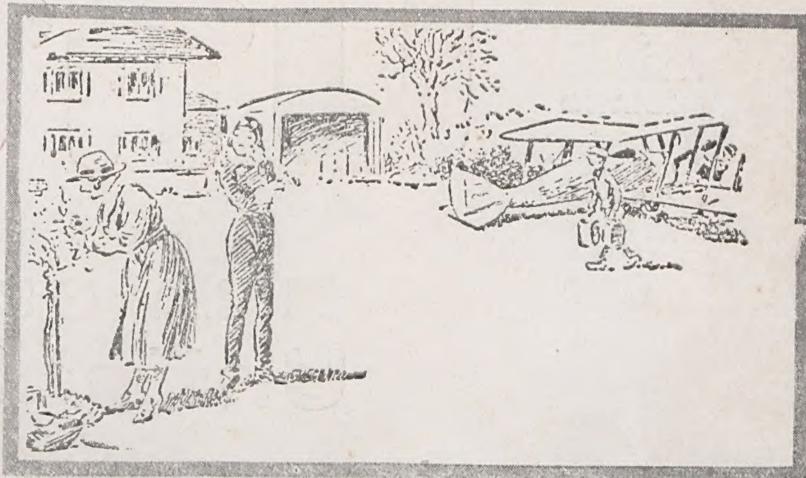
—Muchachos — dijo el soldado grueso a sus cuatro camaradas, — es un oficio muy feo el nuestro. Nuestros sueños están turbados por las almas de aquellos a quienes hicimos morir. Yo he sentido, como vosotros, por largas horas, pesar sobre mi pecho el dominio del deseo. Hace treinta años que estoy matando; tengo necesidad de descanso. Allá abajo dejamos a nuestros hermanos. Yo conozco surcos fértiles donde los arados reposan por falta de brazos. ¿Queréis que probemos el pan del trabajo?

—Sí, lo queremos — dijeron los compañeros.

Entonces los soldados cavaron un gran foso al pie de una roca y allí enterraron sus armas.

Descendieron hasta el río y se lavaron las manos. Después, tomándose del brazo los cinco, desaparecieron en un recodo del sendero.

EMILIO ZOLA.

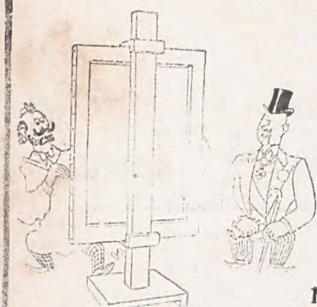


—Mamá, me voy a Madagascar en avión.
—Bueno, hija; pero no te retrases para la cena.

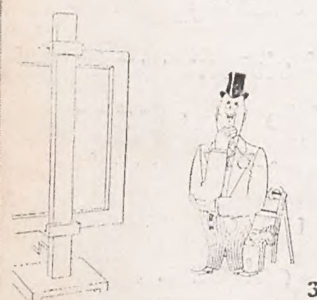
(De "Ahora", Madrid)

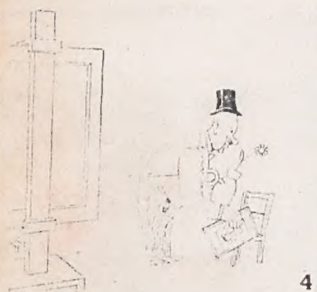
Haciendo las cosas mal, a veces se queda bien.

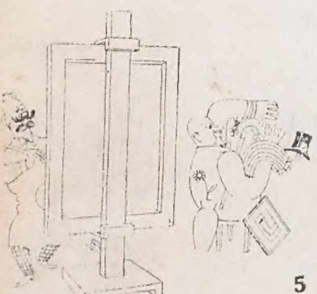
J. M. BRAÑA.


1


2


3


4


5


6

Cuestión de interpretación

(De "Life", N. York)

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.